

Tierras de Iderum

José Antonio Jiménez Granados

Image not found.

Capítulo 1

CAPITULO 1: NOCHE DE SANGRE

Bajo el manto de estrella que se extendía aquella noche de invierno sobre las extensas y fértiles tierras de Árdërum. Arazor, con un dolor indescriptible, se aferraba fervientemente a los restos de su mujer. Toda la gente del pueblo miraba estupefacta la impactante escena, sin saber que decir o hacer mientras que las tropas de combate y reconocimiento llegaban a la zona. El hombre seguía sosteniendo aquellos restos de carne que habían pertenecido a su esposa, y con sus ojos saturados de lágrimas, grito y maldijo una y otra vez. Su hijo por el contrario, permanecía a una distancia prudencial, completamente petrificado y con la mirada perdida, como si no terminara de creer lo que había ocurrido. Y aunque no mostraba emoción alguna, exceptuando las lágrimas que resbalaban por sus mejillas sin poder evitarlo, un dolor insoportable recorría el cuerpo del muchacho, y poco a poco su mirada, antes inexpresiva, se empezó a tonar siniestramente, dejando aflorar unos sentimientos de rabia colérica que conseguían inducir temor a los propios aldeanos que allí se agrupaban. Finalmente, su padre empezó a volver en sí, se levantó soltando cuidadosamente en el suelo los escasos restos de su difunta esposa, se giró, y mientras extendía sus brazos intentando esbozar una amarga sonrisa, balbuceo unas palabras.

-Akirazor, ven hijo mío- le dijo su padre intentando mantener aquel pequeño gesto.

La expresión del muchacho empezó a calmarse, dando paso a nuevas emociones mucho más melancólicas. Su rabia se transformó rápidamente en tristeza, y sin poder aguantarlo más, empezó a llorar incontrolablemente mientras corría hacia su padre. Los dos se abrazaron fuertemente fundiéndose en uno y liberando sus emociones más profundas.

Justamente en aquel momento la guardia hizo acto de presencia, inspeccionando la zona donde hace escasos minutos ocurrió la masacre. Aquella trágica noche se había cobrado más de una vida y muchas familias más lloraban a sus seres queridos de la misma forma.

Pequeñas gotas empezaron a precipitarse del oscuro cielo, cada vez con más intensidad dando paso a un fuerte diluvio que cayó sin compasión sobre los presentes, borrando de esta forma la sangre de sus ropas y todas las marcas que acontecieron aquella trágica noche.

Pasaron varios meses hasta que todo volvió a la normalidad, Arazor parecía estar bastante mejor, aunque durante las noches aun le seguían perturbando esas horribles pesadillas, y de vez en cuando seguía sin poder evitar derramar alguna que otra lagrima cuando la ordaba. Sin embargo, su hijo no lo había superado del mismo modo, en algún momento durante aquella noche algo hizo "clic" en el interior de su cabeza, ya no era el niño que solía ser, siempre estaba serio y callado. Muchas veces se le veía pensativo y rara vez mantenía algún tipo de conversación con su padre.

Aquel atardecer, como de costumbre, Akirazor volvía de trabajar las tierras con su padre, y mientras el preparaba la cena, el muchacho limpiaba las herramientas del campo y las guardaba en el granero para el próximo día. Poco después, ambos se reunieron en el comedor para cenar. Su padre se dispuso a compartir las raciones, que se tradujo en un mendrugo de pan duro, un poco de queso y un vaso de agua para cada uno. Akirazor estaba bastante familiarizado con aquella cena y aunque se le antojaba monótona desde hace mucho tiempo nunca le recrimino a su padre por ello, ya que sabía que todos los productos de ganadería como carne, huevos y leche eran propiedad del Rey. Dando gracias por poderse permitir comprar queso en el mercado. Se mantuvo un silencio incomodo durante la cena, que su padre decidió romper poco antes de terminar.

-¿Te encuentra bien hijo mío?- le pregunto con una mirada algo cabizbaja.

-Sí, estoy bien padre, no te preocupes- contesto el niño con un tono de voz suave y calmado.

Después de esto sobrevino el silencio y ambos se miraron, seguidamente volvieron a agachar la cabeza y continuaron comiendo.

-¿La echas de menos?- le pregunto Akirazor a su padre sin levantar la cabeza.

-Por supuesto hijo, todos los días...- contesto mientras observaba a través de la ventana el gran cielo estrellado.

-Yo también la echo de menos padre... me hubiera gustado haber tenido más tiempo para compartir con ella, un tiempo que me arrebataron y que ya nunca recuperare.

Tras estas últimas palabras, el joven termino de comer su última miga de pan, bebiendo de seguido toda el agua de un trago y soltando el vaso con cierta brusquedad sobre la mesa.

Su padre lo miro, notaba en sus ojos que aun sufría mucho por su perdida. Aunque no sabía que decir, era un buena padre, pues lo

mantenía sano y bien alimentado dentro de sus posibilidades, que era lo más importante. Su especialidad jamás fue dar consejos y mucho menos animar o tranquilizar a la gente, pero aun así, su hijo necesitaba oír unas palabras alentadoras, por lo que prosiguió.

-Mira hijo, lo que ocurrió aquel día no fue culpa tuya ni de nadie, simplemente paso, no se podía evitar. Yo quería a tu madre con toda mi alma, lo intente, te juro que lo intente, uería salvaros a ambos, pero...- realizo una pausas pues sintió que su voz se ahogaba- no te atormentes más hijo mío, lo que paso, paso, y ya no se puede cambiar.

Arazor mantuvo la mirada sobre su hijo, se trataba de una mirada apenada, llena de tristeza e incertidumbre al no saber cuál sería su respuesta, pero a la vez de preocupación, temiendo su reacción. Akirazor balbuceo unas palabras apenas inaudibles. Su padre afino el oído, y viendo que este le prestó atención volvió a intentar repetir la frase.

-Si solo hubiera sido más fuerte...-dijo entre susurros. Podría haberla ayudado, podría estar viva, aquí con nosotros, cenando los tres juntos, a pesar de las adversidades de nuestra condición-relato elevando el tono con cada palabra.

-Ya te he dicho que no fue culpa de nadie, y menos tuya- le replico su padre con una voz más serena.

-¡Sí que fue culpa de alguien!- grito levantándose de la mesa- la culpa es nada más que de ese asqueroso ser, esa bestia sin escrúpulos que la mato y no contento con eso se la comió- sus ojos coléricos brillaron de rabia por unos segundos-, padre, no te reprocho nada, me has querido y criado de la mejor manera posible, eres un padre maravilloso y te lo agradezco, pero que me digas que no fue culpa de nadie, liberando aquel monstruo de su atroz crimen es algo que no puedo aceptar.

Después de escuchar las últimas palabras de su hijo, Arazor, mantuvo un silencio de ultratumba. No sabía cómo reaccionar y mucho menos que decirle, ya que el mismo sabía que tenía razón en gran parte, pero al contrario que Akirazor, él se había resignado a aceptarlo. Entonces, en ese momento, se dio cuenta de que no se trataba de una simple obsesión, no era tristeza, ni rabia. Lo que su hijo quería no era más que simple y llanamente justicia, una justicia que no llego, ya que el monstruoso ser que mato a su madre, de la misma forma que llego, desapareció, y eso era precisamente lo que consumía el corazón del joven muchacho.

-Hijo mío... lo siento- estas palabras fueron las únicas palabras que sus labios consiguieron pronunciar.

-No lo sientas padre- le consto su hijo, arrepentido por alzarle la voz de aquella manera- como ya te he dicho, no te reprocho nada, no tengo ni

razones ni el derecho de hacer tal cosa, te quiero tanto como quería a madre, pero eso no cambia el hecho de que un enorme deseo de venganza recorra mis entrañas, y no desaparecerá hasta que su muerte sea expiada.

-Te comprendo, créeme que lo entiendo, pero ¿Qué pretendes hacer?, ¿salir en su búsqueda?, ¿En busca de una criatura devora hombre de más de tres metros?, por favor ijo mío, solo tienes doce años, tus manos jamás han empuñado una espada... ya perdí a tu madre, no quiero perderte a ti también, mi querido Akirazor.

El muchacho frunció el ceño y arrugo su expresión mostrando cierto enfado, pero aun si, era lo suficientemente maduro como para entender que su padre tenía razón, no duraría nada fuera del reino, sería comida fácil para todas las criatura que poblaban el frondoso bosque de abetos y sauces de Árdorum, al igual que ocurriría también en cualquier otro bosque de tierras desconocidas.

Agacho la cabeza mientras su padre lo miraba con una mueca de tristeza, seguramente debida a la impotencia que sentía al no poder ayudarle. Pero en ese instante, el chico elevó su cabeza nuevamente, como si un rayo de esperanza hubiera inundado por completo su alma. Akirazor le dirigió una penetrante mirada a su padre, en la cual se podía leer un mensaje claro y conciso, una promesa personal, un juramento inquebrantable.

-Me convertiré en un fuerte guerrero, y entonces podré hacer justicia, así madre podrá descansar en paz. ¡Es una promesa!- exclamo con una voz proclamadora.

-Pero mi pequeño Akirazor, sabes que eres hijo de un humilde campesino, eso te convierte en un plebeyo, y los plebeyos como nosotros no podemos aspirar a convertirnos en guerreros. Es una de las leyes más conocida impuestas por nuestro Rey- le contesto su padre atónito por aquella salida que había tenido el muchacho.

-No me importa, digan lo que digan. Nadie podrá impedir que me convierta en guerrero.

Esa es mi voluntad, y hare todo lo que sea necesario para cumplirla- le replico Akirazor sin tener en cuenta el anterior comentario de su padre.

Después de esta intensa y reveladora conversación ambos se fueron a dormir. Mañana les esperaba un duro y largo día de trabajo, ya que la recolección de una cosecha que parecía prometedora les aguardaba junto con el primer rayo de sol.

A la mañana siguiente despertaron bien temprano como tenían previsto y se arremangaron para ponerse manos a la obra. Fue una buena cosecha,

las patatas y las lechugas recolectadas eran de muy buena calidad. Akirazor intento guardar algunas de las patatas en la casa, pero los guardias vigilaban con ojo de halcón, recorriendo los caminos colindantes a la granja continuamente durante toda la jornada de trabajo.

Aquel día fue la primera vez en mucho tiempo que padre e hijo se divirtieron. Arazor le enseñó al joven muchacho como trasquilar a las ovejas para obtener su lana, y al ser un completo novato agarró el pelo del animal con demasiada fuerza, haciendo que la oveja se asustara y saliera corriendo, no antes de propinar una buena coz al chico, que hizo que este callera hacia atrás sumergiéndole en la pequeña charca donde los animales saciaban su sed.

Akirazor se mantuvo serio, lleno de vergüenza por la situación, pero su padre no pudo reírse y de manera casi contagiosa él lo siguió, acompañándole con sus carcajadas. Al atardecer, ambos, llenos de barro y suciedad, guardaron las herramientas de trabajo y se dirigieron hacia su hogar. Mientras caminaban, su padre no pudo evitar fijarse en la actitud de su hijo, de nuevo, algo había cambiado en él, se le veía más alegre y jovial, y en sus ojos podía apreciar un brillo sutil que le era familiar... en su corazón volvía a ver esperanza y pasión por vivir. Ahora tenía una meta, y aunque su padre sabía que lo que su hijo ansiaba era imposible, lo dejó estar, pues no sería el quien acabara con su ilusión y sobre todo estaría allí para apoyarle siempre.

-Padre ¿ocurre algo?- pregunto el muchacho cuando se percató de que este no hacía más que mirarlo.

-Nada hijo, no te preocupes- le contesto sonriéndole cordialmente-es solo que hoy ha sido un buen día, y me alegro mucho, ojala todos fueran así.

-Yo también creo que fue un buen día padre- le dijo mientras se quitaba el sombrero de paja ya estropeado por el paso del tiempo.

Su padre se quedó callado, no sabía que decir. Tenía miedo de sacar el tema del día anterior, pero aun así, la curiosidad de lo que el chico estuviera planeando para conseguir su meta le asaltaba continuamente. Lo observo de nuevo con detenimiento, intentando adivinar qué es lo que su hijo podría estar pensando. Al poco tiempo desistió, entendiendo que se trataba de algo inútil. Aun así, aquello no le importaba demasiado en esos momentos, pensando únicamente en lo maravillosa que había sido aquella tarde, que por primera vez en mucho tiempo, le hizo sentir que todo volvía a ser normal.

-¡Hoy cenaremos ración doble!- exclamo con alegría- ¿Qué te parece muchacho?

-Suenan fantástico- le contesto Akirazor en un tono apacible mientras le dedicaba una sonrisa.

Aquella noche llenaron bien sus estómagos hambrientos. Una vez saciado el apetito, conversaron sobre el siguiente ciclo de cosecha y que tierras eran las más adecuadas para cada vegetal. Arazor, le comentó al chico que "Bala" una de las vacas, estaba embarazada, y que muy pronto daría a luz a un pequeño becerrillo. Akirazor se mostró ilusionado e interesado, pero no tanto como era costumbre. Siempre asistía a los partos de los animales que tenía su padre en la granja, pues jamás se cansaba de contemplar el milagro de la vida.

Pero en aquella ocasión, era como si su cabeza no estuviera allí. Su padre lo notó, pero no dijo nada. Sabía que aún estaba pensando en el mismo tema de la noche anterior, y que esa idea no desaparecería de su mente, estando dispuesto a conseguirlo. Finalmente el sueño terminó por vencerles, marchándose cada uno a sus respectivas camas a descansar. Un día invernal, los tres juntos sentados en la mesa cenando, felices. Akirazor no quería comer las legumbres, relincho como un caballo y gimoteo igual que un perro abandonado mientras decía "¡no quiero madre!, ¡no quiero!, esto... eeggg que asco, no las comeré, esto es comida para animales", Eleonor se arrimó por detrás con una mirada picarona, y empezó a hacerle cosquillas en los costados. El chico se retorció y empezó a reír descontroladamente, "¡para madre, me haces cosquillas!, ¡para, no aguanto más!", cayó de la silla y se hizo una bola como un armadillo sin parar de reír. Aquello fue contagioso y todos acabaron riendo de una forma muy estúpida, pero eso no importaba, lo importante era el momento, esos momentos de la vida que sientes que todo lo demás carece de valor, y que una mirada cálida, una ligera mueca de felicidad o una suave caricia de tus seres queridos puede hacer que un día gris y tormentoso se torne en uno de cielo despejado y radiantes rayos de sol.

Los tres se sentaron fuera en el campo, cerca de la casa. Encendieron una hoguera y disfrutaron del estrellado cielo. Las ascuas del fuego chisporroteaban mientras Akirazor se acurrucaba en el regazo de su madre. Esta comenzó a acariciar su cabellera sedosa de color castaño, mientras que Arazor le dedicaba una mirada de ternura que ella le devolvía. Todo era perfecto, tal vez fueran campesinos, al igual que pobres, pero eso no importaba, porque también eran felices y se querían, que era en realidad lo único que necesitaban.

En un momento de aquella maravillosa noche, repentinamente, la suave brisa que acariciaba sus pieles cesó, y el silencio más profundo se hizo presente. Akirazor notó este cambio repentino, abrió los ojos y se levantó abandonando el regazo de Eleonor, la cual mantenía su mirada alertada, como si ese ligero cambio en el ambiente tuviera un significado atroz. Los demás aldeanos de los alrededores que también disfrutaban de la noche bajo el caluroso abrazo de una fogata, mostraron la misma reacción. Nada

bueno podía significar todo aquello. Akirazor comenzó a asustarse, y su madre lo tranquilizó abrazándolo, pero sin descuidar su alrededor por un instante.

Finalmente una de las campesinas grito horrorizada señalando al frente. En el frondoso bosque de abetos, situado a poco más de medio kilómetro, se podía apreciar en la primera línea de árboles varias decenas de brillosos ojos amarillos hambriento de carne. Se trataba de Orcos. Los Orcos eran unos seres enormes, con cuerpos robustos y algo jorobados, se color grisáceo o amarronado, con rostros humanos algo deformados, pero con mandíbulas más grandes y poderosas. Se alimentaban exclusivamente de carne, pero debido al frío invierno que hacía escasear el alimento en sus tierras y el aumento de población que estaban sufriendo durante aquellos años, se vieron obligadas a bajar más al Norte, recorriendo los últimos bosques hasta llegar al reino.

Nada más dar la alerta aquella mujer, los imponentes seres empezaron a avanzar hacia el poblado. La gente corría horrorizada, pero no había sitio donde huir ni esconderse. Aquellas asa de los campesinos eran simples cabañas de madera desgastada por las inclemencia que los orcos podían destruir fácilmente. Arazor y Eleonor salieron corriendo junto a su hijo, los tres agarrados de la mano, en un desesperado intento de escapar de aquella pesadilla. Las primeras víctimas empezaron a caer, y algunos Orcos ya habían saciado su apetito. Hombres, mujeres e incluso niños, no había distinciones. Para aquellos seres todos eran simples pedazos de carne a los que tenían que dar caza si deseaban llenar sus estómagos.

Arazor seguía corriendo con su familia, pensando en qué diablos podían hacer, donde podían estar seguros... a salvo. Las sangrientas imágenes que observo mientras intentaba dar esquinazo a esos monstruos se les mostraba una y otra vez en su cabeza, como un bucle infinito, todas y cada una de aquellas muertes horrorosas.

Los Orcos mordían y arrancaban pedazos del cuerpo de sus víctimas como si de un simple y blando mendrugo de pan se tratara. Un estampado de tripas, vísceras y sangre recorrían a esas alturas gran parte del terreno. Los muertos se contaban ya por decenas. No podía soportarlo más, cerró los ojos fuertemente, apretó la mano de su esposa y siguió corriendo aún más rápido. De la misma forma, Akirazor, sostenía la mano de su madre y ella le apretaba bien fuerte para que no se soltase. El pobre chico no pudo evitarlo y empezó a llorar mientras veía como aquellas personas desaparecían entre las fauces de esos monstruos.

Muchos de los Orcos habían saciado ya su apetito, por lo que el campo ya se encontraba más despejado y era más fácil evadirlos. Pero por razones inexplicables, uno de aquellos seres se había encaprichado con la familia de Akirazor y no cesaba en el intento de atraparlos. Era un Orco más grande y robusto que los demás, su piel presentaba un tono rojizo, que se

mezclaba uniformemente con la base gris de su piel. Los tres se encontraban ya completamente exhaustos, pero haciendo un último esfuerzo y un par de zigzag entre las casas de los vecinos consiguieron despistar al enorme Orco, el cual intentaba divisarlos nuevamente, girando la cabeza de un lado a otro mientras rugía furioso.

En ese momento, Arazor, se acordó que en el granero tenían un pequeño subsuelo, una especie de sótano preparado para albergar las colectas en días lluviosos. Pensó que allí podrían estar a salvo, o por lo menos, mas resguardado que detrás de aquella pared en la que se resguardaban. Así que les susurro en voz baja a su familia lo que debían hacer, y cuando el diera la señal, todos correrían hasta el granero que se encontraba a escasos metros. Lo único que debían de hacer era aguantar, ya que uno de los campesinos, un viejo criador de potrillos, consiguió escapar en uno de sus caballos y se dirigió hacia las murallas para dar la alarma. Arazor espero hasta que aquel Orco insistente les dio la espalda y se comenzó a buscarlos entre los montones de paja y los pequeños cobertizo de uno de los campesinos vecinos. Los tres salieron corriendo hacia el granero y por suerte, ninguno de los pocos Orcos que quedaban consiguieron verles, ya que se encontraban distraídos rebañando los pedazos de carne que se les había resbalado de sus enormes fauces mientras masticaban. Una vez dentro, por fin se sintieron algo más protegidos y tranquilos. Los tres se dirigieron miradas cómplices, y aunque estaban felices de haber sobrevivido no podían evitar abrazarse y llorar juntos, pues en aquella masacre habían muerto muchas personas, amigos y conocidos, seres queridos que no volverían a ver.

Pocos minutos después dejaron de oírse las pisadas y rugidos de aquellas bestias. Parecía que por fin todo había terminado y estaban a salvo. Arazor dijo que aún no se fiaba y que sería mejor esperar hasta que llegaran las tropas del Rey y aseguraran la zona, cosa que ninguno de los dos le discutieron. Akirazor, se encontraba fuertemente abrazado a su madre, con los ojos cerrados, dejando caer alguna que otra lagrima por sus mejillas y sin mediar palabra debido al shock que había sufrido. Eleonor le devolvió su abrazo y le beso la frente, dedicándole una bonita sonrisa. Su padre los observaba feliz, pero aun intranquilo, con la incertidumbre de no saber cómo estaban las cosas afuera.

En ese preciso instante, una enorme mano atravesó de un golpe el frágil techo del sótano, cerniéndose directamente sobre Eleonor, la cual empujo a su hijo lejos de ellas antes de que los dedos de la criatura rodearan su cintura apresándola. Arazor no podía creer aquello, y con las pupilas dilatadas de la impresión entro en cólera, corriendo hacia el brazo de la bestia que pretendía arrebatarse a su mujer.

El gran Orco insistente lo había conseguido, pero al sacar el brazo al exterior se encontró también con el campesino, que no dudo en armarse con su vieja hoz y asestarle una puñalada en el antebrazo, la cual hizo

que este gritara de dolor, zarandeando el brazo con la intención de deshacerse de él. Pero eso no fue suficiente, Arazor, se encontraba bien agarrado a la extremidad del monstruo, y tras mirarlo con rabia volvió a clavar su hoz en su dura carne, esta vez un poco más arriba de la primera asestada. Aun así no había manera, el Orco no la soltaba. Su mujer le suplicaba que la dejase, que escapara con su hijo, pero Arazor estaba demasiado colérico como para entrar en razón, sin tener la más remota intención de dejar que su esposa muriera aquella noche. Cuando ya se encontraba preparado para propinarle un tercer golpe con la afilada arma, la segunda mano del gigante se extendió sobre el pobre campesino, cogiendo al mismo como si de un gatito se tratase, lanzándolo hacia atrás con una fuerza brutal y estampándolo con la pared de una de las casas vecinas.

Arazor seguía consciente, pero el gran golpe había dejado su cuerpo paralizado, intento moverse, pero no podía, por mucho que lo intentaba, sus extremidades no le obedecían. Tras, su esposa forcejeaba para no ser engullida por las fauces del Orco, que este, harto de intentarlo "por las buenas", lanzó un rugido colérico, y acto seguido, agarrando a la mujer de los tobillos, la estrelló contra el suelo alternando los golpes de izquierda a derecha una y otra vez. Cuando cesó, Eleonor era un saco de huesos rotos y órganos descompuestos. Por increíble que pareciera aun respiraba y seguía consciente, pero ya, le era imposible oponer resistencia y su vida estaba sentenciada. Arazor observaba toda aquella macabra escena sin poder hacer nada, sintiendo una impotencia de proporciones titánicas. Las lágrimas brotaron de sus ojos cuando su mujer le dedicó una última mirada, una mirada de bondad, felicidad y agradecimiento, una mirada que no le reprochaba nada y que se sintió tan cálida como el primer rayo de sol de la mañana. La bestia levantó su brazo, elevando a la mujer, posando la cabeza de la misma en sus grandes fauces, pero justo antes de cerrarlas, Arazor, consiguió escalar aquel sótano destruido, y asomando la cabeza por encima de los escombros pudo presenciar el momento exacto de la decapitación. Las mandíbulas se cerraron, cortando el frágil cuello de Eleonor, y separando su cabeza del cuerpo. Luego propino un segundo bocado en el abdomen, arrancando una buena tajada de tripas que resbalaron por las fauces de la bestia. Continuo asestándole bocados hasta no dejar nada más que algunos trozos de carne que cayeron mientras masticaba, al igual que uno de sus brazos, que seguramente no llegó a ver. Padre e hijo contemplaron la escena sin poder hacer nada.

Arazor no podía parar de gritar y llorar, sin embargo, su hijo se quedó completamente paralizado, manteniéndose a pocos metros de su padre. El Orco los miró a ambos, pero parecía haber saciado finalmente su apetito, así que no les prestó atención, y de la misma forma que llegó se fue, llevándose consigo la felicidad y alegría en los corazones de aquellas personas. Arazor intento ponerse en pie, pero su cuerpo aún no se había recuperado del impacto y apenas le respondía. Continuo gritando encolerizado mientras veía como desaparecía aquella bestia sin corazón,

observando a la vez los escasos resto de sus querida mujer, Eleonor.

Arazor despertó, dejando escapar un grito agónico. Estaba completamente alterado y sudoroso... todo había sido una mala pesadilla. Pero una pesadilla de la realidad, de lo que ocurrió aquella trágica noche de invierno, y que la mayoría de las noches regresaba a su memoria para torturarlo. Se levantó de la cama y se secó el rostro con un trapo, seguidamente se dirigió al comedor para desayunar. Se sirvió una porción de pan duro con un poco de aceite que consiguió exprimir y procesar el mismo de unas aceitunas que escondió durante la recolecta del año pasado. Arazor se sentó en la silla junto a la mesa, mirando hacia la ventana, contemplando el nacimiento del amanecer que bañando las tierras con sus primeros rayos de luz. Se trataba de un espectáculo que jamás se cansaba de observar, y mientras le llegaban bellos recuerdos a la memoria, grabados bajo aquellos aisajes, corto con su navaja el duro pan en trocitos, los mojo en el aceite y comenzó a comérselos.

-iAkirazor!, es hora de levantarse, tenemos trabajo- dijo su padre mientras terminaba el ultimo trozo de pan.

-Vamos pequeño, tienes que desayunar para estar fuerte como tu padre.

Estas últimas palabras se las pronuncio con un tono burlón, pero su hijo seguía sin contestarle, así que se dirigió al cuarto del muchacho, llevándose la sorpresa de que no se encontraba allí. "¿Dónde se habrá metido este crio?", se preguntó el mismo. Entonces, en ese momento cayo en la cuenta, "¿y si se ha ido hacia el bosque?, ¿habrá salido en busca de aquel monstruo?", Arazor comenzó a preocuparse pensando lo peor. Avanzo hacia la puerta a toda prisa, abriéndola bruscamente y con un grito alto y claro lo llamo.

-iiAkirazor!! Al no obtener respuesta alguna se alteró aún más, pero antes de lanzar un segundo grito, las puertas del granero se abrieron de par en par, descubriendo tras ellas al pequeño.

-Padre, estoy aquí- le contesto el muchacho extrañado al ver lo alterado que estaba

-¿Por qué diablos no contestabas hijo mío?- le dijo con un tono algo enfadado

-Perdóname padre, es que con el ruido y las puertas del granero cerradas no te había podido escuchar.

-¿Qué ruido?- le pregunto sin entender a que se refería.

Entonces su hijo le hizo un gesto con la mano, invitándole a seguirle hasta el interior del granero. Su padre intrigado y confuso al mismo tiempo lo

siguió sin mediar palabra.

-Bueno, dime padre, ¿Qué te parece?.

Akirazor mantuvo una mirada de impaciencia hacia su padre, esperando una respuesta por su parte. Mientras, Arazor, contemplaba el duro trabajo de su hijo, convirtiendo gran parte del granero en lo que parecía ser una sala de entrenamiento. Había improvisado un pequeño saco para golpear con un pedazo de piel inservible que sobró de la confección de una chaqueta invernal el año pasado, el cual cosió en forma de bola, llenándolo de tierra y colgándolo en una de las viejas vigas del granero. También había colocado unos cuantos obstáculos para saltar y esquivar muy rudimentarios, utilizando algunas tablas y clavos oxidados que encontró. Incluso creo una especie de mecanismo para fortalecer sus brazos y pecho, usando para ello una polea como eje, la cual complemento con una cuerda vieja y un antiguo mango de madera de una azada rota que le servía de agarre. Por último, colocó como contrapeso un yunque de acero en el que se había forjado incontables armas, herencia de un lejano y difunto familiar, completando de esta forma el mecanismo de la peculiar máquina.

Su padre seguía algo anonadado por la obra del muchacho, ya que no entendía como su pequeño hijo, que no conocía otra cosa más que el campo, había sido tan mañoso como para construir todo aquello. Consiguiendo salir finalmente de su asombro le pregunto.

-¿desde cuando llevas despierto hijo?

-Mmm... creo que más o menos desde las cuatro o las cinco según la posición de la estrella polar- le contesto Akirazor desilusionado por la reacción de su padre, pues esperaba que una felicitación por aquella labor.

-¿Y en tan poco tiempo has podido montar todo esto tu solo?- le pregunto con un gesto de asombro.

-Si- contesto simple y llanamente el joven con una sonrisa de oreja a oreja- No te preocupes padre, no he utilizada nada realmente útil o de valor, además, lo he colocado en un lugar del granero que creo, no molestara- termino diciéndole.

Akirazor volvió a mostrarle a su padre una gran sonrisa y él se la devolvió. Este gesto hizo que su hijo se sintiera más tranquilo, dándole a entender que no habría represalias por sus acciones. Arazor era consciente del trabajo, el esfuerzo y la ilusión que había puesto su hijo a la hora de preparar todo aquello. De verdad estaba decidido a proseguir con su idea, sin importar las adversidades, y por supuesto, él le apoyaría en todo lo

que pudiera.

Seguidamente le comento.

-Si esto es lo que deseas mi pequeño Akirazor, no pondré ningún impedimento. Mientras que no necesitemos el espacio, podrás utilizarlo para tener tus... emmm... herramientas.

Pero una cosa te pido, deberás seguir trabajando conmigo, ya sabes hijo mío, me estoy haciendo mayor y los años me pesan. Si queremos seguir en paz, tenemos que continuar cumpliendo las exigencias del rey. La recolección de víveres no debe disminuir, ¿lo has entendido?- le pregunto arqueando las cejas y dirigiéndole una mirada directa, concisa, he innegociable.

-Claro padre, no te preocupes por nada, te seguiré ayudando como siempre. En ningún momento pensé lo contrario, descuida, madrugare aún más y así podre hacerlo todo- le contesto su hijo emocionado.

Ambos salieron de granero y se dirigieron hacia el duro terreno campestre acompañados por el implacable sol. Arazor sostuvo la mano de su hijo y puso sobre ella una porción de pan duro y un pedazo de queso bien curado. Tu desayuno hijo- le dijo su padre dedicándole un gesto de simpatía- seguro que no desayunaste nada y con todo lo que has trabajado lo necesitaras, tienes que estar bien fuerte, hoy es día de siembra, estamos a principio de verano y hay que preparar las tierras para los melones, las sandias y los tomates.

-Muchas gracias padre, la verdad, estaba bastante hambriento- le contesto justo antes de propinarle un buen bocado al mendrugo de pan, que aunque duro como una piedra, en ese momento, le pareció un suculento manjar.

Aquel día estuvieron trabajando las tierras con la azada durante horas. Había que dejarla bien suelta y removida para que las semillas pudieran brotar sin esfuerzo, dando lugar de esta forma a un crecimiento más rápido, sano y fuerte. Como era de esperar, los días de siembra eran los más duros, y este no sería una excepción. Una vez bien removida y granulada la tierra, realizaron unos surcos paralelos en la misma que servirían como sistema de riego para facilitar la tarea más adelante. Acto seguido, recogieron las semillas y comenzaron a plantarlas de una en una, introduciéndolas debajo de la tierra y apretándolas con las yemas de los dedos para finalmente cubrir el agujero con más tierra. Este proceso les llevo todo el día y no era de extrañar. Ambos terminaron exhaustos y sudorosos. Al acabar tomaron un merecido descanso, dejando reposar sus espaldas sobre un pequeño árbol de tronco grueso mientras contemplaban su trabajo. Una suave brisa comenzó a soplar, aliviando sus cuerpos cansados. Se miraron durante unos segundos y nuevamente volvieron la

vista hacia el terreno, sintiéndose realizados y satisfechos por la gran siembra que habían llevado a cabo.

La vuelta a casa fue bastante silenciosa, cruzando miradas de vez en cuando y poco más. No sabían que decirse. Ambos se encontraban un poco trastornados, pues habían ocurrido demasiadas cosas en muy poco tiempo, pero, aun así esos simples cruces de miradas furtivas eran suficientes. Habían salido de aquella espiral de agonía y tristeza, y aunque aún sufrían, era completamente diferente. Akirazor por fin tenía algo más que desesperanza en su corazón y esto hacía muy feliz a su padre.

A escasos metros del hogar, padre e hijo se percataron de unas manchas de sangre que impregnaban el verde césped del prado.

-Akirazor, ponte detrás de mí- le dijo su padre con una expresión de horro en su rostro, mientras empuñaba su vieja hoz, la cual le acompañaba siempre.

El chico no medio palabra y se colocó detrás de su padre mientras sujetaba con sus dos manos la azada en posición defensiva.

Arazor se mostraba nervio, con sus pupilas dilatadas y en continua tensión. Aquella sangre en el suelo le estaba haciendo revivir terribles momentos pasados en su cabeza. Sin poder rlo, no podía situarse nada más que en la peor de las situaciones, y la idea de que se tratara de un Orco se hacía cada vez más fuerte en su interior.

-¡Padre, mira!- exclamo el muchacho, señalando más restos de sangre que se dirigían hacia el granero.

Un escalofrió recorrió la espalda de Arazor, haciéndole empuñar la hoz con mucha más fuerza. Su hijo se percató de ello, transmitiéndoles de cierta forma el horror que sentía su padre en aquellos momentos.

Todo parecía indicar que alguna bestia salvaje merodeaba por el lugar, pero la ausencia de ruido, acabo haciéndoles pensar que fuera lo que fuera ya no se encontraba por allí. Se acercaron lentamente, siguiendo el rastro de sangre que parecía invitarles a bordear el granero hasta la parte trasera. En ese momento se escuchó un golpe, algo había hecho crujir los tablones de la estructura, consiguiendo que ambos entraran en situación de alerta nuevamente. Siguieron avanzando muy despacio, sin hacer el mas mínimo ruido y con sus "armas" preparadas para asestar el primer golpe a lo que fuera que allí se encontrara.

Arazor asomo la cabeza por la esquina muy despacio, echando un primer vistazo.

-¿Ves algo padre?, ¿qué es?- le susurro Akirazor con una mezcla de temor y curiosidad en su voz.

-Ya puedes bajar la azada hijo mío. No hay de qué preocuparse- le respondió Arazor dejando escapar un profundo suspiro de alivio.

Al ver que ya no corría peligro, el muchacho se acercó con su padre para poder ver que era aquello que les había causado tanto temor. Se trataba de Bala, la joven baca que se encontraba embarazada, y que por lo visto, se le había adelantado el parto unas semanas.

-Seguramente noto que iba a parir y busco un sitio más resguardado- dedujo su padre.

Akirazor no dijo nada y se limitó a contemplar la escena. El becerrillo asomaba la cabeza y una de sus patas, con la cual, seguramente golpeo la parte trasera de granero anteriormente. El pequeño animal forcejeaba, intentando abandonar el vientre de su madre. Parecía que algo no andaba bien.

-Akirazor, no te quedes pasmado y ayúdame, ella sola no podrá- le dijo al chico con tono serio.

-¡Claro padre!, perdona. ¿Qué necesitas que haga?- le pregunto su hijo sin dejar de mirar al becerrillo.

- Tráeme un trapo del granero que no esté muy sucio.

-Ahora mismo padre. r salió corriendo hacia el granero y recogió el trapo más limpio que encontró.

También cargo con una pequeña tinaja de agua, pensando que también podría ser de utilidad. Una vez hecho esto, abandono el granero a toda prisa volviendo junto a su padre.

-Aquí tienes- le dijo Akirazor entre jadeos por la carrera

-Gracias hijo- le contesto mientras cogía la toalla y la colocaba bajo las posaderas de la baca.

-Umm... creo que no va a salir por sí mismo. Su pata delantera izquierda ha quedado extendida y en una posición que le es imposible sacarla- le explico su padre.

Arazor recolecto un poco de agua de la tinaja, usando como recipiente una vieja cazuela sin mango que utiliza para repartir el pienso entre sus animales. Seguidamente, dejo caer el agua sobre la cabeza del pequeño

animal, limpiando su rostro ensangrentado. Después de aquello prosiguió.

-Necesito que me eches una mano con esto Akirazor- le dijo introduciendo su mano en el interior de la madre- voy a flexionar su pata y luego sacarla hacia delante para que así consiga salir de una vez. El pequeñajo no se va a estar quieto, por lo que necesito que sujetes su cabeza y vigiles su pata para que no pueda hacer ningún movimiento peligroso, ¿has entendido?- le pregunto mientras le miraba de reojo, esperando su respuesta.

-Claro padre- contesto el- ¿así está bien?.

-Sí, muy bien, mantenlo así.

Por fin, después de varios intentos, Arazor, consiguió liberar la pata atascada del animal, y una vez pudo posar sus dos extremidades delanteras, con un par de movimientos, consiguió salir completamente del interior de su madre. Akirazor contemplaba con emotividad aquella escena. Ese momento tan enternecedor en el que la madre limpiaba a su pequeño, animándolo seguidamente a ponerse en pie... a vivir. Para el no había mayor milagro en el mundo. Arazor lo sabía, y se sentía muy orgulloso de ello.

-Muy buen trabajo hijo mío- le dijo su padre mientras posaba su mano en los hombros del muchacho.

Ambos se miraron y sonrieron, desapareciendo por completo todo ese miedo que habían sentido algunos minutos atrás.

Después de esto, guiaron a la baca junto a su cría hasta un pequeño corralillo vallado que tenía preparado para estos casos, ya que el pequeño becerro era una presa fácil para cualquier depredador hambriento que merodeara por los alrededores. Seguidamente entraron en la casa y se fueron a descansar. Mañana les esperaba otro gran día. esa noche, una fuerte tormenta de verano aconteció en las apacibles tierras de Iderum, descargando toda su furia. El viento movía las ramas de los robles que eran zarandeadas con gran fuerza, a la vez que la lluvia se precipitaba rápidamente, creando grandes canales en la tierra por los que el agua transcurría de manera violenta, bajando directamente hacia el rio que pasaba cerca del bosque. Un relámpago se dejó caer cerca de las casas de los aldeanos desplegando un gran haz de luz cegador, que seguidamente, con pocos segundos de diferencia, fue acompañado por un sonoro trueno, el cual produjo un ruido ensordecedor que despertó al pequeño Akirazor, haciendo que este se reincorporara del susto.

Aquel trueno había conseguido desvelarlo por completo , y con la boca reseca, se vio obligado a bajar hasta el pilón de agua situado en el

comedor, y Así saciar su sed.

Mientras se servía un generoso vaso de agua, escucho unos carrasposos gemidos procedentes del cuarto de su padre. Algo preocupado, soltó el vaso de agua y se dirigió hacia el para ver lo que ocurría. Levanto el manto de pieles que hacían de cortina separando su cuarto del comedor y se dispuso a pasar hacia el interior sigilosamente. Su padre se encontraba profundamente dormido. Aun así mostraba una expresión de gran dolor e impotencia, y no paraba de soltar pequeños gemidos angustiosos mientras se retorció en el lecho de su cama. Akirazor muy preocupado se acercó aún más a él, tocándole la frente y descubriendo que se encontraba empapado en sudor. Algo le debía de pasar, aquella noche era fría comparada con las anteriores, Así que decidió despertarle.

-Padre despierta, ¿te encuentras bien?- le dijo con un tono muy suave, casi como un susurro- padre, ¿me oyes?, insistió nuevamente, esta vez con un tono algo más alto y acercando su mano al pecho para moverlo con suavidad Nada más posar las yemas de sus dedos sobre el cuerpo de Arazor, este abrió los ojos, incorporándose rápidamente a la vez que gritaba fuertemente. El chico cayó de espaldas, pues no se esperaba tal reacción, y debido al susto y la impresión no pudo mantener el equilibrio.

Al cabo de unos segundos comenzó a volver en sí, relajando su expresión angustiada y tornándose a otra más relajada. No fue hasta pasado aquel mal trago que se percató de la presencia de su hijo, el cual seguía en el suelo un poco confuso y asustado por la reacción de su padre. Arazor mantuvo un pequeño silencio mientras se pasaba la mano por su frente, quitándose el sudor. Era una situación incomoda, además de que no sabía que hacía su hijo en el cuarto.

-¿Qué haces aquí?, ¿Por qué has entrado en mi cuarto?- le pregunto confuso con un todo algo enojado. Lo siento padre, baje a beber agua y entonces te escuche. Extrañado por aquellos ruidos entre en el cuarto, y como parecías estar sufriendo decidí despertarte- le contestó Akirazor intentando excusarse.

-Entiendo, no pasa nada hijo. Perdona si he sido rudo contigo. Estoy bien, no te preocupes.

Vuelve a tu cuarto y duerme un poco.

El muchacho no replico y regreso a su cama. Seguidamente su padre entro al comedor, agarrando un trapo y secándose el sudor de su cuerpo. Luego se sirvió un vaso de agua de la tinaja y se sentó junto a la mesa del comedor. Su hijo no pudo evitar detenerse antes de llegar al cuarto. Necesitaba hablar con él.

-Aun sueñas con madre, ¿verdad?- le pregunto con la cabeza agachada, como si tuviera miedo de hablar sobre el tema.

Su padre mantuvo un pequeño silencio, tomo un trago de agua y echando su cabeza para atrás con la mirada completamente perdida hacia el techo le contesto.

-No hijo, no, no son sueños... si no pesadillas. Recuerdos de aquel día que me atormenta. ¿Y cómo que aun?, ¿acaso sabias sobre esto?.

-Alguna que otra noche me pareció oír leves quejidos, pero jamás los asocie contigo. Creí que se trataba de los animales de la granja. Tengo un sueño muy profundo y apenas me percaté de ello, sin embargo, hoy, cuando baje a por agua y te escuche, reconocí aquel sonido. Era el mismo que escuchaba aquellas noches en las que me desvelaba...- le explico Akirazor.

-Entiendo... lo siento hijo mío, siento que me hayas tenido que ver de esa forma. Te has tenido que llevar un buen susto.

-No lo sientas padre, yo soy el que lo siente. Si es como dices, y esas pesadilla la revives casi todas las noches... no puedo ni imaginarme cuanto sufres- le contesto, dedicándole una mirada de empatía.

Su padre lo miro y le dedico una sonrisa algo tenue y corta. Después volvía a coger el vaso y bebió otro trago.

-Y tu... bueno, ya sabes... ¿tienes pesadilla?- le pregunto su padre con curiosidad, pero temiendo su respuesta.

-Al principio sí, tenía bastantes pesadillas, pero con el tiempo fueron apaciguándose y ya apenas se repiten... pero una cosa si es cierta- añadió Akirazor

-¿El qué?, ¿a qué te refieres hijo mío?- le pregunto su padre con más interés. Mis pesadillas han cambiado y ahora son más parecidas a sueños. Yo no pude ver todo lo que paso aquella noche, pero tu padre, lo viviste de primera mano. Mi peor recuerdo viene de cuando ese monstruo decapita a mi madre con sus enormes fauces. Tú, sin embargo, estuviste presente en todo momento he intentaste salvarla con todas tus fuerzas. Es imposible comprender todo el dolor y la impotencia que sentiste y que ahora te atormenta la gran mayoría de las noches como si se tratase de un juego enfermizo- hizo una pequeña pausa y prosiguió- Sin embargo, algo ha cambiado desde que tengo esperanza y doy por hecho que algún día podre hacer justicia matando aquella bestia para que madre descansa en paz. Ahora mis sueños muestran un final diferente, un final casi mágico. Todo transcurre tal cual, rememorando fielmente toda la historia hasta el momento que madre es capturada por el gigantes Orco. Tu y yo

estamos en el suelo, destrozados y sin poder hacer otra cosa que mirar. Entonces, en el preciso instante en que va a comérsela, aparece un fornido guerrero de brillante armadura, con un enorme escudo infranqueable y una espada tallada en acero puro con un filo tan afilado que separaría la carne del hueso oponiendo menos resistencia que el propio aire.

Akirazor seguía relatando toda aquella historia mientras su padre lo escuchaba atentamente, sintiéndose feliz de que su hijo, por fin, después de tanto mes de dolor lo estuviera superando. El chico dejó de contar la historia, y su padre no pudo evitar preguntar. Necesitaba saber cómo acabaría esa realidad alternativa.

-¿Y cómo sigue?, ¿Qué ocurre al final? Akirazor le dirigió una penetrante mirada, sus ojos brillaban con la fuerza de dos ardientes llamas, y después de dedicarle un ligero gesto de simpatía prosiguió.

-El guerrero alzó su espada provocando al Orco, este soltó a madre y corrió hacia el colérico de rabia, como si por alguna razón lo odiara desde lo más profundo de su ser. El Orco preparó un potente puñetazo que el guerrero fácilmente esquivó. La bestia, completamente colérica levantó una de sus piernas e intentó aplastarlo en vano, ya que aunque su potencia fue brutal, el poderoso guerrero se cubrió con su escudo el cual parecía indestructible si haber sufrido rasguño alguno. El Orco retrocedió un par de pasos hacia atrás, al contrario que el guerrero, que avanzaba hacia el frente, acortando distancia. El monstruo volvió a entrar en estado agresivo, preparando una maza, uniendo sus dos enormes brazos y propinando un fuerte y mortal golpe hacia el guerrero, que este esquivó de un salto, haciendo que su adversario descargara toda su furia sobre el duro suelo, quebrándolo por completo. Mientras se encontraba confuso por la desaparición de su oponente entre la humareda que levantó, el implacable guerrero se posicionó detrás de él.

Empuñó su espada hacia el frente y manteniendo la punta mirando hacia arriba, corrió hacia la temible bestia atravesando su estómago. Orco grito de dolor e intentó atrapar al guerrero con sus enormes manos. Él no se lo permitiría, y sacando la espada de su abdomen, amputó una de sus manos antes de que consiguiera apresarle. Aquella espada era mágica: Cortaba la dura piel, la carne y los huesos del Orco como si de una frágil y seca hoja se tratara. El imponente ser se giró, clavando su mirada desafiante en el guerrero. Instantes después comenzó a correr hacia él, en un intento desesperado de aplastarlo con la mano que le quedaba. Tristemente todo fue en vano. El guerrero se deslizó pasando bajo sus piernas mientras extendía su espada, cortando de esta forma los tendones de su pierna izquierda, consiguiendo que el gigantesco Orco se frenara por completo y se arrodillara sin poder levantarse. Por último, el valeroso guerrero corrió hacia él, subiendo de un salto a los hombros de la criatura. Antes de que esta consiguiera reaccionar, blandió su espada con gran

fuerza y precisión, atravesándole el cuello y decapitándolo en el acto. Los tres aunque sin poder movernos presenciábamos aquel milagro. Entonces, el hombre, bajo una luz cegadora, se deshacía de su yelmo y me señalaba con su brazo derecho. Yo intenté divisar su rostro, pero aquella luz tan deslumbrante lo hacía imposible, despertando siempre antes de conseguirlo. Bueno, y este es el final de mi sueño. ¿Qué te parece?- le pregunto Akirazor intrigado por saber qué opinaba.

Su padre dejó que un par de lagrima resbalaran por sus mejillas de pura felicidad. Su hijo no se percató de esto, así que se las seco rápidamente con su antebrazo. Seguidamente le contesto.

-Me parece maravilloso hijo mío. Ojala ese final hubiera sido real. De hecho, me gusta tanto que voy a intentar cambiarlo por el mío- le dedico un alegre e inocente gesto y prosiguió-Estoy orgulloso de ti, mi querido Akirazor.

Capítulo 2

CAPITULO 2: LAS SETAS DE YUTA

La primavera al fin había llegado a las extensas tierras de Iderum, bañando con su caluroso sol a todos los habitantes de la ciudad y embelleciendo el frondoso bosque de sauces y abetos que recorrían todo el ala Este del reino. La llanura de encontraba cubierta por un gran manto de hierbas color verde lima, muy suaves al tacto, haciendo que echarse una pequeña cabezada sobre ellas se convirtiera en un placer solo digno de los más altos nobles. Los ríos cristalinos se encontraban rebosantes de vida, atunes, carpas y gran variedad de pequeños peces chapoteaban en sus aguas consiguiendo que la pesca tomara gran relevancia en aquella época del año.

Había transcurrido ocho años ya desde aquella terrible noche, situación que por suerte no se volvió a repetir hasta la fecha.

Las cosechas habían sido productivas y fértiles estos años atrás, dejando que los aldeanos pudieran vivir algo mejor, revalorizando sus frutas, vegetales y carne en unas pocas monedas de bronce por orden del rey. Esto no fue debido a un arrebató de compasión por parte del magnate, si no que se trataba de una simple medida de prevención ante una posible revuelta de aquellos campesinos, los cuales, hace siete años atrás, dejaron de dar su brazo a torcer y muchos de ellos se negaron a ejercer su trabajo debido a las deplorables condiciones a las que eran sometidos. Con el gran batallón de guerreros a sus órdenes, esto no suponía ningún problema para el Rey, pero si era cierto que si estos se negaban a trabajar y el los sentenciaba a muerte no quedaría nadie para realizar aquellas rudimentarias y duras tareas que abastecían de alimento a todo el reino.

Arazor había cumplido ya los respetables cincuenta y dos años, y aunque seguía siendo todo un experto agricultor y ganadero, el tiempo no pasaban en vano y su cuerpo se resentía bastante más después de cada jornal. Por el contrario, su pequeño Akirazor se había convertido en un atlético y fuerte muchacho de veinte años que no dudaba en ahorrarle los trabajos más duros a su padre siempre que podía. Esto no era de extrañar, ya que desde aquella noche en la que el chico prometió hacer justicia al asesinato de su madre, no hubo ni un solo día que no se dedicara en cuerpo y alma a su riguroso entrenamiento. Al principio solo se trataba de saltar algunos obstáculos, dos o tres carreretas y un par de golpes al rudimentario saco que confecciono el mismo tiempo atrás, pero más adelante, empezó a introducir muchos más ejercicios agotadores para fortalecer al máximo su cuerpo, desde recorrer a trote kilómetros de

senderos boscosos, realizar cientos de flexiones y nominadas hasta que su cuerpo suplicara clemencia o incluso salir de caza por los bosques cercanos al pueblo de Jourant, ya que en los que rodeaban el reino, la caza se encontraba estrictamente prohibida y penada, reservando su fauna a los centinelas del rey.

Arazor estaba orgulloso de él, había podido presenciar como su pequeño se convertía en un esbelto y fornido hombre forjado bajo los duros entrenamientos que llevaba a cabo de sol a sol con una entereza y fuerza de voluntad digna de admiración. Hacía varios años que las pesadillas no le atormentaban como antes, desaparecieron casi por completo e incluso disfrutaba de alguna que otra noche de sueños en los que se les mostraban recuerdos entrañables y calurosos de los 3 en familia. El más que nadie sabía que esto había sido gracias a su querido hijo, el cual encontró un tenue rayo de luz en un foso de oscuridad, saliendo de él junto a su padre, a quien nunca abandono ni soltó su mano en ningún momento.

Él y su padre habían terminado de recoger una gran cosecha de patatas, Akirazor cargaba los sacos desde el huerto hasta al granero, para ser transportados y pagados respectivamente a la tarde por orden del rey. Una vez terminaron con la labor, Arazor se dirigió a su hijo.

-Está bien muchacho, ya puedes irte, tienes día libre

-Pero padre, aún tenemos que preparar la tierra y abonarla para la próxima plantación- le contradijo Akirazor.

-No te preocupes hijo, de eso ya me encargo yo- le contesto mientras cerraba las puertas de granero para acto seguido agarrar la azada- tú ya hiciste gran parte del trabajo, a mi cargar todos esos sacos me hubiera llevado la mañana completa, créeme has hecho más que suficiente, disfruta del día.

-¿De verdad que no me necesitas?

-Que no de verdad, eres más testarudo que una mula, puede que ya no pueda llevar grandes pesos sobre mis hombros como haces tú, pero que me ahorquen si no soy capaz de labrar mi propio huerto. Aún queda mucha vida dentro mí, no me trates como a un anciano- le dijo mientras le lanzaba una mirada un tanto desafiante pero llena de simpatía.

Akirazor dejó escapar una carcajada

-Está bien, lo entiendo, eres todo un mozo aún. De todos modos avísame si necesitas cualquier cosa- le contesto mientras se alejaba.

Aquella mañana el sol radiaba con más fuerza que nunca haciendo resaltar toda la fértil y verde pradera que se extendía a lo largo y ancho de las inquebrantables murallas de la ciudad. Como de costumbre, Akirazor empezó con sus entrenamientos matutinos, iniciando estos con una buena marcha a trote por los senderos colindantes a la arboleda, aunque esta vez, para variar y romper la monotonía, se adentró un poco más, llegando a la frondosidad del gran bosque. En aquella época del año, al igual que la llanura, el bosque rebosaba verdor y fertilidad en todas direcciones, las aves acompañaban a nuestro humilde campesino con sus alegres cantares, los enormes pinos se extendían hacia las alturas y algunos incluso parecían tocar el cielo, un cielo tan azul y tan intenso como el agua del mar.

Después de aquel agotador recorrido, Akirazor, llegó de nuevo a la llanura, pero esta vez, decidió tomar un leve descanso bajo un árbol de tronco grueso, el cual ya no era tan pequeño y les había proporcionado una maravillosa sombra a él y a su padre en aquellos días veraniegos de duro trabajo. Ese árbol tenía algo especial, algo nostálgico, había visto y oído mucho de los momentos más entrañables de su vida y de cierta forma, cuando observaba a ese verde y frondoso abedul, aquellos recuerdos brotaban en su memoria de manera inconsciente.

Akirazor lo contemplo durante unos instantes, inspiro profundamente y se acercó hacia su basto y grueso tronco, se sentó, colocó su espalda contra él, cerró los ojos y vació su mente por completo, sintiéndose totalmente relajado y tranquilo.

Pero esta tranquilidad no duró mucho, el muchacho despertó al oír unos gritos en la lejanía que proclamaban su nombre. Abrió sus ojos y giró levemente su cabeza hacia la dirección de la que provenían aquellos berridos, y a lo lejos pudo distinguir a un muchacho de melena negra que corría hacia él.

Se trataba de Artél, uno de los amigos de la infancia del muchacho. Lo conoció a los catorce años en mitad de las grandes y espesas arboledas del bosque, Akirazor se encontraba recorriendo aquellos duros senderos como de costumbre, cuando de repente y sin previo aviso, una cuerda lo elevó hacia arriba quedando colgado boca abajo. Había caído en una elaborada trampa para animales, encontrándose de esta forma completamente atrapado. Normalmente siempre llevaba una navaja, regalo de su padre a la cual le tenía mucho aprecio, pero aquel día no fue el caso. Ya, estando a punto de gritar para pedir ayuda, pudo escuchar unos precipitados pasos que se dirigían hacia él, estos se hacían cada vez más claros y concisos y se empezó a percibir un intenso jadeo de cansancio. Por fin, ante él se mostraba un pequeño niño de ojos azules y melena alborotada que apareció entre la maleza, el cual lo observó algo

sorprendido, arqueando una ceja y con un gesto de indiferencia.

-¿Qué haces tú en mi trampa?- le pregunto el niño con un tono de impertinencia

-¿Tu qué crees?, no estoy aquí por gusto-le respondió Akirazor un poco enojado

-Hammmm...bueno, no es culpa mía que seas tan torpe, cualquiera hubiera visto esa trampa a kilómetros, ¿Qué hacías por aquí?- Artél le dirigió una mirada de curiosidad, aunque completamente despreocupada.

-Nada, estaba dando una vuelta por los alrededores ¿acaso tengo que pedirte permiso para entrar al bosque?, anda, bájame de aquí, se me está subiendo la sangre a la cabeza- le reprocho Akirazor mal humorado y algo avergonzado por la situación.

El muchacho rio antes de contestarle.

-Claro claro, no te preocupes- dijo mientras sacaba un cuchillo y se acercaba para cortar la cuerda-pero la próxima vez, deberías pedirlo por favor

En ese momento corto la última hebra de cuerda, haciendo caer al chico de espaldas contra el duro suelo.

-¡Auch! Eso duele- le recrimino Akirazor

- Haber, no esperarías que amortiguara tu caída- Le contesto con tono burlón mientras reía nuevamente.

Akirazor no pudo evitar lanzarle una mirada vengativa y rencorosa. Aquella situación le hacía sentir idiota y avergonzado.

-Tranquilo chico, ya paro- le contesto entendiendo que se le había ido de las manos- ¿Sabes?, me caes bien, ¿cómo te llamas?- le pregunto Artél con un gesto afable.

-Me llamo Akirazor, hijo de Arazor, un humilde campesino ¿y tú?-le contesto ya algo más tranquilo.

-Yo me llamo Artél hijo de Lerok, el mejor mercader de pieles de la ciudad, gusto en conocerte- respondió el mientras le estrechaba la mano.

Desde aquel momento, y aunque su encuentro fue bastante peculiar, los dos se hicieron grandes amigos y quedaban para explorar los misterios del

gran bosque que rodeaba todo el reino.

-¿Qué pasa mi inestimable amigo?- le pregunto Akirazor sin ni siquiera levantarse mientras mantenía su mirada al cielo.

-¿Cómo que qué pasa?- contesto jadeando aun por el cansancio- te he estado buscando, ¿es que ya no te acuerdas?- Artél mantuvo un silencio esperando una respuesta por parte del muchacho, pero este solo le observó y se encogió de hombros sin saber de qué hablaba.

-¡Pero será posible! ¡Hoy es día caza! ¿No te acuerdas?

-Hammm... eso, pues no, ya no me acordaba- le contesto seguido de una estúpida risita y un gesto de ignorancia.

Artél dejó escapar un suspiro...

-En fin, que le vamos hacer, si es que no tienes remedio, deberías entrenar más la mente, que falta te hace.

Tras esta última frase se agacho en busca de una pequeña china y la lanzó con increíble precisión a la frente del muchacho.

-¡Auch!- Se quejó Akirazor llevándose las manos a la frente

-Como no te levante de una vez la próxima ira a otro sitio. He matado con mi arco a presas que pesaban el doble que tú, no te conviene tenerme como enemigo- relató de manera infantil mientras saltaba de un lado a otro con la china en la mano.

-Vale, vale, ya me levanto, no seas burro...- seguidamente se puso en pie, dejando escapar un pequeño gruñido en forma de queja- Aunque quiero que sepas que no me gustan nada tus métodos de convicción violentos. Y bueno ¿A dónde tienes pensado ir a cazar esta semana?, ya sabes que el bosque de Árderum está reservado exclusivamente para el rey.

-¡Bhaa!, a mí eso me da igual, ya me conoces. Esos centinelas del rey no valen nada, es más podría cazar un ciervo delante de ellos y ni se percatarían. Soy silencioso y letal como un águila- contesto vanidoso- pero como tú eres un gallina iremos a otro lugar como de costumbre.

-No te molesta ser tan.....

-¿Encantador?- le corto Artel aguantándose la risa.

-No, ser tan "tu"

Los dos mantuvieron sus miradas y poco segundo después las carcajadas fueron incontrolables. Ambos tenían personalidades bien distintas. Akirazor era un muchacho estricto y tímido, que media siempre sus palabras antes de hablar, y sobre todo humilde. Artel por el contrario era dicharachero, egocéntrico, vanidoso y demasiado refinado para ser hijo de un campesino, aunque era de aquellas personas que siempre están allí cuando necesitas una mano amiga. Pero aquellas diferencias eran precisamente lo que los unían he hizo perdurar su amistad.

-¿Y bien? ¿Qué lugar has escogido?- le pregunto Akirazor recobrando la compostura.

Artél rebusco dentro de su bolsa de cuero, sacando un pequeño mapa de la misma que el dibujo hace algunos años atrás y que completaba añadiendo más contenido según iba descubriendo nuevos lugares. Su dedo se posó firmemente sobre una zona en blando del mapa.

-Aquí, aquí es donde iremos- le dijo dirigiendo una decidida mirada

-¿Tienes idea de que encontraremos allí?.

A Akirazor no le convencía demasiado la idea. La última vez que exploraron un punto blanco acabaron en una pequeña cienaga llenos de lodo, situada entre un par de sinuosas montañas cerca del bosque de Jourant. Allí pasaron toda la tarde hasta la puesta de sol cazando unos seres parecidos a sapos de ocho patas, que para su sorpresa, cuando los cocinaron y probaron sabían a rayos. Los dejaron en el bosque de Arderum, pero ni siquiera los lobos que merodean por las noches quisieron comérselos.

-Bueno.....no lo sé exactamente, se trata de los límites de nuestro reino, allí se encuentra el bosque de Yuta, que actúa como barrera fronteriza y delimita nuestras tierras separándonos parcialmente de los Asuna- le explico Artél

-Pero ese lugar está muy alejado de nuestro hogar, había que atravesar todo el bosque de Arderum a lo ancho, eso son mínimo diez o quince kilómetros. ¿Cuándo kilómetros más calculas que serán?

-Una vez atravesemos el bosque, unos diez kilómetros más como poco- contesto sin estar seguro.

-¿Cómo pretendes que nos dé tiempo a llegar y a volver el mismo día?-

pregunto Akirazor con cierta alteración en sus palabras.

-No te preocupes amigo mío, un conocido de mi padre, que es Equino, nos prestara un par de caballos, aunque a cambio le deberemos traer un jugoso manjar, las setas de Yuta, son las más deliciosas de todo Iderum.

Akirazor frunció el ceño, no le convencía del todo la idea de su amigo, jamás se habían alejado tanto y no era necesario, había muchos más bosques en los que podían conseguir buenas piezas sin necesidad de desplazarse a tal distancia. Artél noto esta indecisión en los ojos de Akirazor, así que seguidamente prosiguió.

-¡Vamos compañero! ¿Acaso no te apasiona visitar y conocer tierras nuevas? ¿Sitios maravillosos que tus ojos aún no han visto?, además, piensa la variedad de animales nuevos que podemos encontrar y si las setas de Yuta son las mejores, ¿quién te aseguras que su carne no será más de lo mismo?- le dijo Artél mientras le diría una mirada casi implorativa, como si de un perro hambriento se tratara.

-Acuérdate de esos dichosos bichos de la ciénaga y su asqueroso sabor- realizo una pausa y continuo- Pero vale, de acuerdo, iremos a por esas setas, pero no perdamos ni un segundo más, si no, nos sorprenderá el anochecer- termino diciéndole no del todo convencido aún.

Una grata sonrisa de victoria se dibujó en la cara de Artél. Tras equiparse con sus utensilios de caza ambos se dirigieron al encuentro de sus monturas equinas, los cuales le esperaban en el establo de aquel hombre al que tanto le apasionaban las setas de Yuta como para fiarse de dejar un par de buenos y sementales caballos a dos jóvenes e inexpertos jinetes.

Artél tenía ideales y formas de pensar muy parecidas a las de Akirazor, pero con personalidades bastante opuestas, y lo mismo ocurría físicamente. Akirazor era un muchacho fornido y alto, de anchas espaldas unas manos grandes y fuertes y unas piernas voluminosas y musculadas que habían sostenido más peso del que su amigo cargaría en toda su vida. Su pelo castaño, lacio y semicorto con unos destellos cobrizos acompañados por unos intensos ojos verdosos daban una imagen poco propia de un sucio y humilde campesino. Por el contrario, Artél era de constitución delgada, algo fibroso y con una altura bastante similar, mostraba una muy buena presencia y un talento natural de seducción que pocas chicas podían resistir. La caza y las mujeres eran sus dos cosas preferidas en el mundo. Respecto a su rostro, poseía una melena negra considerablemente larga y ligeramente ondulada que por lo general, recogía en una coleta para impedir que este le molestara en los días ventosos. Esta cabellera era acompañada por una seductora barba cuidadosamente recortada dejando ver un recotado bigote que se unía a una varonil perilla, todo esto complementado por unos ojos azules

intensos como el mar.

Durante el camino hacia el establo, Artél y Akirazor hablaron sobre temas que carecían completamente de importancia, como era de costumbre. Artél no podía soportar una conversación profunda o que supusiera algún tipo de moralidad u obligación, a él no le gustaban las preocupaciones, solo pensaba en el presente y en vivir, disfrutar de la vida. Por ello, no tenía ambiciones ni codicias, convirtiéndole en alguien en quien se podía confiar. Era aquel tipo de persona, que siempre conseguía levantarte el ánimo y hacerte sonreír. Y eso era precisamente lo que más le gustaba a Akirazor de él.

-¿Bueno y que tal te va en el amor querido amigo?- le pregunto Artél mostrándole una aniñada sonrisa.

-Ya sabes que ese tema no es lo mío.

-Pero eso es solo culpa tuya, deberías de arreglarte un poco. Siempre vas con esos trapos viejos de campesino. Si quisieras te podría prestar algo decente, seguro que hay más de una campesina dispuesta a retozar contigo. Por favor, tu cuerpo y esos ojos verdes son el sueño de cualquier mujer- hizo una pausa para observarlo de arriba abajo meticulosamente- y la envidia de cualquier hombre, sin duda...- colocó la mano en el hombro de su amigo y acercándose a su oído le susurro- Sinceramente, si fuera mujer estaría loquita por tus huesos.

Akirazor lo aparto de un pequeño empujón. No era la primera vez que le insistía con el tema de las mujeres, cuestión que le incomodaba mucho. Artel comenzó a reír. Sabía perfectamente lo poco que le gustaba, pero ver su rostro avergonzado era todo un deleite para él, por lo que siempre intentaba encaminar la conversación con la esperanza de llegar a ese punto.

-Claro que sí, lo que tú digas Don Juan- le contesto con tono burlón- pero en mi caso, por ahora, hay cosas más importantes que el amor.

-¿Enserio?, ¿más importantes?, pues no me imagino que podrá ser...-dijo pensativo.

-Déjalo, sé que en tu cabeza no hay sitio para nada mas... bueno si, siempre guardas un sitio para incordiar-me- le contesto dándole una palmada en el hombro- Bueno, ¿y tú qué? Cuéntame.

-Nada importante, ya me conoces, no me gusta atarme, soy un hombre libre.

Artel mantuvo silencio mientras sus ojos se movían ligeramente de un lado a otro. Su amigo sabía que le ocultaba algo, siempre hacia lo mismo

cuando quería contarle algo, pero no sabía si debía o no.

-Venga, suéltalo ya. Sé que quieres decírmelo- le insistió

-Ahora mismo hago algunas visitas nocturnas a Nora.

- ¿Esa no es la hija del sastre?- pregunto Akirazor mostrando interesado.

-Pues si- contesto Artél sin darle mayor importancia.

- Creo que su padre no quiere verte ni en pintura. La última vez que lo escuche hablar con los demás aldeanos dijo que si pillaba a quien le hacia esas visitas nocturnas a su hija lo empalaría cerca del bosque para que lo devoren los lobos... Debí suponer que eras tu.

-Lo sé, me gustan los retos, es más excitante si hay peligro de por medio- dijo mientras dejaba relucir una sonrisa de oreja a oreja.

-¿Y qué paso con Carla?

-De eso hace más de un mes ¿aun te acuerdas?. A demás, cuando se enteró de que estaba con Elena me dijo que no quería volver a verme.

-Por los Dragones Antiguos, no tienes remedio amigo mío- le contesto Akirazor llevándose las manos a la cabeza.

Sin darse cuenta, entretenidos por la conversación, estaban a punto de llegar a su destino. Desde la lejanía de divisaba el establo y justo apoyado en la valla se encontraba aquel hombre que les iba a dejar unos caballos a cambio de unas succulentas setas de Yuta.

Cuando al fin se acercaron lo suficiente pudieron observarlo mejor. Se trataba de una persona de respetable edad, sobre los cincuenta, bastante gordo y con una calvicie muy pronunciada, brazos gruesos y peludos. Vestía con unos pantalones marrones algo estropeados, una camisa blanca de manga corta y un delantal blanco de cuero ya ennegrecido y con un desagradable olor debido al uso.

El establo presentaba una imagen notablemente ruinoso, pero sin embargo era uno de los que más caballos y yeguas albergaba. Había de todas la razas, incluso pura sangre que no estaban al alcance de cualquiera. Los había blancos, negros, marrones, color café, mateados y un largo etcétera, era imposible no encontrar el que buscabas.

Aquel hombre desaliñado y sucio nos miró de arriba abajo con una expresión de total despreocupación. Tras un carraspeo de garganta y un

buen escupitajo lanzado con desprecio hacia el suelo dijo:

-¿Qué queréis muchachos?

Antes de que Akirazor pudiera mediar palabra, Artél dio un paso adelante y le contesto.

-Muy buenas buen hombre, con su permiso me presento, yo soy Artél hijo de Lerok y este es mi buen amigo Akirazor. Si no tengo mal entendido, usted conoce a mi padre.

Akirazor quedo algo sorprendido por la forma en la que se había referido hacia aquel hombre. Esos modales eran más propios entre la realeza y gente noble, pero por lo visto en los conocía muy bien a pesar de no pertenecer a ese escalón de la sociedad. Akirazor empezó a comprender las capacidades de seducción de su amigo, ya que había pocas mujeres a las que no les enamoraran, la prosa, la lírica y el buen hablar.

-iLerok! ¡Claro que lo conozco!- Exclamo cambiando su expresión a un tono mucho más amigable- Él y yo hemos sido siempre muy buenos amigos, ¿así que eres su hijo?- le pregunto mientras le estrechaba la mano con fuerza- un placer conocerte muchacho.

-Igualmente señor- le contesto algo sorprendió por el fuerte apretón y el enérgico saludo

Aquel hombre, sin concederle tiempo a Artél para que explicara nada, exclamo:

-iClaro! Estáis aquí por los caballos ¿verdad?

-Exacto, ya veo que mi padre le informo al respecto- le contesto con un tono muy amigable.

-Sí, sí, no hay ningún problema, yo os dejo un par de yeguas, pero recordad lo prometido, tenéis que traerme un buen puñado de esas setas.

-Por supuesto señor, pero, si no es mucho importunar ¿por qué ansia tanto las setas de Yuta?

Artel sentía bastante curiosidad por el tema, y a su amigo de igual forma, no tardo demasiado en picarle la curiosidad. En el bosque de Árdarum también había gran cantidad de setas silvestres y muchas comestibles, aunque crecían en zonas poco practicables, era mucho más fácil y menos costoso de conseguir. Entonces ¿Por qué tanta insistencia para conseguir aquella precisamente?

Se mantuvo un pequeño tiempo de silencio, seguidamente aquel hombre nos miró a los dos y prosiguió:

-Bueno, es difícil de explicar si no las habéis probado. La setas de Yuta tienen un sabor suave, dulce como la miel, prácticamente se deshacen en la boca, son una auténtica delicia. Hace años que no las como, pero recuerdo muy bien su sabor. Mi padre, que en paz descansa, casi todas las semanas traía un buen puñado de esas deliciosas setas.

-¿Su padre recorría todo ese trayecto todas las semanas solo por aquellas setas?- pregunto Akirazor sin poder contener su curiosidad.

El hombre carraspeó un poco y prosiguió.

-Mmmm.... No exactamente, él se desplazaba hasta las entradas al bosque de Yuta, allí una Asuna le entregaba aquellas setas.

-¿Una Asuna?, vaya, increíble, yo aún no he tenido el privilegio de conocer a ninguna, dicen que son hermosas- Le dijo Artél con cara de asombro.

-La verdad, no puedo decirte, yo jamás conseguí verla, mi padre tampoco hablaba al respecto, solo decía que era una buena amiga. Me dijo que la conoció cuando era joven, nada más, nunca quiso intimar con nadie sobre ese tema. Además, ya sabes las políticas actuales. A pesar de haber tratado de paz con los Asuna, tienen prohibida la entrada a las tierras colindantes al castillo. Solo los sabios y algunos magos pueden lidiar palabra con ellos incluso desplazarse a su urbe para tratar asuntos reales sin represalias.

Ante estas últimas palabras, se produjo de nuevo un incómodo silencio y que el mismo decidió romper.

-Bueno, basta ya de tanta cháchara, seguidme al establo, voy a mostrarles sus yeguas.

Los dos asintieron y acompañaron a aquel hombre hacia el interior del establo. Una vez dentro el olor no era para nada agradable, el estiércol aún estaba sin recojer pero por lo menos el agua y la comida de aquellos animales lucía fresca. El hombre señaló hacia dos de aquellas yeguas y prosiguió.

-Aquella de allí es Azucarilla, y aquella de color canela es Princesa, serán sus fieles corceles trátenlas bien. Y las monturas están colgadas en el poster junto a las herraduras, coged las que más os gusten, y por supuesto, traedme mis ricas setas. Cuando estéis listos salid por la puerta de atrás.

Dicho esto, el hombre se dio la vuelta y salió por la puerta principal, cerrándola tras de sí.

-Bueno, yo me quedo con Azucarilla, para ti Princesa, que la necesitas más- dijo Artél con un tono burlón.

-Muy gracioso amigo mío, pero seguro que mi relación con esta yegua dura más que cualquiera de las tuyas- le dijo Akirazor con tono chulesco.

-iWoouu!, eso fue un golpe bajo ¿lo sabes verdad?. No deberías hablarle así a tu mejor amigo. Tal vez tenga una relación más duradera con Carla solo para hacer que te tragues tus palabras- contesto frunciendo el ceño en un fingido enfado.

Los chistes se terminaron una vez que llegó el momento de montar a las yeguas. Estas eran bien mansas, pero igual, los jóvenes eran tan torpes que al intentar subirse en ellas o galopar, hacían movimientos bruscos provocando que estas se asustaran y los lanzaran por los aires. Akirazor nunca había montado en caballo, ni siquiera en burro. Su padre había tenido alguno que otro, pero su cometido era el de cargar víveres, no a él. Artél tenía algo más de ventaja, pues como bien dijo aquel equino era amigo de su padre, y de muy joven le había dejado montar alguna que otra vez, pero de aquello hacía años.

-iVenga! Ya casi lo tienes, una vez que sabes como tirar de las riendas no es tan complicada- le decía Artel a su amigo mientras este a duras penas mantenía el equilibrio en su montura.

Akirazor volvió a caer al suelo tras un relinche enfurecido del animal, golpeándose el hombro derecho.

-Esta de princesa tiene bien poco, te lo digo yo- le contesto mal humorado a Artel mientras se reincorporaba por décimo quinta vez.

Les llevo un buen rato, pero finalmente consiguieron mantenerse sobre ellas sin acabar en el suelo continuamente, he incluso mantener un paso relativamente rápido sin peligro. Al fin estaban listos para emprender la marcha.

Mientras galopaban, Akirazor echo un último vistazo atrás, observando como en el horizonte, las imponentes murallas del castillo se hacían diminutas y desaparecían ante sus ojos. Las casas colindantes al reino empezaban a parecer pequeñas piedrecilla en el extenso prado y las grandes zonas de cultivo.

Rápidamente llegaron a la altura del río, el agua se mostraba cristalina he invitaba a darse un refrescante baño, pero por supuesto no había tiempo para aquello y rápidamente cruzaron el pequeño puente rural. Aquel

puede como todas las pequeñas cosas en Árdurum, tenía su historia. Fue construido hace más de un siglo, para mantener trato comercial con las pequeñas ciudadelas humanas que se extendían a lo largo y ancho de los reinos de Iderum y aun así, después de tanto tiempo, aquella estructura seguía firme e inamovible. Ambos, después de cruzar el puente, pararon en seco y volvieron a mirar hacia sus hogares. Aunque Artél siempre llamaba a la aventura, aquella estampa le hizo sentir nostalgia y sensación hogareña, la cual Akirazor pudo notar en sus ojos y por supuesto compartía. Las ansias de aventuras eran latentes, pero jamás se habían alejado tanto. Sin pensarlo más, volvieron la vista hacia el frente y galoparon hasta adentrarse en el bosque de Árdurum.

Los pinares verdes delimitaban los pequeños y estrechos senderos de camino entre el bosque, por los cuales, era difícil cabalgar. Para facilitar la tarea fueron uno tras del otro avanzando con cautela, pues que algunos caminos rozaban barrancos más que peligrosos. Artél conocía aquel bosque como la palma de su mano, pero a caballo la cosa era distinta.

Sin ningún percance más que algún que otro tropiezo por la densidad de los helechos en la arboleda, consiguieron atravesar el bosque, encontrándose con una vasta llanura cubierta de un verde prado y un gran lago central.

Aún se encontraban a más de la mitad de camino Desde allí se podían divisar una cordillera montañosa de piedra grisácea, apenas sin vegetación. Si Artél no estaba equivocado, entre aquellas montañas debería haber un sendero el cual les permitiría pasar y llegar al tan ansiado bosque de Yuta.

Después de un pequeño descanso prosiguieron con su viaje, las yeguas galopaban a gran velocidad por el extenso prado, eso les hizo ahorrar mucho tiempo, el cual seguramente necesitarían más adelante, ya que según habían oído, el bosque de Yuta era mucho más denso y peligroso que el de Árdurum. El suave y verde prado empezaba a escasear conforme se acercaban a las imponentes montañas, que parecían formar un muro natural inquebrantable que no les permitiría pasar.

El muro natural que producía la cordillera era demasiado inclinado para intentar galopar por él. Artél empezaba a perder las esperanzas, ya que la única opción era bordear toda aquella llanura al pie de las montañas esperando encontrar alguna apertura o grieta, algo que no podían permitirse con el tiempo jugando en su contra. Por suerte, después de un tiempo avanzando en dirección Este, encontraron un estrecho sendero que parecía comunicar con el otro lado. El sendero estaba bien escondido, tanto era así, que pocas personas sabían de su existencia. Era tan estrecho, que nuevamente tuvieron que desplazarse en fila de uno. Había que tener cuidado durante el trayecto, debido a que de vez en cuando alguna que otra piedra se desprendía de lo alto del monte y muchas

acababan en el sendero. La mayoría eran diminutas, pero otras de considerable tamaño podían ser peligrosas si no se esquivaban.

Por suerte, consiguieron recorrer el camino sin mayor problema hasta que empezó a ensancharse dando final al mismo y comienzo al majestuoso bosque de Yuta.

Los dos quedaron boquiabiertos, era un lugar completamente distinto a lo que habían visto nunca. Las exóticas vistas mostraban gran cantidad de vegetación nueva que no conocían y arboles enormes que se extendían hacia el cielo mucho más altos que cualquier pinar. Estos abarcaban un gran abanico de color, entre ellos tonos azulados, rojizos, amarillentos, incluso morados. Todo aquello les dejó completamente perplejos, y aunque por un instante sintieron miedo ante algo tan diferente a sus tierras, era aquella diferencia precisamente lo que les incitaba a adentrarse y explorar. Tenían curiosidad por saber que clases de animales habitarían su colorido bosque, y por supuesto, después de lo que les dijo el hombre del establo, querían probar el delicioso sabor de las setas de Yuta.

Artél se detuvo durante un instante para hacer un pequeño croquis de lo que estaba viendo y así poderlo situar en su mapa más adelante. En las librerías de palacio, se almacenaban cientos de libros y manuscritos, algunos contenían mapas detallados de las Tierras de Ilerum, pero por desgracias, estos documentos solo estaban al alcance de unos pocos privilegiados y estrictamente prohibidos a la clase baja. Pero el afán de exploración del muchacho no se detendría por ello, y si el mismo tenía que hacer el trabajo para poder orientarse mejor en sus salidas de caza, que así fuera. Seguidamente, montaron de nuevo en sus yeguas y con cautela se adentraron en el bosque.

En apenas unos metros ya se sentían perdidos, la maleza parecía abrazarles, dejándoles ver apenas unos cuantos metros al frente. Ambos mantenían los ojos bien abiertos ante todo lo que les rodeaban, ya que no sabían que peligros podían aguardarles en aquel lugar. Los arboles estaban tan juntos unos de otros que apenas se podía distinguir el cielo. Las copas de estos chocaban entre si mecidas por el aire, generando un ruido que hacía parecer que rugían. Se escucha también el cantar y revolotear de las aves silvestres, pero se hacía prácticamente imposible divisar alguna entre tanto colorido arbóreo. Algunos de estos cantares eran conocidos para nuestros amigos, y otros... no tanto. Conforme avanzaban al interior, el bosque de hacía aún más espeso y la vegetación del suelo más alta y recia. Finalmente decidieron que lo mejor sería dejar a las yeguas atadas a un árbol y proseguir a pie.

Artel se giró en seco sin terminar de anudar su montura al tronco.

-¿Has oído eso?

-No, no he oído nada- contesto Akirazor mirando de un lado a otro

-Creo que venia del norte- prosiguió, terminando de apretar el nudo

-¿No habrá sido tu imaginación?

-No amigo mío, mi oído no miente. Si algo se me da bien a parte de las mujeres, eso es la caza, y si mis sentidos me fallan, ya puedo retirarme- le contesto mientras afinaba su oído intentando escuchar de nuevo aquel sonido que le puso tan nervioso- será mejor que a partir de aquí extrememos precauciones. Akirazor, lleva el machete preparado por si acaso- le dijo a la vez que desplegaba su arco.

Akirazor asintió y de su bolsa sacó un mache bien afilado de generoso tamaño, el cual servía para cortar los duros tallos de algunos cultivos. Mientras, Artél, colocaba una de sus flechas en la cuerda del arco, apoyando la parte de la punta en su dedo índice, manteniendo el arma medio tensada y preparada para disparar. Akirazor siempre tuvo curiosidad por aquel arco de su amigo, no era un arco cualquiera, tenía una historia tras de sí que ni siquiera Artél sabía. Se trataba de una herencia del abuelo de su abuelo, por alguna razón le tenían mucho aprecio y gracias a eso se conservó y fue pasando de generación en generación. Debía de tener más de 400 años y aun así se mantenía regio y tenso como uno nuevo. Su cuerpo al completo estaba hecho de madera de Alarne. El Alarne es una especie de árbol que solo crece en las tierras puras de los bosques de "Rucka", cerca de la urbe de los Arteros, una madera tan pura y resistente, que ni las inclemencias del tiempo conseguían pudrirla. Aquel arco le transmitía a Artél una sensación de serenidad y nostalgia que nada, salvo aquel tesoro de su familia, podía conseguir.

-Bien, pongámonos en marcha, las presas no se van a cazar solas compañero- digo Artél en un intento de rebajar la tensión de la situación.

-Está bien, tú dirás hacia donde- le contesto Akirazor, confiando y dejándose guiar.

-Mmmm, la humedad a aumentado en esta zona, eso quiere decir que si seguimos dirección Norte como hasta ahora, nos tendremos que encontrar con algún lago o manantial. Apostaría mi vida a que el ruido que escuche provenía de esa dirección. Si hay animales por los alrededores, frecuentaran esa zona. Con suerte cerca del agua habrá un claro sin vegetación, creado por los propios inquilinos de este bosque al saciar su sed o refrescarse y al no haber obstáculos de por medio, podre cazarlo

fácilmente con mi arco.

-Mmm... está bien, vamos hacia el norte, tú eres el experto en estos temas. Iré delante para abrirte paso entre la maleza-dijo Akirazor mientras avanzaba al frente y empezaba a cercenar ramajes molestos.

Los muchachos prosiguieron hacia delante durante un tiempo y por suerte para ellos, la cantidad de maleza del bosque iba decreciendo facilitándoles el andar por el lugar.

Artél tenía una gran capacidad de orientación, pero sabiendo que era un lugar completamente desconocido para él, no se quiso arriesgar y desde el principio fue marcando algunos troncos de árbol por los que iban pasando, haciendo una muesca con la punta de la flecha en los mismos.

Al fin llegaron a una zona abierta, y tal como prometió Artél, allí estaba el pequeño manantial. El agua era completamente cristalina, aunque presentaba un tono blanquecino poco usual, seguramente por el fondo de roca caliza que se podía apreciar. En aquel pequeño paraíso en mitad del imponente bosque, la suave brisa secaba los ropajes de nuestros amigos, empapados por el continuo rocío de las plantas formado por la humedad del lugar. Dentro del agua, se podían observar una gran cantidad de peces que se mantenían en la parte más profunda. En la zona más alejada, se encontraba un buen muro de piedra sobresaliendo de un barranco, en el cual se formaba una cascada, por la que emanaba agua limpia y pura que iba a parar directamente al manantial.

Artél y Akirazor miraron hacia el cielo, tras tanto tiempo dentro del bosque, el sol al fin brillaba por encima de sus cabezas. Esto los animo bastante, ya que aunque pudiera parecer algo banal y sin importancia, seguramente aquel lugar era una de las pocas zonas de aquel inmenso bosque en las que los rayos del sol eran capaces de penetrar.

-Mira Artél ¿es eso lo que creo que es?- le pregunto Akirazor señalando hacia la base del manantial.

-¡No me lo creo! ¿Enserio?, ni siquiera hemos tenido que buscarlas, la suerte esta de nuestro lado amigo mío- proclamo Artél casi gritando.

Se trataba de las tan ansiadas setas de Yuta, que se encontraban justo en frente de sus narices. Mostraban una apariencia muy parecida a las normales, pero eran más grandes y pujadas. Además, en vez de presentar el típico tono marrón o verdoso, o la apariencia de las venenosas color rojo o con pintas negras, estas dejaban ver una tonalidad amarillenta cremosa, que inevitablemente te hacían recordar el color de la miel. Alter se acercó hacia ellas y arranco una. Para su sorpresa era exageradamente

tierna y esponjosa. "Aquel hombre no mentía ni lo más mínimo", pensó para él. Seguidamente la enjuago en el manantial y se dispuso a darle un bocado.

-¡Espera! ¿Qué estás haciendo?- le recrimino Akirazor

- Pues que crees que voy hacer, probarlas, me muero de ganas- le contesto mientras se la acercaba de nuevo a la boca.

-¿No te has parado a pensar que no podrían ser esas? ¿Y si son venenosas?-le pregunto dirigiéndole una mirada dictatorial.

-Vamos amigo, tienen que ser estas, estamos en Yuta, observa el color amarillo caramelo, son suaves y esponjosas, no cabe duda, tienen que serlo, y si no lo son, bueno...no te preocupes, yo me sacrifico por los dos. Pero no pienso volver al establo con las manos vacías. Seguro que ese Equino se cabrea tanto que ya no hará falta que el padre de Nora me empale, ya lo hará el. Como ves, en los dos posibles finales estoy muerto.

Akirazor no pudo evitarlo y dejo salir una carcajada, después de esto le dirigió un gesto de aprobación.

-Está bien, me has convencido, puedes probarlas, pero te juro que como te mueras te traeré de entre los muertos solo para volver a matarte yo mismo.- le contesto dedicándole una mirada intimidante.

-Entendido, tu tranquilo, mis instintos no fallan. Deséame suerte- después de estas últimas palabras le pego un buen bocado a la esponjosa seta, la mastico varias veces y saboreo.

-¿Y bien?, ¿Qué tal?, ¿te sientes bien?, ¿notas algo raro?- le pregunto Akirazor con un tono descarado a la vez preocupación.

-Solo te voy a decir una cosa mi querido amigo.- hizo una prolongada pausa y prosiguió- Si estas setas son venenosas ya puedes ir preparando mi tumba por que no pienso parar de comerlas. ¡Son deliciosas! Vamos ¿a qué esperas? ¡Pruébalas!

Akirazor no pudo resistir la curiosidad, además su estómago empezaba a reclamar algo de comida, por lo que sin pensárselo ni un momento más, arranco otra seta la enjuago y le propino un buen bocado. Al notar ese intenso y dulce sabor, una expresión de asombro se dibujó en su rostro. Efectivamente eran tan duces como la miel y tenían un sabor que no acababan de relacionar con algún otro conocido, pero igualmente eran deliciosas.

Una vez saciaron su apetito, agarraron todas las setas que podían en un viejo saco de arpillera y se resguardaron bajo la sombra de un gran árbol situado en uno de los extremos del claro. Aun después de llenar el caso por completo de setas, seguían quedando más de un centenar a todo lo largo del manantial. Artél quedó extrañado. Era muy raro que en una zona tan llana y tranquila como aquella los animales herbívoros que allí habitaban no les prestaran ni la más mínima atención “¿a qué animal no le gustaría el sabor de esos dulces manjares?”, se preguntaba así mismo. En ese momento Akirazor puso la mano sobre las espaldas de muchacho.

-Artél, algo raro está pasando- le dijo en un tono suave, pero preocupado.

Akirazor tenía razón, el cantar de los pájaros había cesado por completo. La brisa se había apaciguado y una sensación terrible empezó a recorrer sus cuerpos. Artél, se puso en el peor de los casos, armándose rápidamente con su arco. Akirazor al ver la reacción de su amigo también entro en guardia, agarrando el machete con fuerza y colocándose espalda contra espalda, cubriéndose así mutuamente. La sensación de ser observados cada vez se hacía más profunda. La situación era tan tensa que los segundos parecían horas, los ojos de ambos se movían en todas direcciones de manera rápida y alborotada fruto del pánico que poco a poco germinaba con fuerza dentro de ellos.

Un sonido veloz y cortante se produjo entre los helechos situados a su derecha. Artél, instintivamente se giró y con gran precisión disparo su flecha hacia el lugar donde se produjo el sonido. Los dos mantuvieron silencio durante unos instantes, pero todo parecía indicar que el disparo había sido herrado.

De repente, una sombra oscura emergió de entre la maleza, presentándose ante ellos con un salto magistral. Se trataba de una especie de felino enorme de pelaje negro como la noche, con grandes garras, unos cuernos inclinados completamente hacia atrás y unos intensos ojos verdes los cuales se clavaban en nuestros dos aventureros. Artél, rápidamente agarro otra flecha, pero antes de poder colocarla correctamente el enorme felino empezó a correr frenéticamente hacia ellos. Su velocidad era tal que Artél no tuvo siquiera tiempo para apuntar, dando lugar a un tiro desviado sin posibilidad de poder acertar en el cuerpo de la bestia. De nuevo saco una tercera flecha, pero cuando volvió a centrarse hacia el frente, ya era demasiado tarde, esa cosa se encontraba en el aire con las garras y grandes fauces preparadas para segar la vida del muchacho. En un impulso desesperado, Akirazor, empujo a Artél hacia el exterior, exponiéndose él en su lugar. La bestia cayo sobre nuestro héroe, pero por suerte, consiguió agarrar sus extremidades delanteras, evitando de esta forma que el agresivo animal hundiera las garras en su abdomen y desparramara sus visceras. Ambos forcejearon durante unos segundos. Una hilera de afilados colmillos tan

grandes como la palma de sus manos estaban a punto de alcanzarlo, y aunque el muchacho era fuerte, su resistencia empezaba a ceder. Artél, saliendo del shock y observando la situación en la que se encontraba su amigo, colocó rápidamente su última flecha en el arco, apuntó y disparó de forma certera contra el felino. Este se percató de sus intenciones y consiguió esquivar parcialmente la flecha, la cual se clavó en sus cuartos traseros sin producirle gran daño. Aun así, debido a este impacto, las fuerzas del animal flaquearon por unos instantes, situación que Akirazor aprovechó para colocar sus piernas bajo el vientre de la criatura, empujándola con gran fuerza hacia atrás y por fin librándose de ella. El gran felino cayó de bruces contra el suelo. Aun así se incorporó rápidamente y lanzó un nuevo ataque contra los muchachos. Akirazor, había perdido el machete por la investida de la bestia y Artél se encontraba sin flechas. La situación no podía ir peor y colocándose uno junto al otro cerraron los ojos esperando su final.

Por alguna razón que no llegaban a comprender, aquel final tardaba demasiado en llegar. Era eso, o simplemente ya estaban muertos y aun no lo sabían. Pasados unos instantes Akirazor no pudo soportarlo más y decidió abrir sus ojos. Para su sorpresa, aquella bestia se encontraba de nuevo en el suelo, bastante desorientada y aturdida. Nuevamente se incorporó y lanzó un segundo ataque. Pero esta vez, a diferencia de la primera, pudo presenciar como su atacante se topaba contra algo invisible, como una especie de muro transparente que parecía protegerles. Artél puso la mano sobre el hombro de Akirazor y se miraron sorprendidos, no sabían qué diablos estaba ocurriendo, ¿se trataría de un milagro?

Todo empezó a cobrar sentido para nuestros amigos, cuando sin previo aviso, entre la maleza del bosque, emergió una figura misteriosa. Se trataba de una bella Asuna, la cual era acompañada por dos centinelas bien armados. Akirazor y Artél no daban crédito a lo que sus ojos le mostraban, simplemente no podían creerlo. Jamás pensaron en que aquel encuentro pudiera suceder y aunque sabían que aquellos seres no eran para nada hostiles, no podían evitar sentir cierta preocupación e incertidumbre. El gran felino dejó salir un potente rugido, haciendo así, que nuestros amigos volvieran a la cruda realidad. Esta vez, la enorme bestia, clavó sus enormes ojos verdes sobre su nueva enemiga, que sin concederle ni un segundo más, se lanzó hacia ella sin ningún tipo de miramiento. La acción por parte del animal no pareció preocuparle ni en lo más mínimo. La joven comenzó a murmurar unas extrañas palabras en un dialecto desconocido y sus ojos dejaron escapar un fuerte destello. Justo antes de que el animal consiguiera alcanzarla, alzó sus manos energicamente, provocando que una fuerza mágica e invisible, lo elevara por los aires cayendo dentro del manantial situado unos metros más atrás.

La misteriosa joven, pareció flaquear por unos instantes cuando sus piernas se aflojaron. Sin llegar a caer se colocó la mano en su frente haciendo un y mostro una disimulada mueca de dolor. Finalmente recobro la compostura y quedo alerta ante a la amenazante criatura. El felino se aferró con sus patas delanteras al borde, y aunque empapado, seguía de una sola pieza. Al salir por completo erizo su cola y dirigió una profunda mirada llena de rencor a la chica. Seguidamente se adentró de nuevo hacia las profundidades del bosque desvaneciéndose como tan rápido como el humo.

Nuestros amigos aún seguían perplejos, como si no acabaran de asimilar todo lo que habían presenciado. La mujer los miro y soltó una pequeña risotada. Les dedico un gesto amable y se dirigió hacia ellos.

-Muy buenas jóvenes caballeros, ¿se puede saber que hacen por estas tierras?

La chica los miro fijamente esperando una respuesta, que parecía no llegar. Ambos intentaron contestar, pero las palabras se atragantaban en sus gargantas. No se debía solo por la traumática experiencia que acababan de vivir, si no también por que delante de ellos había un ser del que apenas habían oído hablar y para como le estaba hablando en su propio idioma. La bella Asuna lanzo una mirada hacia las setas que se encontraban a la vera del manantial, y poco mas a su derecha diviso el pequeño saco lleno del delicioso manjar. Nuevamente les dedico una sonrisa y prosiguió.

-Entiendo. Veo que nuestros frutos silvestres son lo suficientemente succulentos como para hacer que dos jóvenes aventureros se adentren en nuestras bellas pero peligrosas tierras.

-¿Pu-pu-puedes hablar nuestro idioma?- tartamudeo Artél

-¡Ho! ¡Que sorpresa!, empezaba a perder las esperanzas de poder conversar con ustedes mis queridos caballeros. Claro que hablo vuestro idioma. Todos los Asuna lo aprendemos, y por supuesto, el de los Natau también. Es parte de nuestra educación. ¿Acaso vosotros no?

Acto seguido, se produjo un momento de silencio y al no obtener respuesta continuo.

-Creo entender lo que sucede, haber, sois, ¿Cómo se dice?, sois... a si, "Plebeyos"-al decir estas últimas palabras, la expresión de los muchachos se tornó de la completa estupefacción a un tono más serio, por lo que continuo- Por favor, no me mal interpretéis, solo quiero decir que por lo que tengo entendido, únicamente los nobles tienen derecho a la educación, por lo que comprendo totalmente el hecho de que no entendáis el idioma. Aunque he de decir que estoy completamente en contra de

vuestros modelos jerárquicos. Perdonad mis modales, mi nombre es Milenay, ¿y ustedes sois?...

-Mi nombre es Artél, mucho gusto en conocerla bella dama- le respondió mucho más tranquilo recuperando su porte galán.

Milenay dejó escapar una tenue sonrisa en su rostro. Seguidamente poso la mirada sobre el otro muchacho.

-Mi nombre es Akirazor, encantado de conocerla. Muchas gracias por salvarnos. Se lo agradecemos de corazón.- le contesto mientras se postraba ante ella.

-Por favor muchacho, levántate, harás que me sonroje. De verdad, no fue nada. Hoy mi maestra me mandó a recolectar algunas plantas y frutos muy útiles para nuestra alquimia básica para así ir reconociéndolas mas fácil y rapidamente. El ruido alerta a mis acompañantes- le explico dirigiendo su mirada a los centinelas que mantenían las distancias sin mediar palabra- así que nos aproximamos hasta el lugar. A sido solo una grata coincidencia, pero me alegro de que acurriera.

Una vez que las cosas se apaciguaron por completo y nuestros amigos se sintieron fuera de peligro, toda su atención se centró hacia Milenay.

Resultado que era mucho más hermosa de lo que a primera vista parecía. Poseía una piel suave y tersa, de un tono azulado con pequeñas vetas amarillentas. Su pelo era liso, completamente negro como la oscuridad de la noche más intensa y unas orejas largas y puntiagudas, como la de los "Elfos" de los cuentos de Hadas. En su rostro, destacaban sus enormes ojos que poseían unos dilatados pero hermosos iris color azul intenso, tan intenso, que parecían brillar bajo el radiante sol. Como último detalle, se podía apreciar una larga pero sutil cola que la chica movía de un lado a otro como el péndulo de un reloj.

-Deberíais de abandonar esta zona, tomadlo como un gentil y sabio consejo. La razón por la este pequeño manantial está plagado de esta setas se debe a que sencillamente el mero hecho de acercarse a el es un suicidio. Los "Kalashi" siempre merodean los alrededores del manantial esperando que algún pequeño y despistado animal se acerque para saciar su sed o alimentarse de las mismas setas que habéis venido a recolectar.

-¿Los Kalashi?-pregunto Akirazor.

-Sí, el mismo que estuvo a punto de devoraros. Se trata de unos de los depredadores más letales de estos bosques... pero no el más grande- esto último lo dijo en un tono más bajo.

Artél se dirigió a coger la herrada flecha que había terminado clavada en la tierra bajo el verde prado. Una vez recuperada prosiguió.

-Muchas gracias bella dama, le debemos nuestra vida. Si no fuera por usted ahora mismo seríamos un par de pedazos de carne colgando en las fauces de esa bestia. Además, si me lo permite, me gustaría elogiarla.

-Por supuesto mi pequeño arquero. Adelante -la chica le dedico una cordial sonrisa y haciendo un leve gesto con la cabeza lo invito a proseguir.

-He escuchado algunos de rumores sobre vuestra raza. Estos hablado de magia, poderes increíbles, y bellos paraísos de vuestras tierras. Nunca tuve la oportunidad hasta ahora de contemplar a una Asuna con mis propios ojos. Y si me preguntaran que es lo que más me impresiono de todo aquello, no serían estos hermosos parajes, ni la increíble y poderosa magia que poseen, ni siquiera el dulce sabor de sus Setas. Sería nada más y nada menos que vos, una hermosa joven, tan bella y angelical como una gota de rocío que resbala por los pétalos de una rosa al amanecer. Señora mía, me postro a sus pies.

Artél, se inclinó ante ella undiendo su rodilla en el suelo. Esto hizo que la chica dejara escapar una enérgica carcajada.

-¿Hermosa yo? Me siento alagada apuesto caballero, pero no cabe duda de que soy la primera Asuna que veis. Hay cientos de chicas más hermosas que yo.

- No te dejes engañar por su caro de niño bueno. No es la primera vez que le escho decir esa frase- dijo Akirazon inmiscuyéndose en la coversación.

Artel giro su rostro bruscamente hacia el, y sintiéndose traicionado por su propio amigo le hizo un forzado gesto que claramente significa que cerrara la boca. Su compañero aguanto la risa y centro de nuevo en su salvadora preguntándole.

¿Es usted una sacerdotisa?.

-¡Ho!, muy observador ¿lo dices por la túnica verdad?- le contesto mientras sujetaba unos de los extremos de su ropaje- No, no lo soy, aunque en mis tiempos libres practico mis propios hechizos. Yo soy una "Midala", vendría a ser como un escriba para vosotros, pero al contrario que ellos, la alquimia forma parte fundamental de nuestro trabajo también. Me dedico a inscribir manuscritos, redactar leyes y de vez en cuando me toca hacer algunas tareas de recolección como es el caso.

-Entiendo, así que escriba...-contesto el muchacho en un tono tenue.

Seguidamente, se sentó en el prado dejando escapar un pequeño quejido, el cual preocupó a su amigo.

-¿Te encuentras bien?- preguntó Artél.

- Tranquilo, no es nada-contesto

Milenay afino su vista y consiguió apreciar un pronunciado desgarré en su pierna derecha. Seguidamente se arrimó al muchacho con cara de preocupación.

-Déjame ver- le dijo mientras extendía su pierna-Mmm.... No parece tener buena pinta la verdad, los cortes son profundos, parecen haber desgarrado un poco el musculo.

-¡Dios mío! Que buen zarpazo ¿de verdad no pensabas decirme nada?, ya sé que eres duro amigo, pero así no podemos volver- le recrimino Alter.

- No es nada de verdad, puedo caminar.

-¿Aquel Kalashi te hizo esto?- le pregunto Milenay con cara de asombro.

-Sí, se me echo en lo alto, forcejeamos unos segundos y gracias a un flechazo certero por parte de mi amigo Artél sus fuerzas flaquearon y aproveche para empujarlo con mis piernas. De esta manera conseguí lanzarlo lejos de mí. Seguramente, la herida de la pierna me la hizo instantes después de tenerlo encima.

Milenay aún no acababa de creerse lo que le estaba contando. Aquel depredador era temido y respetado, no solo por los demás animales, si no por los propios Asuna. Un Kalashi adulto tenía una fuerza descomunal y pesaba más de 300 kilos. Y sin embargo aquel muchacho lo había tenido encima y vivía para contarlo. Si eso no bastaba se había zafado de él impulsándolo con sus piernas como si eso fuera normal. Parecía no ser consciente de que una proeza así era cuanto menos extraordinaria.

-Valla, sois más interesantes de lo que me podría imaginar caballeros míos- dijo Milenay mientras dirigía hacia ambos una mirada llena de misterio.

Se produjo un pequeño silencio, el cual rompió rápidamente Artél sin darle más importancia a la extraña frase.

-¿Puede hacer algo por él Milenay?- Le pregunto.

-Lo siento, pero por desgracia no conozco ningún hechizo de curación. Eso ya es magia avanzada, todo lo que sea sanar es muy complejo. Pero no os preocupéis, tengo una solución.

-¡Milenay!, tenemos que darnos prisa, aún tenemos que avanzar- reclamo unos de sus guardaespaldas, dando al fin señales de vida y desmontando la teoría que Artel comenzaba a interiorizar sobre de que en realidad, eran estatuas.

-Lo sé, solo esperad un poco más, no puedo dejarlos así- contesto Milenay.

Los dos Asuna le lanzaron una mirada de resignación bajando ligeramente la cabeza. Sin perder tiempo, la bella Asuna se aproximó al manantial he introdujo una piedra con oquedad la cual utilizaria como recipiente para el agua. Seguidamente saco de unos de los bolsillos de su túnica un bote que contenía unas extrañas hierbas molidas y aderezo aquel agua con una pizca de las mismas. Con una piedra plana machaco bien las hierbas dentro del agua, hasta que la mezcla empezó a tomar un tono verde cremoso. Por último comenzó a aplicarlo sobre la herida del muchacho. Este dejo escapar un pequeño quejido.

-Tranquilo, escuece un poco, pero pronto pasara- le explico Milenay.

Akirazor no dijo nada, y se limitó a asentir con la cabeza. A los pocos segundos de haber aplicado aquella mezcla, la sangre empezó a coagular de forma instantánea y el dolor fue mitigado casi por completo. Seguidamente aquella Asuna les explico antes de que este pudiera preguntar como era posible.

No se trataba de magia, era simplemente un brebaje curativo, el cual precisaba de pocos ingredientes. Una mezcla de exóticas hierbas y por otro lado, aquel agua cristalina de un tono blanquecino, el cual se debía en realidad a una sustancia de alto factor curativo que los peces del manantial segregaban de sus branquias.

-Este mejunje acelera enormemente el proceso de curación. Una herida como esa tardara mínimo uno o dos días en cicatrizar y una semana en desaparecer por completo. Así que ten cuidado y no te fuerces demasiado hasta que sane del todo- le Informo Milenay

-No se preocupe, tendré cuidado. Muchas gracias, te lo digo de corazón.

-No has de preocuparte mi hermosa "Midala", lo tendré vigilado. Por vos lo que sea.-le dijo Artél con un tono poetizo.

De nuevo Milenay, dejo escapar una enérgica carcajada.

-Bueno mis querido caballeros, fue un placer conocerles, pero por desgracia el tiempo apremia. Espero que disfruten de un tranquilo viaje de regreso.

Dicho esto, lanzo una pequeña reverencia ante los muchachos y se dispuso a marchar.

-¡Espera!, ¿volveré a verlos de nuevo alguna vez?- pregunto Artél mostrando un apenado rostro.

-Quien sabe, mí querido caballero galán. Tal vez... en otra ocasión- le contesto dirigiendo una última y penetrante mirada directa a sus ojos.

Seguidamente, la hermosa Asuna y sus guardaespaldas, desaparecieron entre la maleza, confundándose rápidamente con la vegetación.

-Amigo mío... creo que me he enamorado- dijo Artél sin apartar la mirada de la dirección por la que desapareció.

Akirazor se incorporó lentamente, se acercó a su amigo y seguidamente le propino una buena colleja. Este dejo escapar un quejido y le miro.

-¡Vamos despierta!, a ver ¿Cuándo te has enamorado tú?- le pregunto.

Artél quedo pensativo durante unos segundos.

-Si... bueno... tienes razón. Pero siempre hay una primera vez para todo ¿no?- le contesto.

Akirazor le dedico una mirada de incredulidad. No terminaba de creerse que aquellas palabras estuvieran saliendo de la boca de su alocado compañero.

-Bueno, sea como sea, lo importante ahora mismo es salir rápidamente de este lugar. Si ese Kala...si esa cosa vuelve, podemos darnos por muertos.

-Tienes razón, salgamos de aquí lo antes posible. Recojamos las cosas y volvamos. El atardecer está cerca- le contesto Artél.

Dicho esto, cargaron todas sus pertenencias, incluido las setas que recolectaron y se adentraron de nuevo en el bosque. Los muchachos se encontraban algo desorientados a la vuelta, pero gracias a las muescas que Artél gravo en los arboles fueron capaces de proseguir fácilmente. De repente una enorme preocupación asalto a nuestros amigos, "¿y si aquel enorme depredador había encontrado sus caballos?". Con un gesto de gran preocupación en sus rostros aceleraron la marcha. Si algo les hubiera

pasado, estaban seguros de que aquel hombre no se lo perdonarían ni por todas las setas del mundo.

Al fin llegaron jadeantes a lugar y respirando aliviados al ver que las dos yeguas se encontraban intactas pastando tranquilamente de las hierbas cercanas.

Montaron y cabalgaron hasta salir del inmenso bosque. Seguidamente atravesaron el estrecho sendero entre las montañas, apareciendo de nuevo en la extensa llanura verde. Galoparon más rápido que nunca, el atardecer ya hacia acto de presencia y aun debían de atravesar el bosque de Árderum.

Artél paro en seco he hizo una señal a su compañero para que también se detuviera. Akirazor quiso preguntarle que ocurría, pero su amigo rápidamente le hizo un gesto de guardar silencio. Bajaron de los caballos y de agazaparon bajo el prado. Artél señalo hacia el lago, esperando que su amigo mirara hacia allí. Justo ahí, en una de las costas poco profundas de la laguna, se encontraba un pequeño cervatillo saciando su sed. Esta sería la única oportunidad que tendrían de cazar algo y lo sabían. Por ello, el sigilo y no cometer errores era algo primordial. Artél postro su rodilla derecha en el suelo y sin hacer ningún movimiento brusco ni el más mínimo ruido agarro su arco y lo cargo con la única flecha que pudo recuperar.

-¿Qué piensas hacer?, desde aquí no podrás acertar, estamos demasiado lejos- le susurro Akirazor

-Créeme, puedo hacerlo- contesto convencido

- No dudo de tu puntería amigo mío, pero desde esta distancia, la perdida de potencia es muy grande y la suave brisa podía desviar el tiro, estamos a mas de 200 metros- insistió el muchacho.

-Confía en mí, sé que puedo, créeme.

Akirazor, le dedico un gesto de aprobación. La expresión de Artél torno a una de completa serenidad , tensando el arco al máximo y cerrando su ojo izquierdo para apunta mejor. Inspiro profundamente y disparo. La flecha avanzo a una increíble velocidad, cortando limpiamente el viento sin desviarse ni un solo milímetro. Cuando el animal, escucho la mortal arma acercándose hacia él, fue demasiado tarde. La flecha se clavó en su pecho sin poder hacer nada para evitarlo.

Nuestros amigos vieron como el cervatillo caía en la orilla.

-¡No puedo creerlo! ¡Le has dado!- exclamo Akirazor mientras montaba en

el corcel y galopaba hacia el lago.

Cuando llegaron observaron como el animal yacía en el suelo, había muerto en el acto, la flecha atravesó completamente su corazón.

-Un tiro limpio, me alegro-dijo Artél aliviado.

Seguidamente se agachó junto al cervatillo, sacándole la flecha lo más delicadamente posible y enjuagándola en el lago. Por último, se inclinó de nuevo ante él y cerró los ojos del animal. Mantuvo un instante de silencio y se levantó.

-Bien, lo cargare en mi yegua, con las setas apenas te queda sitio a ti. Después de varias semanas por fin comeremos algo de carne- Le dijo Artél mostrándole un gesto alegre.

Akirazor asintió con la cabeza, colocando la mano sobre su hombro.

Era otro de los comportamientos de Artel que siempre le habían fascinado y por el cual le respetaba. El nunca cazaba por capricho, ni por diversión. Cazaba simplemente para comer. Siempre procuraba que sus tiros fueran certeros y mortales, dando fin a la vida del animal sin más sufrimiento del necesario. Y siempre que su arco abatía a un ser vivo, le rendía un pequeño culto antes de recogerlo. Se trataba de un gran valor, un valor que siempre respetaba. El valor de la vida.

Al fin terminaron de atravesar el bosque, encontrándose de nuevo ante el rústico puente de entrada a los extensos prados que rodeaban la gran urbe. Los dos se detuvieron, mirando hacia el horizonte, contemplando como el sol caía sobre aquellas tierras dando paso al anochecer. La estampa mostrada les hizo sentir de nuevo una sensación nostálgica y hogareña. Aquel día fue un día especial, con sus peligros, misterios y descubrimientos. Habían conseguido volver sanos y salvos de una peligrosa pero maravillosa aventura. Una aventura que recordarían durante el resto de sus vidas.

Capítulo 3

CAPITULO 3:

FORJANDO A UN GUERRERO

Habían transcurrido un par de semana desde la aventura que vivieron nuestros jóvenes amigos en el bosque de Yuta. Todo parecía haber vuelto a la normalidad, sin grandes cambios. Y eso era precisamente lo que a Akirazor le hacía sentir incómodo. Notaba como una gran angustia proveniente desde lo más profundo de sus adentros nublando su orgullo. Se encontraba completamente abstraído de la realidad, sentado en la silla cerca de la mesa, mientras observaba el plato vacío. Instantes después, una voz consiguió regresarlo de aquellos pensamientos apagados.

-Muchacho, ¿te encuentras bien?, te veo algo pálido.

Se trataba de su padre, el cual mientras le preguntaba con un gesto de preocupación, lleno su plato con un buen cucharón de caldo caliente. Akirazor observó el nutritivo caldo y de seguido alzó levemente su vista para contestar.

-Tranquilo padre, estoy bien, no es nada.

Arazor sabía que algo le ocurría a su hijo. Desde que se embarcó en aquella partida de caza hace unas semanas, pudo apreciar comportamientos extraños en él. Aquel chico alegre con motivación y ambiciones de justicia había desaparecido en cierto modo de su interior, como si algo hubiera estancado su sueño.

-Vamos, come algo hijo mío, te sentara bien - dijo su padre con un tono amable, arrimándole el plato.

-Muchas gracias, pero no tengo hambre- contesto.

Su padre lo miró bastante decepcionado. Seguidamente se sentó en su silla arranco un pedazo de pan y se dispuso a comer.

-Una pena, es un caldo riquísimo. La buena de Doroti lo preparo para nosotros. Deberías tomarlo, a saber cuándo volveremos a tener una nueva oportunidad como esta de cenar caliente.

El hombre miró al muchacho esperando alguna reacción por su parte, pero este no parecía que fuera a mostrar ninguna.

-¿Tienes miedo?- le pregunto.

-¿Miedo? ¿De qué?- respondió su hijo recobrando la vitalidad instantáneamente.

-Soy viejo, no tonto ¿crees que no vi aquella herida en tu pierna?, habría que ser un necio para no darse cuenta. Todos estos días, siempre que te esforzabas trabajando, mostrabas una pronunciada cojera. No apruebo tus partidas de caza. Son peligrosas y no merece la pena el riesgo, pero ya eres mayor para decidir lo que hacer. Sin embargo has de ser consciente de que estas expuestos a ataque como ese y mas graves. - contesto su padre con un porte serio mientras tomaba una colmada cucharada de caldo-¿Es por eso verdad?-insistió

Akirazor se puso en pie y golpeo la mesa con las palmas de sus manos. Miro a su padre con seriedad, como si le molestara que hubiera descubierto aquel pequeño secreto que encubrió para ahorrarle preocupaciones. Aun así, después de este comportamiento enérgico, Arazor no aparto la mirada de su querido hijo, sin mostrarse para nada intimidado y esperando respuestas.

-¿Miedo?- susurro- No es miedo lo que siento.

-¿Entonces de que se trata?, es normal tener miedo de un animal capaz de hacerte eso, yo lo tendría- aclaro su padre.

-Ya te dije que no es miedo... se trata de impotencia, frustración, debilidad.... Si no hubiera sido por la ayuda de...

Sus palabras se cortaron el seco. La presencia de la Asuna era algo que no estaba seguro si debía rebelar a su padre, al menos no por el momento. Trago saliva y se dispuso a continuar.

-No hubiéramos podido sobrevivir. Aquel animal se abalanzo encima mía, luche con todas mis fuerzas, pero no pude hacer nada. Si hubiera sido el monstruoso Orco que mato a madre habría acabado conmigo de la misma manera. Como persona, aquel día me di cuenta de mis propias limitaciones. He entrenado durante todo este tiempo, no cabe duda de que mi fuerza, mi resistencia...en definitiva, todas mis capacidades físicas mejoraron. Pero sin la técnica, el arma apropiada y una buena armadura, todo eso no sirve de nada. Porque fuera de nuestro pequeño mundo hay animales y seres mucho más temibles y poderosos de lo que puedas imaginar.

Su padre le miro sorprendido. No cabía duda de que el muchacho se encontraba bastante afectado por el suceso acontecido en su última escapada de caza. Muchas dudas sobre aquella historia inconclusa y carente de detalles asaltaron su cabeza buscando ansiada mente

respuestas. Aun así, reprimió sus impulsos curiosos, pues estaba claro que su hijo no quería contarle más de lo debido.

-¿Y qué piensas hacer?, le pregunto

Akirazor guardo silencio, jamás había pensado en lo que haría o debiera hacer cuando llegado el momento. Un momento que jamás vio tan cerca como hasta ahora. Necesitaba tomar una decisión en aquel instante. Su propia moral y autoestima se lo exigían. ¿Debía seguir adelante y convertirse en un verdadero guerrero... en un héroe?, ¿o por el contrario tenía que resignarse a vivir la humilde vida de un menospreciado plebeyo campesino?.

Sus pensamientos le traicionaban, mostrándose confusos y difíciles de entender. Definitivamente sabía lo que quería, pero ni siquiera podía imaginar la forma de conseguirlo y mucho menos saber si lo lograría. En uno de aquellos momentos en los que su cabeza amasaba todos sus sentimientos y temores creando un gran pastel de dudas, un minúsculo y escurridizo recuerdo se mostró ante él. Un recuerdo en el que se observaba de niño. Su aspecto era como poco deplorable, completamente pálido, flacucho y desaliñado, pero feliz. Aquel jovencito mostraba una honesta sonrisa de oreja a oreja la cual picaba su curiosidad y le producía cierta envidia. ¿Por qué estaría tan contento? Se preguntaba. Rápidamente lo comprendió cuando una dulce voz llamo al muchacho. El niño empezó a correr hacia el origen de la llamada, llegando finalmente hasta su madre y fundiéndose los dos en un fuerte abrazo, seguidamente apareció su padre también, que les miraba con un gesto dulce. Era su propia familia, los tres unidos, solamente ellos y el entrañable paisaje. Ese recuerdo no tardo en dirigirlo hacia otro, uno que mantenía en lo más profundo de sus adentros, tan escondido que parecía haberse perdido de su consciencia olvidándolo por completo. Se trataba de aquel caballero de su sueño. Con brillante armadura he infranqueable escudo. De nuevo, como antaño, pero esta vez en su recuerdo, volvió a señalarle con el dedo, dejando escapar un pequeño susurro indescifrable debido al su gran yelmo. Seguidamente desapareció, desvaneciéndose de la misma manera que el humo negro de una cálida fogata.

Aun sin poder escuchar aquellas palabras que el caballero le dedico en su memoria, había comprendido completamente su significado, teniendo por fin claro que era lo que debía hacer. Una avivada llama más grande que nunca se dejó ver en sus ojos. Levanto su rostro, manteniéndolo hacia el frente, mostrando un porte orgulloso que poco o nada tenía que ver con el de hace unos minutos atrás. El padre mantuvo completa atención sobre el muchacho, preguntándose qué podía haber provocado tal cambio en su actitud. Pronto saldría de dudas pues se dispuso a hablar.

-Definitivamente estoy preparado, he de dar el siguiente paso- hizo una pausa mientras su padre mantenía una mirada de incertidumbre -. Voy a

pedirles que me instruyan como guerrero-concluyó al cabo de unos segundos.

La expresión de Arazor se tornó un tanto amarga.

-Hijo mío, ten por seguro que siempre te he apoyado, y esta no será una excepción. Pero sabes tan bien como yo que lo que intentas conseguir es imposible. Un humilde campesino no puede ser entrenado. Lo siento de verdad, se cuanto lo deseas. No habría nada que me hiciera sentir más orgulloso de ti, que el hecho de que lo lograras- le contesto mientras le dedicaba un pequeño gesto de simpatía.

-Lo se padre, lo sé- respondió el, sin perder la vivaz llama que se encendió en sus ojos- pero si ni siquiera lo intento, jamás sabré si tuve oportunidad. No se puede dar por imposible algo sin haberlo intentado con todas tus fuerzas. Siempre me lo decías padre ¿te acuerdas?. "Si hay algo que diferencia al ser humano, es su espíritu, valor y perseverancia. Sin importar las adversidades. Aun teniendo todo en tu contra. Si deseas algo, debes luchar por ello."-Recito tal cual lo recordaba.

Su padre quiso responderle, pero este no encontraba un argumento válido para contrarrestar. Es verdad que le había recitado esa frase en más de una ocasión, pero en realidad no le pertenecía a el, si no a su amada y difunta Eleonor. Siempre se la decía a el y a su hijo cuando estos se encontraban mal por alguna razón. Cuando ocurrió la tragedia, Arazor mantuvo aquella frase viva en honor a su memoria, y que Akirazor la recordara con tal exatitud después de tantos años sin escucharla le hacia sentir orgulloso. Estaba claro que su hijo había tomado una decisión y él no tenía el derecho de impedirselo si quería intentarlo.

Se levantó de la mesa y suspiro profundamente.

-Está bien, si es lo que deseas adelante, pero dime ¿Cómo piensas conseguirlo?- le pregunto.

-No me andaré con juegos. Simplemente iré a la ciudad y entrare en los cuarteles cuando los entrenamientos hayan acabado. Seguidamente hablare con uno de los instructores exponiendo la verdad, sin mentiras ni trucos.

-¿Te paraste a pensar en la posibilidad de que decida entregarte ante el Rey por tu impertinencia al querer ser entrenado?

La pregunta fue precedida por un silencio absoluto. Su padre sabía que aquella acción tan temeraria podía ocasionarle grandes problemas incluso poner en riesgo su propia vida. Al Rey Érar no le temblaba el pulso a la

hora de dictar ejecuciones o severos castigos, y si de algo carecía aquel hombre, era de compasión y misericordia. Mientras su cabeza se llenaba de todos aquellos horribles pensamientos, su hijo, le miro mostrándole un gesto afable. Seguidamente le dedico una pequeña sonrisa y miro hacia la ventana, contemplando en la noche aquel precioso manto estrellado que se extendía a lo largo y ancho del oscuro cielo.

-Es un riesgo que estoy dispuesto a correr- contesto.

A la mañana siguiente padre e hijo se levantaron con los primeros rayos del alba y comenzaron su rutina matutina. Aquel día trabajaron las tierras de Vid. Las uvas empezaban a madurar por lo que había que extremar los cuidados para que la cosecha fuera lo más productiva posible. Las bodegas de palacio se encontraban casi vacías, así que era extremadamente importante que se echara a perder la menor cantidad posible. El gran cultivo de viñedo era propiedad del reino, no eran tierras de nadie. Aun así todos los campesinos estaban obligados a trabajarlas y cuidarlas a cambio de un injusto pago.

Ese día los trabajadores mantuvieron un buen ritmo, consiguiendo terminar poco antes del mediodía.

-Padre, he de irme ya, si me doy prisa puede que llegue antes del próximo entrenamiento- dijo Akirazor mientras secaba el sudor de su frente con un trapo.

-Ve hijo mío- le contesto Arazor sin titubear ni lo mas mínimo, dedicando un gesto amable.

La ciudadela era una zona extraña para él, apenas entro una docena de veces en su vida. Las imponentes puertas de entrada permanecían abiertas hasta que el último rayo de sol desaparecía en el horizonte. Los plebeyos tenían permitido la entrada a la ciudadela, pero debían abandonar el reino antes de la puesta de sol, o los guardias se encargarían de ello a su modo. Aun así, había zonas restringidas, reservadas exclusivamente para los ciudadanos y nobles de Árderum. A los aldeanos de les permitía el paso por un solo fin, el económico. Estos podían pasar y gastar parte del mísero dinero que recibían de rey en comprar pequeños lujos o comida de mayor calidad. En la gran plaza central se hallaba el mercado, donde toda clase de productos eran expuestos a disposición del comprador. Entre las zonas prohibidas se encontraban los cuarteles, en los que solo podían entrar los guerreros y gente autorizada por el rey. Akirazor lo sabía bien, por lo que si quería entrar debería extremar la precaución.

Al fin se encontraba frente a las gigantes murallas de la ciudad. El portón de hallaba bien protegido por cuatro guardias bien fornidos y armados con grandes espadas. El muchacho alzo la vista observando a dos arqueros en

los altos torreones que sobresalían por encima de los muros, vigilando las lejanías con vista de halcón. No cabía duda de que no sería fácil llegar a su destino con tal seguridad, pero debía intentarlo. Aun sabiendo que el hecho de atravesar aquella puerta no le estaba prohibido la presencia de aquellos guardias le hacían sentirse intimidado. Manteniendo cautela, lentamente se acercó hacia ellos. Estos se colocaron enfrente de él, prohibiéndole el camino. A través de sus yermos lo miraron de arriba abajo asegurándose de que no llevara ningún tipo de arma que supusiera una amenaza para la seguridad de los ciudadanos. Tras la inspección visual de apartaron y le hicieron un gesto para que prosiguiera. El muchacho aceleró manteniendo su cabeza un tanto agachada y atravesó el portón..

Una vez dentro se sintió más relajado, pero no por ello bajo la guardia. Lo primero era vigilar los recorridos de los guardias, calculando el momento exacto para llegar sin ser visto. Si no era precavido con sus movimientos podrían sospechar de él y todo se complicaría.

Decidió primero avanzar hasta la plaza, pensando que entre medias de la multitud podría observarlos mejor y mantenerse oculto al mismo tiempo. Siguió hacia delante por el ancho camino empedrado delimitado por las grandes casas que se extendían a ambos lados del mismo. Había varios grupos de niños que jugaban en los portales de aquellas viviendas, algunos al pilla pilla, otros al escondite y otros con pequeños juguetes de madera. Akirazor cerró sus puños con fuerza, aguantando un sentimiento de ira y envidia que recorrió por completo su cuerpo. Aquellos niños no tenían culpa de nada, pero no comprendía que era lo que le hacía diferente a ellos. Él fue un niño también, pero sin embargo, su infancia no había sido igual. Perdió a su madre a muy temprana edad y apenas le quedaba tiempo para jugar, pues tenía que trabajar gran parte del día ayudando a su padre. Jamás había tenido un juguete, eran bienes demasiado caros para su condición. Tampoco había tenido lindos y variopintos ropajes como ellos. Las palabras de la joven Asuna resonaron en su cabeza con fuerza, y una en concreto se repetía constantemente, "Plebeyos". ¿Quién decidió que ellos fueran los plebeyos?, simples y prescindibles aldeanos. ¿O por que tenía que haber plebeyos? ¿No podían ser todos iguales?, se preguntaba frustrado.

-¡Ala señor, que alto es usted!- exclamó una voz dulce.

Akirazor se liberó de sus pensamientos y miró hacia abajo. Una pequeña niña con soletas y vestido blanco tenía clavados sus ojos en él. Sujetando una muñeca de trapo que mecía de un lado a otro le mostraba una inocente sonrisa.

El muchacho no pudo evitar devolverle la mirada, pero antes de poder contestarle, una mujer que parecía ser su madre la agarró y de un tirón

la alejo de el.

-¡Lucia!, cuantas veces te he dicho que no hables con desconocido- le recrimino- Ademas, viene de fuera, podría ser peligroso- concluyo.

Estas últimas palabras le cabrearon, pero haciendo un esfuerzo mantuvo silencio y continuo su camino. No, los niños no tenían la culpa, tampoco los habitantes dentro de aquellas murallas, la culpa era de las crueles leyes y los injustos valores inculcados por aquellos que les gobernaban.

Sin darse cuenta había llegado a la enorme plaza central. Seguramente aquel lugar era el más concurrido de todo el reino, puesto que los habitantes se congregaban cada tarde sobre esa hora para reabastecerse de alimentos y vienes preciados. Buscaras lo que buscaras lo encontrarías allí. Tenían gran variedad de alimentos como frutas, verduras, cereales, carnes, pescados, hasta exquisitos manjares exportados de otras tierras. Podías encontrar magnificas herrerías en las que se fabricaban las mejores armaduras, peleterías donde conseguir rudos abrigos de pelaje suave que protegían del frio invernal o prestigiosas sastrerías que exponían preciosas telas de lino para crear los vestidos más hermoso... la lista era interminable.

-¡Acérquense señoras! ¡Miren que hermosas telas! ¡Por solo dos monedas de oro!- gritaba un joven sastre mercader.

-¡Pescado fresco! ¡Acérquense! ¡Nunca verán pescado de mejor calidad!- afirmaba otro a voz tendida.

“¿Solo dos monedas de oro?, ese cantidad de dinero no la ganamos ni en un año”. Pensó Akirazor para sí mismo. Seguidamente se mezcló entre el bullicio de gente intentando destacar lo mínimo posible mientras empezó a fijar su atención sobre los guardias cercanos observando sus recorridos. Descubrio que un total de seis guardias eran los que vigilaban la plaza mercantil. Dos de ello trazaban un recorrido completamente vertical de una punta a otra del lugar. Otros dos vigilaban de cerca los puestos con una marcha pausada, desde el primero hasta el último evitando que hubiera robos. Finalmente, los dos que quedaban eran impredecibles, caminando de un lugar a otro de la plaza sin rumbo fijo, por lo que no podía preverse su posición, presentando un pequeño riesgo que debía correr. Una inesperada palmada en su espalda le sorprendio.

-¿Cómo tu por aquí amigo mío?- le pregunto una voz conocida.

Se trataba de Artél, el cual mantenía un gesto amigable esperando una

respuesta por parte del muchacho.

-¿Y tú?- le contesto sin responder a su pregunta.

-Nada, ya sabes, como todos los martes desde hace unos años, mi padre monta su puesto de pieles en el mercado. La competencia es grande y el precio por la plaza es elevado, pero como ya imaginas, la gente que compra es la que posee riqueza.

-No sabía que tu padre vendiera ropajes de pieles...

-Y no vende, siendo campesino no le permiten los recursos para ello, él desuella y vende las pieles en bruto, como mucho las curte. Apenas valen unas monedas de bronce. Después las convierten en robustos abrigos y se venden a precios carísimos.

-Lose se, es una injusticia ¿pero el que no lo es en este reino?- le contesto mostrando un leve gesto de resignación.

Artél le devolvió el gesto, cambiando de tema rápidamente.

-Te puedes creer que aún no conseguí olvidarla....

-¿A quién?- le pregunto Akirazor

-A Milenay. Esa Asuna se ha clavado en lo más profundo de mi mente, no para de rezumar de un lado para otro en mi cabeza. Es horrible.

Akirazor rio sin poder evitarlo.

-¿Por qué es tan horrible querido amigo?. Tal vez te lanzo un hechizo de amor incontrolable- contesto con un tono burlón aguantándose una segunda carcajada.

-No te mofes, esto es serio, de verdad. Siempre soy yo el que seduce, pero esta vez me siento la víctima. He caído en una traicionera red tejida por la más hermosa de las arañas y aunque sé que me acerco hacia una inevitable muerte, no quiero huir. Tengo que volver a verla- contesto mientras mantenía una mirada perdida hacia el infinito.

-Que metafórico nos salió el Don Juan. Pero en serio, aun no me puedo creer que te hayas enamorado.

Un hombre que caminaba entre la muchedumbre golpeo el costado de Artél haciendo que se tambaleara y regresara a la realidad. Después de esto, poso su atención nuevamente en su amigo.

-Por cierto, aun no me contaste ¿qué haces aquí?- dijo justo antes de que un segundo hombre le achuchara con su espalda intentando pasar- Vamos a un lugar más despejado y me cuentas, aquí hay demasiada gente, apenas podemos movernos sin golpear a nadie.

Artél tomo su brazo y le invito a seguirle, pero este no se movió ni lo más mínimo. Esto levanto sus sospechas, sabía que si no quería moverse de allí era por alguna razón importante. Lo observó con actitud analítica, entrecerrando sus ojos dando a entender cierta sospecha.

-¿Me vas a contar que es lo que pasa?

Akirazor mantuvo unos segundos de silencio, pero finalmente cedió ante la insistencia de su amigo.

-Está bien, te diré- seguidamente le hizo un gesto con la mano para que se acercara hasta el- he venido para intentar colarme en los cuarteles y hablar con uno de los capataces para convencerle de que me instruya- le explico susurrando.

-¡Genial!, Ojala lo consiguieras- a partir de aquí, Artél cambio su tono a uno más cómico -Siempre quise tener un guerrero a mis órdenes.

-Si fuera guerrero no estaría a tus ordenes, mas bien te convertirías en mi estafermo de entrenamiento para recibir todos los espadaos- le contesto con una mirada fulminante

- No hace falta que te pongas así, un simple "no" haría bastado- Artel hizo una pausa, colocándose de puntillas y alzando su cabeza intentando buscar algo-Pues bueno, es fácil, los cuarteles están en esa dirección- dijo señalando hacia una calleja entre dos torres que se mostraban al final del mercado justo frente a ellos.

Akirazor bajo la mano de su compañero rápidamente.

-¡Ya lo sé!- susurro-Así no me ayudas. Estoy intentando pasar desapercibido, ya sabes que muchas zonas de la ciudad están restringidas y el cuartel es una de ellas. Ahora mismo estaba observando la trayectoria de los guardias, cuatro de ellos marcan un rumbo fijo que repiten una y otra vez, sin embargo aquellos dos de allí- le dijo haciendo un leve gesto con la cabeza hacia la dirección donde se encontraban-se mueven hacia donde quieren, y eso supone un riesgo.

-Mmm... entiendo- contesto Artél- No sufras, te echo una mano. Para eso están los amigos ¿no?

-¿Y qué piensas hacer?- pregunto Akirazor

-Obvio, distraerles. Deja que el maestro haga su magia. Mira y aprende.

-¡Espera!- exclamo de forma contundente

Antes de poder agarrarlo, Artél desapareció entre la muchedumbre, dejando a su amigo con un sabor de boca amargo, sin poder hacer otra cosa más que esperar y confiar en sus palabras.

El joven se dirigió hacia los puestos de bisutería, avanzando como buenamente pudo, apartando sutilmente de su camino enormes espaldas, infladas barrigas y desmesurados traseros de señoras coquetas. Al fin consiguió acercarse lo suficiente al puesto. El mercader exhibía enormes y hermosas joyas. Entre ellas destacaban collares, brazales, diademas y anillos de colores variopintos, algunos con bellos grabados y otros con incrustaciones de enormes piedras preciosas. Sin embargo, no era aquello lo que andaba buscando el muchacho. Lo que le interesaba era un señor de avanzada edad con porte noble, el cual vestía con sofisticado ropaje señorial. También portaba un bonito bastón meramente estético y sin finalidad aparente. El hombre miraba las joyas con gran interés y mientras acariciaba su cuidado bigote con una de sus manos, puso la otra sobre su bolsillo.

Artél mostro un gesto de acierto, como si hubiera cazado al pez más gordo del río. Seguidamente observo al señor que se encontraba justo detrás de este. Al igual que el otro, mostraba rasgos de la nobleza, aunque no tan marcados como el anterior. También se hallaba observando las joyas, pero desde una distancia más prudencial, como dando a entender que no estaba interesado en comprar. En ese preciso instante un grupo de señoras regordetas pero bien vestidas se acercaron para observar también las mercancías del mercader, empujando al señor cerca del puesto a escasos centímetros del que portaba el bastón.

La oportunidad de Artél por fin había llegado y sin perder ni un segundo más, entro en acción. De forma veloz pero sutil se arrimó a estos dos señores, los cuales no se dignaron a prestarle ni la más mínima atención, un gesto que agradeció sin duda. Seguidamente alargo su mano y como si se tratara de un ladrón profesional, le arrebató al noble la bolsa de oro que portaba en su bolsillo. Sin vacilar la escondió dentro de su ropa, alejándose disimuladamente de aquel lugar, pero no sin antes darle un pequeño empujón a una de aquellas señoras regordetas que a su vez golpearon de nuevo al hombre y este a la víctima del hurto.

El señor del bastón se giró, mostrándole un gesto de enfado y desaprobación al otro caballero. Acto seguido tanteo de nuevo su bolsillo,

llevándose una horrorosa sorpresa al ver que su oro había desapareció.

-¡Es usted un despreciable ladrón!- grito el caballero, girándose y señalando al que se encontraba a sus espaldas.

-¡Como osais!, ¡Eso es una desfachatez!, Señor mío, yo no necesito robarle, tengo más oro que vos- contesto el otro.

-¡Que impertinencia!, ¡Pero si le he visto!, ¿y cómo que vos teneis más oro?, ¡Le apuesto a que no!

A partir de este punto, ambos señores se enzarzaron en una disputa, elevando el volumen de sus recriminatorias hasta que los dos guardias del centro se alertaron y fueron a ver que ocurría. En estos momentos, las voces ya habían llegado a oídos de Akirazor y temiendo que su amigo hubiera acabado en problemas decidió dirigirse hacia el lugar de donde provenía el barullo. Apenas después de dar unos pasos divisó a Artél, que se encontraba prácticamente encallado entre los costados de dos hombres. Empujando un poco más, logro liberarse .

-¡Vamos! ¿A qué esperas?, esta es la oportunidad que necesitabas- le dijo Artél algo nervioso.

-¿Pero qué has hecho?

-Eso no importa ahora, vamos corre. Los dos guardias que te podían traer problemas están ocupados. No desaproveches la oportunidad- contesto mientras le invitaba a continuar con pequeños empujones.

-¿Y tú?-pregunto Akirazor mostrando cierta preocupación

-Ahora te alcanzo, he de atender unos asuntos que deje pendientes.

Artél rápidamente desapareció de nuevo entre la multitud, y como él le indico, decidió aprovechar aquella oportunidad. Akirazor corrió abriéndose paso como pudo, llegando de esta forma hasta los pies de los altos torreones. El guardia que vigilaba todo el flanco derecho acababa de pasar, encontrándose de espaldas respecto a él. Así que a no ser que se girara, sería imposible que lograra verlo. Sin pensarlo ni un momento más atravesó aquel pequeño claro pasando entre los torreones, sin detenerse ni un instante hasta doblar la calle. Asegurándose de que aquel guarda quedaba a tras dejando se ser un peligro.

El muchacho tomo aliento y respiro profundamente. Sabia de sobra el riesgo al que se enfrentaba, pero no había dudas en su corazón. Estaba seguro de que aquello era lo que debía hacer, por lo que una vez

recobrado el aliento prosiguió.

Mientras tanto en la plaza mercantil aquellos señores seguían discutiendo a voz tendida. Sin embargo, la acusación del robo había perdido gran importancia, pasando a primer plano la cuestión de que cual de los dos nobles poseía más oro. Los guardias observaban aquella conversación un tanto confusos, sin saber que deberían hacer concretamente. Acusar a un noble no era tan sencillo. Ellos tenían ciertos privilegios ante la justicia y a no ser que se mostraran pruebas contundentes raramente se les aplicaba algún castigo. Aun así Artél no quería ser culpable de acarrearle algún problema a aquellos hombres y mucho menos que descubrieran que el responsable del hurto fue él, por lo que decidió volver y dejar el asunto zanjado.

El joven avanzaba de nuevo entre la gran masa de gente, esta vez aun con más esfuerzo, ya que la disputa había llamado la atención de los curiosos, que se habían agrupado en corrillo alrededor. Una vez se acercó lo suficiente, se posicionó a escasos metros del noble al cual robo y dejó caer discretamente la bolsa de oro al suelo. Esto lo hizo con la mayor discreción posible, aunque tampoco era necesario, ya que toda la gente incluidos los guardias se hallaban prestando completa atención a la enérgica conversación.

-¡Entérese precario noblecillo! Yo soy Edgar Audwich, señor de las tierras de la Villa Audwich, poseo más terrenos y bienes de los que pueda imaginar y que por supuesto vos nunca tendrá- concluyó el señor que portaba el bastón.

El segundo hombre se dispuso a contraatacar, seguramente con una respuesta por el estilo, mencionando su nombre y sus bienes. Sin embargo Artél no le concedió tiempo, interrumpiendo aquella disputa con apropiados modales.

-Disculpen mi entrometimiento señores míos, pero me gustaría informarles de una cuestión.

-¿Y vos quien sois?- preguntaron los dos nobles casi al unísono

-No se preocupen por eso, solo soy un humilde y buen ciudadano de estos reinos. Y como buen ciudadano, me gustaría ayudar a resolver este conflicto.

-Muy bien. Pues dígame vos ¿Quién posee más riquezas?-pregunto el tal Edgar acariciando de nuevo su bigote.

Ambos señores le lanzaron una mirada fulminante, esperando una respuesta concisa y rápida. La gente al rededor se hizo en silencio, incluso

los guardias mantuvieron atención ante la respuesta del muchacho.

-Por favor, mis queridos caballeros, no me refería a eso. Está claro que ambos son muy agraciados económicamente. Yo quería arrojar un poco de luz sobre el tema principal. ¿No es aquella bolsa de oro la suya mi señor?- Pregunto señalando en el suelo un pequeño saco de cuero marrón que parecía portar relucientes monedas doradas.

-¡Valla!- exclamo sorprendido- Pues sí, parece ser que es la mía. Puede que se me callera de alguna forma, aunque no imagino como- hizo una pausa y mirando hacia su acusado prosiguió-Disculpe mis erradas incriminatorias caballero. Espero no me guarde rencor.

-Acepto sus disculpas. Pero le aconsejo que la próxima vez tenga más cuidado a la hora de acusar a alguien , ya que podría volver a ser un error suyo.

-Así será caballero-concluyo, aguantando las formas después de aquella última frase.

Se dedicaron una ligera reverencia y prosiguieron con sus qué hacerles. La gente que se congrego empezó a dispersarse, al igual que los dos guardias que decidieron no informar de aquel suceso a la corte, pues carecia de real importancia. Artél respiro aliviado, todo había ocurrido como él había previsto. Seguidamente corrió en busca de su compañero.

Akirazor avanzaba por las anchas calles empedradas. Por lo que había escuchado algunas veces en la plaza mercantil, el cuartel se entraba a mano izquierda, poco después de pasar la taberna de "Aurden" la cual ya dejo atrás hace unos minutos. Las calles se mostraban prácticamente desiertas, casi todos los ciudadanos se encontraban en la plaza mercantil y esto era un gran problema, pues si algún guardia se percatara de su presencia, vestido con aquellos ropajes de campesino lo identificarían rápidamente y no tardarían en sacarlo por la fuerza si era preciso. Dando unos pasos más hacia delante consiguió divisar el final de la calle. Su corazón se aceleró, estaba seguro que justo al doblar aquella esquina se toparía con el cuartel. Nunca había estado allí, así que desconocía la seguridad que el cuartel podría llegar a tener y si el acceso sería difícil. En ese aspecto iba completamente a ciegas. Estaba ya por doblar la esquina, con cautela y sin movimientos bruscos acerco su espalda contra la pared y asomo la cabeza lo suficiente como para poder echar un vistazo. Por desgracia, sus temores se hicieron realidad. A ambos lados del portón, se encontraban dos enormes guardias que custodiaban la entrada. "Es imposible, no puedo pasar sin ser visto, no hay ninguna manera", se dijo así mismo. En ese instante de plena tensión noto como alguien agarro su brazo y tiro con energía de él, arrastrándolo hacia atrás. Por un momento pensó que se trata de un guardia, sin embargo el susto duro poco, solo

hasta que puedo observar el rostro de su amigo.

-¿Qué tal te ha ido?- pregunto Artél impaciente

-Ha ido bien, ningún problema- realizo una pausa y cabizbajo con un gesto de resignación continuo-... hasta ahora

Artél se asomó con discreción por la esquina y observó que ocurría, comprendiendo la situación al ver a los guardias que permanecían inmóviles ante la entrada.

-Ya veo... es un problema, no cabe duda-dijo Artél con un leve susurro, tan leve que parecía dirigido para sí mismo.

-Te agradezco tu esfuerzo amigo mío, pero esto es un camino sin salida, probare otro día, vigilare los cambios de guardia, a lo mejor tengo suerte

La voz de Akirazor sonó ahogada y desganada, pero aquello era normal pues no había nada que el pudiera hacer. Aun así su Artél no estaba dispuesto a rendirse. Sabía que su amigo necesitaba conseguir aquello y estaba dispuesto a hacer todo lo que fuera necesario para que así fuera. Solo hacia falta un plan, o puede que ni eso. Tal vez las cosas fueran mucho más sencillas de lo que en un principio parecían. Akirazor acababa de dar la vuelta decidido a marcharse de regreso a casa, cuando una pequeña chista se prendió dentro de la inquieta pero practica y oportuna sesera de Artél.

-¡Dime! ¿Cómo me ves?

Akirazor giro la cabeza observando a su amigo, el cual mostro un porte señorial dedicándole un gesto de superioridad mientras se acariciaba la perilla.

-Te ves tan encantador como siempre. Vamos no estoy de humor, volvamos antes de que nos encuentren- le contesto con tono apagado intentando sonar sarcástico.

-No, no me entiendes, me refiero a mi persona en general, mi presencia, mi ropaje ¿crees que parezco más un ciudadano que vive entre estas murallas o por el contrario tengo pinta de ser el hijo de un pobre peletero campestre?

El muchacho empezó a entender que es lo que pretendía hacer, era algo demasiado arriesgado, si le descubrían podía meterse en problemas.

-No te atrevas a hacer lo que creo que vas a hacer- le amenazó mientras

lo señalaba con el dedo índice.

Artél sopeso la amenaza de su amigo durante unos segundos y prosiguió.

-Está bien.... Pero contéstame ¿a qué crees que me parezco más?

-Sinceramente... siempre pensé que tienes más pinta de ciudadano, incluso si te peinaras un poco y consiguieras ropajes en condiciones posiblemente podrías pasar por un noble

-Eso es exactamente lo que quería escuchar- contesto con una leve y disimulada sonrisa picaresca.

Antes de que Akirazor pudiera detenerlo salió corriendo hacia los guardias. Justo al cruzar la esquina fingió una fatiga y cansancio exagerados a la vez que mostraba un terrible gesto de preocupación. Akirazor no sabía que era exactamente lo que tenía planeado contarle su compañero a aquellos guardias. Aun así, se resguardo en una de las callejas entre dos enormes casas para evitar ser visto si se dirigían hacia él.

-¡Guardias! ¡Guardias!- exclamo Artél casi sin aliento- Por favor tienen que ayudarme- prosiguió

-¿Qué le ocurre?- pregunto el que se encontraba más cerca del muchacho

-Un ladrón mi señor, regresaba del mercado y un hombre andrajoso me ha saltado cual vil rata de cloaca amenazándome con un enorme y oxidado machete. No he tenido más remedio que ceder y entregarle mis bienes, se lo ha llevado todo, incluso un collar de mi familia que poseía gran valor sentimental- confeso entre sollozos

-Cálmese buen hombre lo encontraremos- contesto el guardia más alejado a la vez que se acercaba.

-¿Hacia dónde huyo?- pregunto el otro

-Escapo por esta calle- dijo señalando hacia el lugar por donde apareció- luego lo vi girar y meterse por una de las callejas, parecía ir dirección a la iglesia.

-Vamos a por ese desgraciado

Seguidamente le hizo un gesto a su compañero para que le siguiera y ambos desaparecieron dirección a la iglesia tal como Artél les había indicado.

Akirazor vio pasar a los guardias a gran velocidad por una calle paralela a la suya, completamente decididos a encontrar y llevar ante la justicia al

asaltante imaginario. No cabía dudo que las facultades de actuación de su amigo eran más que notables. La preocupación que habitaba en su interior desapareció por completo alegrándose de no haberlo detenido. Con discreción decidió abandonar su escondrijo, acercándose hacia Artél.

-¿Qué?, ¿Soy el rey o no soy el rey?- Le pregunto Artél con un egocentrismo más grande que el propio mundo.

-Lo eres amigo mío- contesto mientras soltaba una carcajada la cual fue más que contagiosa haciendo que los dos rieran con fuerza- Gracias- Termine diciendo cuando cesaron de reír.

Artél lo observo un tanto sorprendido, aquel "gracias" no era por cordialidad. Había sonado diferente, como si saliera del mismísimo corazón. Para Artel quedo claro que todo aquello no era un juego, ni un capricho, de verdad lo deseaba. Se encontraba feliz de haberle podido ayudar, pero aquella situación le incomodaba un poco ya que no estaba acostumbrado a los sentimentalismos profundos por su parte, así que prosiguió para descargar el ambiente.

-No tienes por qué dárme las, no fue nada. Para la próxima me escribo el guion y todo. Ahora ve, deberías entrar antes de que vuelvan. Yo también me iré de este lugar, no me gustaría estar aquí cuando regresen con las manos vacías y empiecen a interrogarme. Nos vemos fuera.

Seguidamente Artél desapareció entre unas de las callejas de vuelta a la plaza. De nuevo se encontraba solo, pero esta vez sin obstáculos. Nada se anteponeía entre él y su sueño. Ahora solo debía de tener fe y rezar para que aquel instructor le aceptara o por lo menos, en el peor de los casos, lo dejara volver a su hogar sin represalias. No quería pensarlo ni un segundo más, estaba decidido a entrar y encontrar respuestas a sus incertidumbres, sin importar cual fuera esta necesitaba saberlo.

Concedió una última mirada al portón y avanzo hacia el interior del cuartel. Ante él se mostraba un considerable terreno de entrenamiento, adosado con enormes piedras. Se podían observar varios estantes verticales donde se almacenaban las armas de entrenamiento. Entre ellas se distinguían espadas, escudo, hachas, lanzas, arcos etc. Estos estantes se extendían por todo el campo de entrenamiento, que se hallaba delimitado por una gran pared de piedra que lo rodeaba por completo, siendo el portón la única entrada. Muchas de aquellas espadas eran de madera, seguramente para guerreros primerizos, evitando así posibles accidentes. En la pared del fondo se podían apreciar tres puertas, una de ellas abierta, haciendo suponer al muchacho que si en aquel lugar aún quedaba alguien, debía de estar dentro de dicha habitación.

Akirazor avanzo sin vacilar, acercándose lentamente a la puerta e intentando pensar que es lo que debería decirle y de qué manera sonaría

menos ridículo exponerlo. Abstraído en sus pensamientos una voz ronca pero firme se dejó escuchar regresándole a la realidad.

-¡Quién va!

La voz procedía de dentro de la sala no cabía duda. El muchacho quedó sorprendido por la agudeza de su oído. Le pareció imposible que lo detectara tan fácilmente y más aun con el escaso ruido que producían sus cautelosas pisadas. Su corazón se aceleró, debía de contestar "¿pero el que?", se preguntaba. Aun así una cosa tenía clara, no debía mentir, si lo descubrían más adelante las represalias serían aún peores.

-Soy Akirazor- Contesto manteniendo su voz lo más serena y convincente posible.

-¿Akirazor? No me suena... ¿eres un nuevo aprendiz?- Pregunto mientras se escuchó el arrastrar de una silla seguido de unos lentos pasos

-Podría ser- contesto el joven.

El hombre por fin se dejó ver, asomándose por la puerta. Se trata de una persona con ligeros signos de vejez en su rostro, debía tener cuarenta y algo, quizás más cerca de los cincuenta. Pero esto no quitaba el hecho de que su porte fuera el de un experimentado guerrero. Era más bien de constitución delgada, un poco más bajo que el muchacho. Lucía una melena considerablemente larga que caía hasta la altura de sus hombros, algo ondulada de color castaño oscuro pero plagada de tonalidades blancas debido a las prominentes canas que acusaban su cabello. También contaba con una barba bien recortada que le proporcionaba un aspecto interesante y misterioso. Respecto a su indumentaria, se encontraba embutido en un enorme forro de cuero que poseía varias correas de agarre. Claramente se trataba de la base en la cual se colocaba y se fijaba la armadura de un guerrero. Sus predicciones se hicieron correctas al ver que aún conservaba las hombreras plateadas con vellos grabados que se mostraban bien amarradas al forro de cuero. No había duda de que era un instructor y mientras este se intentaba deshacer de dichas hombreras prosiguió.

-Ciertamente joven, no te conozco y tampoco me informaron de que fueran a enviarme un nuevo aspirante a guerrero para ser entrenado.

Los ojos color avellana de aquel hombre se clavaron en el muchacho, no de forma amenazadora, sino más bien de manera interrogativa, buscando respuestas. Aquello no le gustaba, pero debía contestarle, pues sería peor mantener silencio.

-La verdad es que no me enviaron señor- contestó Akirazor mostrándose

lo más respetuoso posible hacia aquella persona.

-¿Entonces sois un noble que aspira a la grandeza proporcionada por el coraje mostrado en batalla?- le echo un vistazo de arriba abajo y rectifico- Imposible, esos ropajes que lleváis no son de noble. Si se trata de una broma no me gusta en absoluto, ¿y cómo es que mis guardias no me informaron de tu presencia y te dejaron pasar?

El instructor empezó a mosquearse, guardo silencio esperando una nueva respuesta por parte del muchacho. Había muchos cabos sueltos y no le gustaba para nada la presencia de todas aquellas incógnitas en el ambiente. Akirazor noto que la situación se iba tornando a peor por lo que decidió poner sus cartas sobre la mesa.

-Todo tiene una explicación mi señor, si me permitierais un momento podría exponerle el asunto en cuestión. A cambio solo pido vuestra atención hasta el final.

Seguidamente hizo un pequeño gesto de reverencia agachando su cabeza. El hombre le respondió con una ligera mueca que mostraba aceptación y le invitaba a continuar. Akirazor empezó a contarle toda la historia, sin obviar el más pequeño detalle. Desde sus comienzos más humildes, incluida la razón por la que quería convertirse en guerrero, hasta las estrategias que utilizo para llegar hasta el sin ser visto. Por supuesto, sin mencionar el nombre de su amigo evitando delatarlo. Para su sorpresa, aquel hombre no lo interrumpió en ningún momento, escucho hasta su última palabra sin pestañear y lo que era aún más sorprendente, su expresión se mantenía relajada. No parecía enfadado y mucho menos que pretendiera acusarle por su impertinencia. Todo lo contrario, parecía comprender sus razones mostrando cierta inquietud, como si de verdad pensara en aceptarlo.

-Mmm... comprendo. Sinceramente, nunca me habían puesto en tal aprieto como lo estás haciendo tú. Ningún plebeyo había llegado aquí pidiéndome ser entrenado -le dijo mientras acariciaba su mentón pensativo.

Akirazor aun lo creía ¿de verdad se lo estaba pensando?, ¿aquel hombre hablaba en serio?. No sabía que decir, si debía contestar o no a sus últimas palabras, por lo que se limitó a postrar su rodilla en el suelo agachando su cabeza en forma de súplica.

El instructor lo miro algo extrañado, sabía que aquel gesto se trataba claramente de una rogación, un signo de obediencia, de favor, aun así seguía preguntándose "¿Por qué?". Era una pregunta retorica, pues en realidad ya lo sabía. Como le conto, deseaba hacer justicia a su difunta madre y proteger al débil, claros símbolos de honor y bondad, pero ¿después de tanto tiempo aun lo ansiaba?. Aquello era un noble ejemplo

de perseverancia, una promesa que se hizo así mismo, la cual, ni el paso del tiempo había conseguido borrar. Estaba claro que aquel muchacho lo merecía, tenía derecho a esa oportunidad. Cientos de aprendices habían llegado a aquellos cuarteles, demostrando apenas una centésima parte de la determinación que poseía aquel humilde campesino. Incluso altos nobles cuyos corazones estaban podridos de codicia y solo buscaban las alabanzas que otorgaban la vida de un valeroso caballero tenían el derecho a ser entrenados si lo deseaban, y sin embargo todos eran unos cobardes que a la hora de la verdad batallaban en las últimas filas, anteponiendo sus miserables vidas al honor. El hombre observo detenidamente al muchacho mientras lo bordeaba, dándose cuenta de que no eran solo palabrerías y determinación lo que poseía. Sus anchas espaldas y musculosos brazos mostraban todo lo contrario. Estaba claro que había entrenado a conciencia. A primera vista no pudo apreciarlo, pero su físico no tenía nada que envidiar al de sus más preparados y hábiles aprendices. Sabía que aceptar aquella proposición podría generarle severas represalias. Era verdad que debido a su rango tenía ciertos privilegios ante la justicia, pero las leyes no hacían distinción en ese aspecto y si se incumplían se debería acatar el respectivo castigo. Aun así, él fue un fuerte y valeroso guerrero antaño y si había algo que recordaba como el primer día era el honor. La sensación de orgullo al defender al débil, al hombre de a pie, el saber que hiciste lo correcto. Su corazón estaba seguro de lo que debía hacer, pero también a la vez era consciente de lo que suponía tomar aquella decisión. Un caballero tenía que ser leal a su rey a la vez que honorable. En tiempos pasados ambas iban de la mano, pero en esta ocasión debía de elegir entre una de las dos.

-Está bien muchacho, te entrenare- dijo finalmente- Mi nombre es Marcus gusto en conocerte- prosiguió mientras le extendía su mano.

Akirazor alzo su cabeza con una gran expresión de asombro, aun no se lo había creído del todo. De verdad iba a ser entrenado. Intento relajarse un poco auto convencándose así mismo de que eso no significaba la victoria, que solo era el primer paso hacia su objetivo final. Aun así, la extrema felicidad que se dibujó en su rostro era difícil de disimular. Marcus lo noto y sin entender exactamente el porqué, le hizo sentir bien a él. Akirazor levanto la rodilla del suelo y estrecho la mano del hombre agradeciéndole infinitamente aquel favor.

Antes de volver a su hogar, Marcus le explico al joven que su entrada a aquella zona estaba prohibida, dato que sabía de sobra. Así que le ofreció una solución un tanto improvisada pero más que creíble. Le dijo que al día siguiente, cuando regresara a los cuarteles, apareciera con su mejor ropaje, tampoco tenía que ser tipo señorial, pero lo menos debía de parecer mínimamente decente y cuando los guardias le preguntaran el diría que era el nuevo ayudante del instructor, entonces cuando entraran a preguntarle, él le daría la razón al muchacho verificando que sí, que era su ayudante. Los guardias no informarían a los altos cargos sobre esto y

menos al rey, ya que creerían a Marcus sin ninguna duda. A partir de entonces Akirazor debería de ir todos los días sobre aquella hora del mediodía, durante la cual podría enseñarle todo lo que sabía sin interrupciones hasta la próxima sesión de entrenamiento al atardecer. El muchacho acepto sin objetar ni un solo "pero". Le obedecería en todo lo que dijera ya que no estaba dispuesto a desaprovechar la oportunidad que le había otorgado.

Nada más llegar a su hogar, informo a su padre de todo lo ocurrido. El tampoco parecía creérselo, pero al cabo de unos segundos asimilo que de verdad había sucedido y se encontró tan feliz como su hijo. No solo porque hubiera vuelto sano y salvo, si no también por conseguir aquello que tanto deseaba.

A la mañana siguiente empezaron la jornada como de costumbre, siendo evidente el gran cambio que experimento el joven. Hacía años que su padre no lo veía tan vivo, tan enérgico. Terminaron el trabajo casi una hora antes. Era más que obvio que Akirazor estaba ansioso por empezar aquel entrenamiento. En realidad no se trataba solo de vengar la muerte de su madre, de verdad quería aprender, quería ser mejor persona, ser más fuerte para defender a las pobres gentes de la tiranía o peligros que pudieran sufrir. Quería dar a su padre una mejor vida. Tenía muchas razones por las que convertirse en un valeroso guerrero, y ahora por fin podría conseguirlo.

Por desgracia se le presentaba un serio problema, y es que no poseía ropa decente, de hecho la más decente de la que disponía era la misma con la que se presentó ante Marcus el día anterior. Casi por inspiración divina recordó aquel ofrecimiento que le hizo su amigo Artél hace unas semanas atrás mientras hablaban de temas amorosos antes de embarcarse en aquella aventura en los bosques de Yuta. "Siempre vas con esos trapos sucios, si quisieras podía dejarte algo decente" rememoro en su cabeza incluso con la misma voz que Artel. Después de todo lo que había hecho por el en los últimos días le daba fatiga pedirle aquel favor, pero tristemente lo necesitaba. No conocía a nadie más que le pudiera prestar tal cosa, así que sin pensárselo durante mas tiempo se dirigió hacia su casa.

Al llegar su padre le informo de que se encontraba fuera. Normalmente siempre que salía se dirigía al pequeño arrollo, cerca del puente que comunicaba con el bosque de Árdelum, pasando las horas muertas mientras disfrutando de la suave brisa. Eran demasiados años juntos ya para no conocerse, y agradeciendo a su padre Lerok la información se dirigió hacia el arroyo. Como lo suponía allí se encontraba, tumbado bajo la sombra de un pequeño arbusto y con sus pies desnudo colgando en el rio. Artél se percató de su presencia antes de que este pudiera saludarlo. Se levantó enérgicamente y le pregunto con entusiasmo y curiosidad que tal le había ido. Él le dedico una pequeña mueca de simpática y mientras

caminaban le conto todo lo ocurrido. Artél también le explico a él lo que había hecho para dejarle el camino libre, sobre todo lo que ocurrió en la plaza que fue lo que no pudo ver, incluso bromeo con el tema del hurto piadoso que llevo a cabo, asegurando plantearse la posibilidad de convertirse en ladrón profesional.

Finalmente Akirazor termino comentándole su problema, cuando ya se encontraban cerca de sus hogares. Este le dijo que no se preocupara, le daría todo lo que necesitara...dentro de sus posibilidades. Acabaron en la casa de Artél, obligándole a probarse varias prendas. Pero por desgracia el físico de su amigo era demasiado diferente al suyo y pocas prendas conseguían abrocharle, y las que lo conseguían le hacían parecer un pedazo de chorizo embutido en su tripa, provocando que Artél no para de reír. Justo cuando iban a darse por vencido, su amigo recordó que tenía un conjunto que podría pasar por "normal", perteneciente a su tío Relmar. Este tenía más o menos la misma altura que Akirazor y sabía que le quedaría bien, pues su tío era lo más parecido a un tonel de cerveza andante. De hecho, la razón de haberle regalado aquellas ropas era porque había engordado aún más y ya no le servían.

Una vez se lo vio puesto, Artél asintió con la cabeza, mostrándole una mirada que parecía decir "no está mal". El conjunto consistía en una camisa blanca de manga larga algo desgastada con un par de bordados en color canela en los laterales y unos pantalones color marrón oscuro con un tono verdoso, los cuales le quedaban algo grandes, pero no lo suficiente para que una vieja correa no pudiera solucionarlo. Por último, Artél le presto unas arrugadas botas de cuero que guardaba hace tiempo para una situación de emergencia. Y esta la era, puesto que sus zapatos estaban hechos un desastre. Puede que no pasara por un ciudadano de los más refinados y mucho menos por un noble, pero la mejoría era notoria. Mucho mejor que las prendas estropeadas y desgastadas que llevaba momentos antes.

De nuevo, Akirazor le agradeció todo lo que estaba haciendo por él y como de costumbre Artél le quitó importancia al asunto con algunas de sus típicas frases chistosas. El muchacho volvió a su hogar y disfruto de un rico almuerzo, ya que su padre decidió que aquella noticia merecía una celebración. Saco una buena porción de queso de cabra bien curado que guardaba para una situación especial, acompañado con un buen pedazo de carne secada al sol perteneciente al ciervo que cazaron en su aventura en Yuta. Tristemente secar la carne era la única forma de mantenerla sin que se echara a perder . Una vez se hervía y se hidrataba no es que fuera como un chuletón de buey, pero no estaba nada mal. Como en pocas veces había ocurrido en sus vidas notaron sus estómagos completamente llenos. Akirazor también agradeció a su padre por todo, por quererle, por cuidarle, por creer en él. Sin su apoyo jamás lo hubiera logrado. Los sentimientos afloraron y los dos se abrazaron fuertemente dejándose

llevar por un creciente cariño familiar.

La hora estaba cerca, debía partir hacia la ciudadela. Aquel sería su primer día de entrenamiento y estaba ansioso por empezar.

-¡Alto! No puedes entrar aquí ¿Quién sois? ¡Hablad!- reclamó el guardia del portón, el cual fue hábilmente engañado por su amigo el día anterior.

-Soy el nuevo ayudante del instructor Marcus. Me han enviado para ayudarle en sus labores- dijo sin mencionar su nombre intentando proteger su identidad.

Los guardias cruzaron miradas y seguidamente, uno de ellos, el de la derecha, se dirigió hacia dentro para avisar a Marcus de aquel supuesto ayudante. Sin embargo no hizo falta pues el hombre se encontraba en el llano de entrenamiento y se percató de que el joven de ayer se encontraba frente al portón del cuartel. Rápidamente se acercó hacia él.

-¡Por fin!, ya era hora, te has retrasado mucho. Te esperaba a primera hora del mediodía

Marcus dedicó una mirada con cierto enfado, pero fingida. Akirazor se dio cuenta rápidamente de que actuaba, así que le siguió el juego.

-Lo siento señor Marcus he venido todo lo rápido que he podido. Me surgieron ciertos problemas en el camino, no volverá a ocurrir, lo prometo.

-¿Conoce a este muchacho Ser Marcus?- preguntó el guardia que se había dirigido a avisarle de su presencia.

-Claro que sí, se trata de Joel, es mi nuevo ayudante, me informaron de que me asignarían uno. Últimamente mis huesos se encuentran débiles. Me sobreesfuerzo y ya no soy un mozo como antaño, así que mientras me recupero preciso de un fuerte joven que recoja los arsenales de armas en mi lugar después de cada entrenamiento.

Parecía que Marcus se había preparado el diálogo a conciencia. Akirazor agradeció que hubiera utilizado un nombre falso, liberándole así de problemas. Esto le dejó claro que lo de entrenarlo iba en serio y de verdad se estaba preocupando por su bienestar.

Los guardias no preguntaron más, dedicándole una pequeña reverencia a Marcus que este les devolvió. Seguidamente regresaron a sus puestos, uno a cada lado del portón.

-Yo entraré dentro del cuartillo. Tú quédate aquí recogiendo todas las espadas y demás armas que veas y las colocas en los estantes. Cuando

termines entra al cuartillo y pasa por la puerta que encontraras justo al frente. Con estos guardias aquí no es seguro. No te preocupes por nada, solo haz lo que te he dicho- le susurro Marcus al oído, justo antes de marchar.

Akirazor asintió con la cabeza y se limitó a obedecer, recogiendo todas aquellas armas. Jamás había tenido una espada de acero en sus manos, se trataba de una sensación gratificante que le hacía sentir poderoso. Se quedó completamente hipnotizado, observando el brillante filo de la hoja a la luz del sol. Bamboleo su cabeza enérgicamente regresando a la realidad. Dirigió su mirada hacia el portón, temiendo que los guardias hubieran observado su extraño comportamiento, pero no fue así. Ambos se encontraban de espaldas completamente inmóviles, vigilando y defendiendo aquel lugar de intrusos no deseados. Una vez colocada la última arma en su lugar, se dirigió disimuladamente hacia el cuartelillo por el que desapareció Marcus. No era una sala muy grande apenas tres metros de lado a lado. En ella solo había una gran mesa, y sobre ella, varios papeles con anotaciones. No les dio más importancia y continuo hacia la puerta de enfrente, la cual permanecía cerrada. Empujo el pomo hacia abajo abriéndola con gran facilidad, dejando escapar solo un leve chirrido de las oxidadas bisagras. Aquella puerta daba directamente a un pequeño patio trasero, apenas con una octava parte de la que tenía el llano de entrenamiento principal. Aun así se podía considerar amplio si se tenía en cuenta el tamaño del cuartillo anterior. Pero lo importante era que se encontraba bien escondido. Unos muros altos de unos tres metros rodeaban aquel lugar siendo imposible que alguien espicara a no ser que escalaran por ellos. Justo en mitad de aquel patio trasero se encontraba Marcus quien lo miro dedicándole una disimulada sonrisa.

-¿Te gusta?- le pregunto- Este es mi santuario personal, en el puedo entrenar en paz cuando tengo ratos libres.

Akirazor no se dio cuenta de que era exactamente aquel sitio hasta que escucho la palabra "entrenar". Lanzando una mirada rápida al suelo pudo observar varios cajones, uno de ellos abiertos, mostrando una buena cantidad de armas. El joven recordó la pregunta que le hizo hace unos segundos y se apresuró a contestar.

-Sí, es muy... acogedor- Respondió sin encontrar la palabra adecuada.

Marcus le dirigió una fuerte mirada arqueando una ceja. No era la respuesta que esperaba, pero igual le valía.

-Bueno, sea acogedor o no carece de importancia. Lo que sí la tiene es que este será tu lugar de entrenamiento- aclaro el experimentado hombre y prosiguió- Muy bien, empecemos. Quiero hacerte una pequeña evaluación inicial para ver tu nivel. Claramente tu físico cumple de sobra, pero tu habilidad en el manejo es toda una incógnita para mí. Abre el cajo

de la derecha y coge una de esas espadas de madera.

Akirazor se mantuvo nervioso, no sabía exactamente que debía hacer ni cómo actuar, así que por lo pronto acato las órdenes de Marcus. Cuando agarro la espada y levando la vista, observo que su instructor se había equipado también con una de aquella espadas.

-Está bien, cuando quieras muchacho. Atácame con lo que tengas- le dijo Marcus mostrando una pose relajada mientras mantenía su espada erguida a la altura de sus caderas.

El joven apretó la empuñadora de la espada y sin tener ni la más mínima idea de cómo utilizarla se dispuso a combatir. Avanzo hacia su oponente he intento golpearle en el costado izquierdo, justamente en el lado contrario al de la espada. Marcus lo vio venir mucho antes de que lanzara el golpe. Aquel ataque era increíblemente obvio, por lo que consiguió pararlo con facilidad. Seguidamente durante el choque de espadas, mediante un pequeño movimiento de muñeca, consiguió colocar su hoja sobre la del muchacho, logrando así bajarla manteniéndola contra el suelo. Por último, le propino una patada no mal intencionada a la altura del abdomen haciendo que Akirazor retrocediera a punto de perder el equilibrio. Con aquella pequeña demostración, la habilidad de Marcus con la espada era indudable. Y no era de extrañar. Había vivido cientos de batallas a cada cual más peligrosa y temeraria, adquiriendo una enorme experiencia y habilidad. Más de la que aquel muchacho podía imaginar.

-No está mal, has atacado en el punto más débil que era el lado opuesto al de mi espada. Pero sin embargo tu ataque se veía venir con una evidencia abrumadora. Note como lo preparabas incluso antes de acercarte a mí. Tu resistencia es buena pues mi patada no consiguió derribarte. Solo hacer que retrocediera y te tambalearas un poco.

Akirazor no se dio cuenta hasta ahora de que después del impacto producido por la patada había soltado su espada, esta se encontraba justo a los pies de Marcus, el cual la recogió y se la lanzó. Mientras el muchacho se equipaba de nuevo con el arma de madera su maestro empezó a explicarle.

-Tu mayor error en este corto enfrentamiento ha sido el hecho de abandonar tu espada- hizo una pausa y prosiguió- ya sea un hacha, una maza, una lanza etc. El arma de un guerrero es lo más importante. Un guerrero desarmado equivale prácticamente a un hombre muerto, así que lo último que debes hacer durante una batalla es soltar tu arma. Un brazo cercenado es la única excusa válida, ¿a quedado claro?- le pregunto sin esperar una respuesta.

Marcus empuñó una brillante espada de acero que se encontraba en unos de sus cajones y mientras la blandía lentamente dibujando formas

sinuosas en el aire y sin apartar la vista de la hoja continuo

- La espada y tu debéis ser un solo ser. Hasta el punto de conseguir manejarla con la misma naturalidad y precisión con la que eres capaz de mover tus extremidades. La noble hoja ha de pasar a ser una prolongación más de tu cuerpo. Llegado a este punto, tú mismo sabrás que estás preparado- concluyo mientras envainaba aquella reluciente espada.

Marcus cambio nuevamente a la espada de madera, clavando la mirada en los ojos del muchacho.

-¡Adelante! ¡Otra vez!- Le ordeno su maestro adoptando en esta ocasión una pose algo más defensiva.

Akirazor sin vacilar se volvió a lanzar contra él, mientras recordaba todas aquellas palabras llenas de sabiduría y verdad que aquel hombre le había ofrecido instantes antes.

El joven siguió entrenando junto a su maestro, día tras día, semana tras semana, sin faltar ni una sola vez a su cita en los cuarteles. Poco a poco notaba como mejoraba, aprendiendo todas las técnicas y habilidades que una espada podía ofrecerle. Marcus de verdad empezó a creer en el muchacho. Nunca tuvo un alumno igual, pues rápidamente supero a los aprendices de más alto rango. No solo entrenaba en el cuartel, también improviso una rudimentaria espada de madera practicando todo lo aprendido durante los ratos libres que disponía. Su padre empezó a ver mucha más grandeza en él, más de la que había conseguido apreciar hasta ahora. Así transcurrieron pacíficamente los años, hasta que nuestro héroe cumplió los veinticinco.

Las espadas chocaron, generando un fuerte sonido agudo acompañado de un brillante chispazo producido por la fricción entre ambas hojas.

-¿Eso es todo lo que tienes?, he visto a nenazas golpear más fuerte-farfullo entre dientes Marcus intentando sonar burlón

-Espera y veras- Contesto Akirazor mientras preparaba un nuevo y potente golpe.

La espada se dirigió hacia su hombro derecho, contrarrestando rápidamente aquel ataque con su arma.

-No está mal, pero aun tienes mucho que aprender- dijo intentando ocultar su pronunciado jadeo

Marcus deslizo su espada contra la suya, levantando el brazo hacia arriba y apartando la hoja del joven, dejando esta su pecho al descubierto.

Rápidamente lanzo un ataque directo al centro con la intención de golpearle a la altura del esternón, lo que supondría una muerte real en batalla.

Akirazor lo vio venir, pero ya era demasiado tarde. Su espada no llegaría a tiempo para frenar el golpe, por lo que decidió esquivarlo doblando su espalda hacia atrás, formando casi un ángulo de noventa grados respecto a sus piernas. Instantes después recobro su pose defensiva y dio un par de pasos hacia atrás.

-¡Eso no es justo!, yo no puedo doblarme así- le reprocho Marcus a su joven alumno

-La edad no pasa en balde amigo mío- le contesto Akirazor con tono bromista

Nuevamente sus espadas volvieron a encontrarse, chocando y produciendo un sonido incluso mayor que el anterior. Dos impactos más acontecieron al primero. Las chispas saltaban de un lado a otro completamente descontroladas. Finalmente, una de las hojas salió disparada por los aires, mientras que la otra se encontraba a escasos centímetros del cuello de Marcus. Los dos se mostraban completamente cansados, sin apenas aliento. Una gota de sudor resbalo por el rostro de Marcus mientras levantaba la cabeza y le mostraba al muchacho un gesto de aprobación. Rápidamente Akirazor retiro la hoja afilada de su cuello dedicándole una reverencia, la cual acto seguido fue devuelta por su derrotado contrincante.

-Lo has conseguido, estás preparado amigo mío- le dijo Marcus sin haber recuperado aun del todo su aliento.

-Todo gracias a usted maestro- contesto el muchacho envainando su espada y ofreciéndole una nueva reverencia.

Los dos se sentaron en un pequeño banco que había en el patio de entrenamiento mientras se liberaban de una pesada camisa enmalla de puro acero que llevaban encima de sus ropas. Las peleas eran mero entrenamiento, sin ninguna intención de matar, pero aun así las afiladas hojas que poseían las espadas de acero podían causar graves heridas si no detenían el ataque antes de golpear. No era la primera vez que se producía un accidente en aquellos cuarteles, así que su uso era obligatorio.

-Dime Akirazor, ahora que ya podemos considerar tu entrenamiento por acabado ¿Qué piensas hacer?- le pregunto Marcus con cierta curiosidad.

El joven mantuvo su mirada perdida por unos instantes, seguidamente se levantó, desenvaino su espada. Con su mirada concentrada en la hoja

prosiguió.

-Está claro. Lo primero de todo será ir en busca de ese despreciable orco-contesto con un tono algo agresivo.

- ¿Y con que equipo piensas partir en su busca?. No tienes armadura, escudo ni espada. En definitiva no tienes un punto de inicio desde el cual partir.

Envaino de nuevo la espada mientras su expresión se relajaba lentamente.

-Tienes razón. Pero no te preocupes, ya se me ocurrirá algo. Puede que en otros lugares ofrezcan algún tipo de recompensa por matar algún monstruo. En los pequeños poblados siempre suelen tener problemas. A cambio de algunas monedas podría encargarme de ellos, igual que los caza recompensas. Así tendré oro para mi equipo.

- ¿Pretendes ir a cazar monstruos con las manos desnudas?- Marcus no pudo evitar soltar una fuerte carcajada- No cuestiono tus habilidades como guerrero, tu manejo de la espada es impecable. Pero empiezo a dudar de tu inteligencia. Relájate, llevas cinco años de tu vida preparándote para esto, no vas a morir por aguantar un poco más.

-Muy bien señor paciente ¿tienes algún plan mejor?- le pregunto mientras lo observaba en una pose un tanto provocativa.

- Pues la verdad es que si, puede que lo tenga. Veras, el rey Érar organiza unas celebraciones a finales de primavera, las llama "El Festejo del Bufón". Durante esta celebración se hacen juegos y uno de ellos ofrece una buena recompensa. Lo mejor de todo es que los aldeanos fuera de las murallas pueden participar.

-Me cuesta creerlo la verdad- interrumpió Akirazor.

-Ya, lo sé, pero en realidad es algo casi imposible de ganar. La razón por la que se ideó el dicho juego fue para mofarse de los pobres hombres que lo intentaban. Básicamente consiste en vencer en un duelo con espada, al noble "William Eichwiz". Se trata de un muchacho de treinta y tantos entrenado bajo la protección de rey, pero que en realidad nunca ha batallado. Su cometido es más bien el de mostrar una imagen de como debería ser un verdadero guerrero. Ser un ejemplo a seguir, pero nada más. Nunca lo he visto combatir entre mis filas. Con esto no quiero decir que no sea hábil, es lo suficiente bueno como para no haber sido vencido aun, pero apostarí mi vida a que tú podrías con él.

-Veo que tienes mucha fe en mi- le dijo Akirazor dedicándole un gesto

amable

-Tú me has demostrado que puedo tenerla- contesto el hombre devolviéndole aquel gesto.

Capítulo 4

CAPITULO 4:

LAS CUATRO MUERTES

El reino de Arderum no era más que una pequeña zona del mapa. En las extensas tierras de Iderum, los impredecibles cambios y posibles amenazas se desarrollaban continuamente y debían de ser tratados. En la urbe de los Asuna, situada justo en el centro del bosque de Yuta, sobre una enorme y basta llanura natural, estaban a punto de mantener un importante debate sobre un nuevo acontecimiento que se estaba produciendo en Iderum. Los más altos cargos asignados por los reyes de cada raza, se hallaban congregados en una gran sala en la más alta torre de la gran ciudad. Esta sala contaba con una enorme mesa central, con bellos grabados sobre la recia madera que formaba sus patas. La base presentaba una forma ovalada y de gran longitud que se extendía ocupando más de la mitad de sala. Alrededor de ella siete figuras misteriosas permanecían en sus asientos intercambiando miradas. Las paredes de la sala eran de piedra maciza, pero no poseían el aspecto áspero y bruto de la mayoría de las construcciones humanas. Estaban perfectamente alineadas, trabajadas y pulidas, dejando patente su superioridad dentro del campo arquitectónico. Enormes estantes y armarios recubrían el perímetro de la sala. Entre los huecos que estos dejaban, largas banderas de las distintas razas colgaban de las paredes. Estas ondeaban ligeramente, movidas por la brisa que entraba a través de los amplios arcos de un generoso y pintoresco balcón.

-¡Se presenta ante ustedes el asombroso mago Nazgar Aszurt de la tierras de Árderum!-proclamo unos de los guardias Asuna que mantenían vigilada la zona exterior, posicionado cerca de los arcos.

Un hombre de edad respetable, sobre los cincuenta y copos, acababa de aterrizar en el Balcón. Vestía con una gran túnica roja, que prácticamente rozaba el suelo y no dejaba entrever demasiado su figura. A diferencia del estereotipo de mago, este no portaba ningún tipo de basto o barita. Tampoco el característico sombrero puntiagudo que llevaban muchos aspirantes de aquel lugar por la simple razón de aparentar. Lucía una pequeña melena algo alborotada de color avellana que sorprendentemente se encontraba libre de canas. Esta apenas llegaba a altura de sus orejas. Una protuberante y densa barba del mismo color del cabello brotaba en toda la parte baja de su rostro. Sin embargo no la mantenía lo suficiente larga como para que esta colgara hacia abajo si no que se encontraba recortada de forma que solo recubriera su piel.

Como antes he dicho, aquel hombre aterrizo en el balcón, y lo hizo de forma literal. Nazgar desmonto del lomo de un extraño animal. Era

parecido a un enorme lobo de pelaje grisáceo con tamaño similar al de un caballo adulto. La enorme criatura contaba con unas majestuosas alas plumosas con la misma tonalidad de su pelaje, que nacían justo por encima de sus patas delanteras, a la altura del omoplato.

El mago, una vez atravesó los arcos y entro en la sala, dedico una amable mirada con sus ojos morrones verdosos hacia unos de los miembros que formaban aquel corrillo.

-Mis disculpas Señora Eurala- realizo una pequeña pausa, y después de dar un vistazo rápido a la sala prosiguió- Lamento haberles echo esperar pero alguien me ha entretenido cuando el tiempo apremiaba- dijo de forma global para el grupo sin evitar mostros más atención en aquella mujer que había nombrado.

Seguidamente, Nazgar, se volvió girándose hacia el exterior mientras clavaba una mirada entrecerrada, manteniendo el ceño fruncido. Esta mostraba cierto grado de recriminación hacia aquel animal que parecía tratarse de su "fiel corcel". El canido se percató de aquel gesto, comprendiendo que iba dirigido a él. Encogió aún más sus alas apretándolas contra los costados y a continuación agacho su cabeza mientras emitía unos suaves gemidos agudos parecidos a los que haría un pequeño cachorro de perro entristecido. Este conjunto de acciones hicieron parecer que el enorme animal intentaba disculparse ante el mago.

-No se preocupe mi querido señor Nazgar. Apenas acabábamos de reunirnos- le contestos Eurala con tono increíblemente amigable, pero a la vez sereno- Tome asiento y podremos comenzar- concluyó mientras le hacía un gesto con la mano invitándole a sentarse.

Eurala era una Asuna, y dentro de todos los que se encontraban allí, ella parecía ser la que tenía más "rango" por decirlo de alguna forma. Sus ropajes eran propios de una consumada sacerdotisa. De hecho se trataba de la más poderosa de todas. Los estragos de la edad empezaban a marcarse en su bello rostro de tonalidad violeta con ciertas betas moradas, mientras que sus ojos amarillos tan incandescentes como el sol, atraían todas las miradas. Su cabellera larga y lisa de color cobrizo se extendía a lo largo de su espalda y aunque mantenía todo aquel cabello recogido en lo que parecía ser una especie de coleta baja a la altura de la nuca, no podía evitar que aquella brisa meciera suavemente las finas hebras de pelo que formaban su melena.

Nazgar le dedico una respetuosa reverencia y prosiguió hacia la enorme mesa, tomando asiento justo en frente de ella, entre otra Asuna y un Humano con aspecto distinguido, claramente perteneciente a la realeza.

Eurala hecho un vistazo rápido a los allí presentes, verificando que todos se encontraban sentados y atentos. Una vez hecho esto prosiguió.

-Muy bien mis señores, esta es la cuestión. Nuestros equipos de reconocimiento han detectado un comportamiento un tanto extraño en los Zerkens, hasta ahora hemos estado tratando el asunto de forma irrelevante, quitándole importancia. Sin embargo nueva información llegada directamente de mis centinelas y exploradores, corroboran el hecho de que estos movimientos no son una coincidencia. Están abandonando madrigueras y creando comportamientos y rutinas que jamás habíamos visto. Además, gracias a nuestros mensajeros hemos sabido que algunos Humanos de los pueblos cercanos a las tierras orcas aseguran a ver visto enjambres de Zerkens avanzando por tierra firme hacia el Este a plena luz del sol, algo que nunca habían hecho, ya que como bien es sabido son cazadores nocturnos y siempre han preferido el frío y la seguridad que les proporciona sus profundas colmenas subterráneas. Nada parece tener sentido, pero si continúan en esa dirección solo pueden dirigirse a los valles desolados de Jurkar, en tierras Orcas.

-¡Eso es una soberana estupidez!-contesto unos de los integrantes mientras golpeaba con brutal fuerza la enorme mesa, clavando parcialmente los puños en ella- Todos sabemos que los Zerkens son solo una enjambre de cucarras asquerosas que no piensan y menos planean nada, solo viven para matar-concluyo.

El dueño de aquellos puños furiosos era Horun, un poderoso, imponente y temido guerrero Natau, el cuál si no estaba batallando en alguna guerra o congregado en aquella sala, su deber consistía en proteger a su Rey y Reina. Podría decirse que se trataba de su mano derecha. Aquel guerrero podía no tener mucha paciencia, ni sentido del humor, incluso podría ser alguien a quien temer si lo enfurecías. Pero aquellas carencias se cubrían con una gran dosis de honor y coraje. Si pretendías hacerles daño a sus Reyes, seria por encima de su cadáver.

Los rasgos anatómicos de un Natau no distaban mucho de los de un humano. La mayor diferencia estaba en su piel y no en el color, que al igual que en los Asuna podía tener distintas tonalidades y mezclas. Si no en la textura. Sus pieles mostraban prominentes grietas superficiales que recorrían todo su cuerpo y hacían recordar a la forma de una piedra resquebrajada o a la corteza de los árboles. Estas grietas eran menos marcadas en sus rostros excepto en zonas como la nariz o las cejas en las que volvían a pronunciarse definiendo fuertemente los rasgos faciales. Otra diferencia se encontraba en su abdomen, bastante más alargado y esbelto, con un pectoral más corto pero a la vez más ancho que el de un humano normal.

Los presentes dieron un pequeño sobresalto del susto que les produjo aquel estruendoso golpe, todos excepto Eurala. Esta ni siquiera se inmuto limitándose a cerrar sus ojos resignada como si aquel comportamiento se tratara de una manía que no había conseguido erradicar de él y daba por hecho que jamás lo conseguiría.

-Lo sabemos Horun, y compartimos tus sentimientos hacia ellos, aunque de forma menos enérgica y discreta. Pero si no es mucho pedir me gustaría que dejaras de destrozar los bienes de nuestra sala cada vez que nos reunimos- le contesto Eurala dirigiéndole una mirada relajada y desatendida.

El poderoso Natau se quedó mirándola durante unos instantes, seguidamente puso la atención sobre sus puños que aún seguían incrustados levemente en la madera. Sin decir ni una palabra, arrastro sus manos lentamente hasta esconderlas debajo de la mesa apoyándolas sobre sus piernas. Después de esto y viendo que su compañero se había calmado, Eurala, respiro profundamente y continuo.

-Bueno, tal como dijo Horun, tenemos bien sabido que los Zerkens no poseen ningún tipo de inteligencia estratégica aunque es posible que si colectiva, pues se comportan igual que un enjambre de abejas. Pero la cuestión es que estos seres viven en colonias que no suelen superar el centenar. Si se agruparan podrían llegar a ser una amenaza, pues desconocemos sus intenciones- la mujer hizo una leve pausa, esperando a que alguien aportara alguna idea o información importante, pero solo un silencio mudo inundo la sala, por lo que prosiguió- Intuyo que os encontraréis tan perdidos como yo. Aun así supongo que estaréis de acuerdo conmigo en que el hecho de investigar este asunto es una prioridad.

-¿Y dónde se encuentra Duremulen?, podría arrojar un poco de luz sobre este misterio. Jamás lo he visto, pero dicen que posee grandes conocimientos y es capaz de comunicarse con los animales, sería el más indicado en esta situación- dijo el hombre de porte señorial que se encontraba a la derecha de Nazgar.

- No niego que pueda ser cierto- contesto Nazgar- Ese anciano es una caja de sorpresas. Pero tenéis razón Ser Eraél, el que seguramente más pueda ayudarnos en esta situación sería Duremulen- realizo una pausa mientras se rascaba el cabello y continuo- Por cierto viejo amigo, ¿cómo te va administrando las arcas del reino?

-No puedo quejarme. Tengo seguridad, comida y privilegios, aunque por otro lado tengo impuestos injustos y leyes abusivas. Pero bueno, por lo menos aún conservo mi cabeza por encima de los hombros- contesto con

un tono sarcástico.

-Si es verdad, ese viejo vejestorio siempre tiene algo que decir ¿Por qué demonios no está aquí con nosotros?- pregunto Horun con cierto tono de enfado ignorando por completo la banal conversación entre Nazgar y Eraél.

Seguidamente se formó un pequeño murmullo descontrolado entre los presentes en la sala, seguramente intentando sacar sus propias conclusiones sobre su ausencia. Eurala miro a los congregados en especial dos de ellos que mantenía una sonora discusión que sobresalía por encima de las demás pero que aun así era inentendible. En el rostro de la Asuna se empezó a notar cierta frustración mientras esta resoplaba profundamente. Nazgar se percató de ello por lo que se dispuso a imponer algo de orden.

-Cálmense caballeros, cálmense. Si permanecen en silencio puede que nuestra querida sacerdotisa pueda explicárnoslo- Gradualmente el murmullo fue cesando dando paso al ansiado silencio

Eurala le hizo un pequeño gesto al mago, agradeciéndole su intromisión en aquel incesante farfalleo. Este le devolvió el gesto mediante una disimulada reverencia. La sacerdotisa respiro profundamente y comenzó a explicar.

-Duremulen no ha podido asistir a la sala de los nueve por que según me informo por carta tenia asuntos pendientes que precisaban de su sabiduría en el poblado. Por otra parte bien sabéis que Duremulen es un respetable anciano que ya no está en condiciones de partir hasta acá. Ha de venir escoltado por un gran batallón de centinelas del que no disponemos en estos momentos y aunque así fuera, no hubieran conseguido llegar a tiempo.

-¿Entonces los Arteros se desentienden del asunto? Pues que yo sepa es el único de su raza que estaba dispuesto a formar parte de este congreso- dijo un Natau que se encontraba sentado a la izquierda de Horun.

Cabe destacar que este era mucho menos corpulento que el guerrero y presentaba un físico más fibroso y atlético. Revelando que su estilo de combate pertenecía a otra modalidad.

-Aquí nadie se desentiende de nada- contesto Nazgar al joven Natau que empezaba a elevar el tono creciéndose poco a poco. Aun así este volvió a insistir.

-Deberían enviar a otro en su lugar, pienso que esto muestra una falta de interés y respeto intolerable hacia nosotros- le respondió levantándose

mientras apoyaba las manos sobre la mesa.

-¡Ya basta! Señores míos céntrense- Exclamo Eurala un poco cansada ya de aquella cantinela que acarreaba el joven Natau.

Rápidamente, Horun, posos sus enormes y fuertes manos sobre los hombros del joven y literalmente lo aplasto contra la silla, sentándolo a la fuerza bruscamente. Este le dirigió una mirada recelosa, pero no se atrevió a reprocharle nada. Eurala hizo un segundo gesto de agradamiento, esta vez al guerrero Natau por imponer orden, aunque hubiera sido a su manera.

-Bien, dejando atrás el tema de la ausencia de nuestro respetado Duremulen. ¿Alguno de vosotros puede aportar aunque sea un pequeño rayo de claridad al asunto que nos concierne?- Pregunto Eurala de forma pausada y tranquila.

El guerrero Natau empezaba a cansarse de aquel camino sin salida que parecía no llegar a ninguna parte, haciendo resonar un pequeño traqueteo que producía los golpecitos de sus dedos contra la mesa.

-Tal vez se trate de una especie de migración, puede que algunas de sus colmenas hayan sido destruida por desastres naturales o que la abundancia de alimentos haya disminuido haciéndoles que partan hacia un nuevo hogar- contesto Nazgar no muy seguro de su hipótesis

-Claro y no tenían otro lugar al que ir que no fueran las tierras orcas- le respondió el joven Natau al mago con tono sarcástico.

Seguidamente dirigió una mirada a Horun, temiendo represalias por abrir su boca, pero este permanecía tranquilo, mirando al frente, concentrado en mantener aquel traqueteo continuo de sus dedos.

-Es muy improbable, incluso imposible, pero... ¿Y si de alguna manera estuvieran tramando algo con los orcos?- Expuso una de las tres sacerdotizas que formaban parte del grupo y se hallaban en los asientos consecutivos a el de Eurala.

Horun ceso sus sonoros golpecitos y resoplo profundamente mientras posaba la mano derecha sobre su frente inclinando ligeramente la cabeza. Los demás miembros se mantuvieron en silencio sin negar o afirmar dicha hipótesis. Al ver que nadie se animaba a conversar ni a debatir sobre aquella idea, Eraé alzo su voz dispuesto a contestar.

-A mi parecer esos es algo muy poco probable. Desde hace cientos de años jamás se ha presenciado tal comportamiento. Tampoco pueden encontrar nada en los escritos antiguos. También tenemos informes de patrullas Natau que han encontrado restos de masacres entre Orcos y

Zerkens, por lo que no tiene ningún sentido que ahora estén aliados. No desmiento tu razonamiento, pero como dije al principio, las probabilidades son mínimas.

-Señores míos, esta claro que necesitamos más evidencias para corroborar todas nuestras hipótesis, actualmente con la información que disponemos nos es imposible llegar a una conclusión factible. Me temo que no hay más remedio que posponer este caso hasta disponer de nueva información. Enviare un pequeño batallón de exploradores para que vigilen los nuevos movimientos que los Zerkens puedan dar- concluyo Eurala mientras sus tres sacerdotisas terminaban de anotar toda aquello que se expuso en la reunión.

-Yo opino que deberíamos ir y acabar con ellos sin más, si representan una posible amenaza, lo mejor es arrancar la semilla he impedir que el árbol brote- propuso Horun con porte bárbaro, dejando ver en sus ojos un fuerte y febril brillo que incitaba a la batalla.

-¿Y arriesgarme a perder guerreros absurdamente?. No permitiré que ningún Asuna muera por una amenaza que puede no ser real. Si tu rey Gargas Tourin es tan insensato como para mandar a cientos de sus hombres a una guerra que carece de sentido, adelante, no se lo impediré, pero nosotros no formaremos parte de esto. Además, al estar tan cerca de esas tierras, puede que algunos orcos terminen uniéndose a la batalla, formando una guerra a tres bandos y su consiguiente masacre- le contesto Eurala completamente segura de sus palabras.

La expresión de Horun fue relajándose poco a poco y recobro la pose tranquila que mantenía unos segundos atrás sobre su asiento. Era terco y testarudo, pero en esa ocasión comprendió que no le faltaba razón. Igualmente pensaba informar a sus Reyes de todo aquello, dispuesto a acatar sus decisiones fueran las que fueran.

-De acuerdo, si no hay nadie más dispuesto a ofrecer ninguna nueva aportación, declaro esta reunión finalizada. La sala de los nueve queda cerrada hasta nuevo llamamiento. Pueden levantarse señores.

Todos los presentes abandonaron su asiento manteniéndose firmes ante Eurala. Todos menos las tres jóvenes sacerdotisas, que se dedicaron a recoger todos los documentos con la información que recopilaron y añadiéndolos a una enorme carpeta que contenía cientos de manuscritos a cada cual más antiguo.

-Una vez concluida esta enérgica reunión, me gustaría invitarle al gran almuerzo que servirán no mucho más tarde en el gran salón de la corte real, en agradecimiento a vuestra presencia y colaboración mostrada hoy en la sala de los nueve- les dijo Eurala mientras les ofrecía una reverencia

global a los presentes.

-Acepto su ofrecimiento. Jamás he rechazado una buena comida y esta no será la primera- contesto Horun mostrando una pequeña mueca de felicidad al escuchar la palabra "almuerzo".

Instantes después, los demás integrantes aceptaron la generosa invitación, todos excepto el mago Nazgar, que justo después de agradecerle del gesto, se dirigió hacia el balcón en busca de su peludo compañero. Eurala sintió cierta curiosidad sobre la razón del rechazo a su generoso ofrecimiento. Normalmente no dejaba escapar tales ofertas, por lo que no pudo evitar preguntarle mientras que los integrantes del grupo abandonaban la sala siendo guiados por las tres jóvenes sacerdotisas. Nazgar no quiso darle demasiados detalles, simplificando la cuestión en que debía de terminar algunos trabajos que había dejado a medias. Eurala no insistió mas, quedándose conforme con aquella respuesta que el mago le había ofrecido. Seguidamente se despidieron con una reverencia. El mago monto sobre el lomo de aquella criatura, acariciando la nuca del animal mientras que este cerraba los ojos y elevaba disimuladamente la cabeza como si intentara que aquel enérgico y gratificante rasqueteo no cesara nunca. Propinándole un par de palmaditas en el costado hizo que el imponente animal desplegara sus grandes alas y alzara el vuelo.

Eurala permaneció contemplado la escena unos segundos, observando como el mago surcaba el cielo azul desapareciendo rápidamente en la lejanía. Luego de esto, la poderosa sacerdotisa abandono la sala dirigiéndose al salón real esperando encontrarse con sus invitados.

No muy lejos de allí, en la catedral de "Ádener", situada cerca de un enorme parque central, se hallaban impartiendo clases de magia. Todo Asuna que llegara a este mundo ya disponía de poder mágico, estaba en su naturaleza. Pero el tenerlo no significaba que supieran usarlo, debían de aprender. Para ello se crearon las escuelas de magia en la Catedral, las cuales eran impartidas por los doce miembros magos más poderosos del reino. La magia la dividían en cuatro modalidades, dos de ellas eran más ofensivas y las dos restantes se basaban más en la protección y sanación. La clase de sacerdotisa era la menos solicitada por su alto nivel de dificultad, pero a su vez también era la más reconocida, ya que cinco de los doce miembros eran sacerdotisas.

-Bien, veamos, ¿alguien puede recitarme el hechizo numero veintitrés?- pregunto Janade a sus alumnos, los cuales no parecían estar muy a la labor de contestar- ¿Y bien Celesia?, ¿podrías recitarlo?- dijo escogiendo de forma autoritaria a la chica.

-Puedo intentarlo maestra Janade- respiro profundamente y prosiguió-

"Amne yhugot aremer outsou".

-Casi, la segunda palabra se pronuncia "jougot". Igualmente lo hiciste muy bien, no es un hechizo fácil de recordar- le contesto Janade dedicándole una grata sonrisa

La chica le devolvió el gesto, sintiéndose feliz de que la felicitara. Mientras tanto la maestra prosiguió con una explicación.

-Como ya deberíais saber, se trata de un hechizo básico de curación. El primero que aprenderemos a realizar en la rama de sanación y el más fácil. A diferencia de los hechizos ofensivos o defensivos de tipo barrera, estos son mucho más difíciles de realizar. ¿Alguien sería capaz de explicarme el por qué?

En una de las mesas mas pegadas al fondo una mano se alzó impaciente. Janade pudo distinguir fácilmente al muchacho que se había ofrecido a contestar, y le dedico un gesto que le invitaba a exponer su respuesta.

-Los hechizos que no se basan en curación son más sencillos por que se materializan en el entorno, es decir, recoges la energía, la conviertes con el hechizo elegido y la materializas fuera de tu cuerpo, ya se trate de una bola de energía incandescente con la finalidad de matar o de un resistente escudo de energía luminosa para protegerte de un fiero ataque. En el caso de un hechizo de curación a de materializarse dentro del individuo a quien se quiera curar.

-Buena explicación Gasper, pero desgraciadamente se encuentra incompleta. Me has dicho la diferencia al canalizar un hechizo no curativo y otro curativo, pero no has aclarado él porque es mas difícil. Necesito que me lo detalles, que indagues hasta ese punto.

El chico miro nervioso hacia ambos lados de la clase, intentando buscar una aclaración sólida, pero a los pocos segundos terminó agachando ligeramente la cabeza dando a entender que no tenía una respuesta válida para su pregunta. Seguidamente, la chica de antes levanto su mano, esperando el permiso de su maestra para hablar. Esta se lo concedió rápidamente, por lo que prosiguió.

-Al tener que entrar en un cuerpo y no al exterior, la energía del hechizo debe ser mucho más refinada, estar más trabajada para poder fluir por el cuerpo y unirse con el mismo. Además, dicha energía debe de entender la anatomía del individuo para poder regenerar sus heridas. El tener que crear una energía tan "sofisticada" conlleva mucho trabajo por parte del invocador, haciendo que los hechizos también sean más complicados. En cierto modo, las palabras de las que consta una invocación actúan como instrucciones para que la magia se comporte tal como deseamos-

concluyo.

-Eso es exactamente lo que quería oír, bien echo Celesia- Le contesto Janade dedicándole una nueva sonrisa.

-Si eso es cierto ¿Por qué existen algunos hechizo que no precisan de una conjuración inicial?, quiero decir, que se pueden utilizar directamente- pregunto una de las alumnas cercanas a Celesia.

-Buena pregunta, aunque es fácil de responder. Esos hechizos son muy pocos y por norma general son todos completamente ofensivos. No es más que energía incandescente que canalizamos al exterior. No tiene ninguna finalidad excepto la de provocar daño. Simplemente se trata de energía en bruto, por lo que no precisa de conjuración- Le aclaro Janade a su curiosa alumna.

Una fuerte campanada resonó en el aula, indicando que las clases habían acabado. Todos los alumnos se levantaron de sus asientos, recogiendo sus libros y demás materiales para seguidamente abandonaron la sala. Antes de salir, Celesia, se dirigió hacia su maestra, la cual se encontraba ordenando algunos documentos en su mesa.

-Maestra Janade

-¿Si Celesia?- pregunto con un gesto amable, como era de esperar

Esta amabilidad no era producto de los excelentes modales a los que los Asuna estaban acostumbrados a mostrar, si no que se trataba de un claro vinculo de amistad formado entre alumna y maestra. Janade estaba orgullosa de ella, era su mejor alumna y aun mejor persona. Desde un principio mostro un gran interés antes las increíbles magias y a diferencia de muchos otros, no les temía, más bien le intrigaban. Deseaba conocerlas y dominarlas. Después de una pequeña prueba inicial al entrar en aquellas clases, mostro una clara predilección por las "magias blancas". Se les denominaban de esta forma por el hecho de que se centraban en la protección y sanación, aun así las magias blancas también disponían de potentes hechizos con un alto nivel de destrucción. Poco más adelante se decantó por la rama de sacerdotisa, siendo asignada a la clase de su actual maestra y amiga Janade.

-Hemos estado estudiando varios hechizos de curación durante las últimas semanas, en especial el numero veintitrés- hizo una ligera pausa temiendo ser muy impertinente con su próxima pregunta, pero la curiosidad le hizo continuar- ¿Cuándo podremos practicarlo de forma real?

-Te veo impaciente mi querida Celesia- contesto mientras agarraba la mano que ella había posado sobre su mesa- La verdad es que no tenía

intención de hacer prácticas reales hasta el próximo mes. Los hechizos de curación son algo muy delicado y si no se conjuran bien, en el mejor de los casos, sencillamente, no harían efecto. Pero si tantas ganas tienes podemos intentar probarlo mañana. Pero nadie debe saberlo, solo tú y yo ¿de acuerdo?. Es imposible preparar una prueba para cada alumno en solo un día, y además, creo que la única verdaderamente preparada hasta ahora eres tú.

Celesia se alegró mucho por la respuesta de su maestra, aunque a la vez sentía curiosidad por aquel detalle que le comento sobre los posibles efectos de un hechizo de curación mal conjurado. Aun así prefirió no preguntar al respecto, estaba segura que podría hacerlo y si su maestra estaba dispuesta a dejar que lo intentara no sería tan peligroso.

-Muchas gracias Janade, de verdad- le contesto mientras la abrazaba fuertemente dejándose llevar por la emoción.

Rápidamente se apartó de ella, recordando que antes de ser su amiga, era su maestra y por tanto su superiora. Janade no pudo evitar reír por la reacción de la muchacha y antes de que ella pudiera intentar disculparse por aquella inapropiada acción, la abordo con un abrazo aún más fuerte, consiguiendo que Celesia entendiera que aquello no le importaba en absoluto, sino todo lo contrario. Siempre recibiría encantada sus muestras de afecto.

-iCelesia!- grito una voz conocida.

La joven se giró observando a una chica de piel azulada con preciosas betas amarillas y melena oscura que se acercaba rápidamente hacia ella. Portaba lo que parecían ser unos viejos manuscritos que agarraba fuertemente entre sus brazos. Cuando al final la alcanzo, la miro con sus enormes ojos azules con cierta expresión de impaciencia.

-Buenos días Milenay, me alegro de verte- le contesto dedicandole en gesto amable- ¿a qué vienen esas prisas?

-He de contarte algo importante- le confeso sin perder ese gesto impaciente en su rostro- ¡Ven, vamos!

La chica agarro fuertemente de la mano a Celesia y sin permitir que esta dijera nada literalmente la arrastro llevándola fuera del pasaje de la catedral. Finalmente detuvo su huida cuando se encontraron bajo las hermosas arboledas del parque central paralelo a la catedral. En él se podían encontrar cientos de plantas y árboles diferentes, al igual que bellas esculturas y fuentes. A pesar de ser un parque, era enorme, tan enorme que si no lo conocías y te despistabas podías llegar a perderte en su interior. El parque se construyó en honor al gran bosque de Yuta, ya que aunque vivían en ciudad, sus comienzos como raza fueron en aquel

enorme bosque que la madre naturaleza había creado para ellos y poseía todo lo necesario para sobrevivir. Sus ancestros llevaron a cabo la construcción de la ciudad hace milenios atrás y desde entonces no paro de crecer. Sin embargo, los habitantes echaban de menos sus raíces por lo que mandaron a construir aquel enorme parque natural, el cual ha ido floreciendo y expandiéndose a la vez que los Asuna proliferaban con el paso del tiempo. Las dos muchachas pararon en un banco, a escasos metros de la enorme fuente centra del gran parque.

-¿Haber que es eso que tenías que contarme tan urgente?- pregunto Celesia con un tono ligeramente enfadado ante aquel secuestro furtivo por parte de su amiga.

Milenay miro hacia ambo lados, asegurándose de que nadie se hallara cerca de ellas, como si lo que tuviera que contarle fuera alto secreto.

-Veras. Por lo que he oído la sala de los nuevo ha sido llamada a día de hoy- le confeso su amiga

-¿Acaso es tan raro como para armar todo este alboroto?, según tengo entendido, se reúnen dos o tres veces al año, para atender asuntos importantes.

-Si lo sé, pero esta vez es diferente Celesia, creo que se trata de algo grande, lo presiento

Después de esto, la expresión de su amiga se relajado bastante, aun así mantuvo un pequeño gesto de preocupación.

-¿Y qué te hace pensar eso?- le pregunto Celesia con enorme interés

-Bueno ya sabes que soy un Midale, y como tal me entregan cientos de documento para rescribir y hacer copias. Pues la cuestión es que recientemente me entregaron un par de manuscritos para reescribirlos haciendo unas decenas de copias. Uno de ellos era el certificado de orden para enviar unos pocos grupos de exploradores cerca de las tierras Orcas. Me dirás que es normal, cada poco envían grupos de centinelas y exploradores que van y vienen con el fin de mantener nuestras tierras seguras. Pero es extraño que me lo hayan traído precisamente hoy. Me apuesto lo que sea a que tiene que ver con dicha reunión.

Celesia mantuvo silencio en todo momento, escuchando atentamente las palabras de su amiga. Personalmente no le estaba dando tanta importancia como ella, pero sin embargo, al igual que Milenay tenía la corazonada de que aquello no se trataba de coincidencia. Mientras pensaba todo esto su amiga continuo.

-La segunda se trata de una orden para obtener el consentimiento de los altos cargos y el propio Rey o Reina para enviar tropas si fuera preciso. Se encuentra escrito en los tres idiomas, así que supongo que son para enviar unas cuantas copias a los humanos, Natau y Arteros. Por lo que pude apreciar no consta ninguna fecha límite para asistir a batalla.

-Entonces puede que sea solamente por prevención, si no poseen fecha quiere decir que no hay ningún peligro por ahora. No te preocupes, veras como no pasa nada- le contesto Celesia agarrando las manos de su amiga y acariciándolas suavemente con sus pulgares.

-Lo sé, también pensé lo mismo, pero aun así, no puedo evitar preocuparme. No me da buena espina.

Milenay bajo su vista mostrándose cabizbaja. Parecía realmente afectada por aquellos documentos que le habían entregado. Celesia alzo la cabeza de su amiga elevándola desde la barbilla con sus dedos. Cuando Milenay pudo contemplar el rostro de Celesia, tan radiante y feliz como de costumbre, sus males y preocupaciones menguaron. Como si se trataran de un pequeño bloque de hielo cediendo ante los brillantes rayos del sol. Comprendió que tal vez lo estaba pensando demasiado, por lo que hizo un esfuerzo y cambio de tema.

-Por cierto, la sala de los nueve esta ahora mismo en el gran almuerzo real que se celebra hoy. Me han informado de que los estudiantes también están invitados.

En el rostro de Celesia se dibujó una expresión aún más feliz de la que había mostrado hasta ahora, su amiga pudo notar como se exaltaba al oír aquella noticia.

-¿Enserio?!, ¿están todos?- Pregunto Celesia impaciente mientras agitaba enérgicamente los hombros de Milenay.

-Pues... creo que sí. Normalmente no suelen rechazar tal invitación- le contesto algo trastornada por el zarandeo de su amiga.

Celesia la abrazó con fuerza y despidiéndose corrió hacia el salón real. Hace poco más de un par de décadas, antes de empezar las clases como sacerdotisa, llegaron a sus oídos increíbles historias de un humano con magias tan poderosas como para llamar la atención de la asamblea general de la magia. Compuesta en su totalidad por Asunas, siendo por tanto el único humano. Desde que tuvo consciencia de aquella noticia tan increíble, siempre quiso conocerlo. Por desgracia hasta ahora no se le presento una oportunidad tan clara como aquella. Aun no sabía cómo era, pero aun así lo admiraba. Lo que aquel humano había logrado era algo increíble ¿Cómo alguien que no posee magia como tal puede conseguir algo así?, la determinación, el esfuerzo y el coraje de ese hombre, ante

los ojos de Celesia no tenía parangón, para ella era todo un ejemplo a seguir.

Perdida en sus pensamientos y casi sin darse cuenta, alcanzó el enorme portón del salón real, las cuales comunicaban directamente con el palacio. Aquellas puertas se hallaban abiertas de par en par, custodiadas únicamente por dos centinelas, que nada más ver la túnica de alumna sacerdotisa que vestía Celesia se apartaron abriéndole camino sin preguntar lo más mínimo.

La joven Asuna avanzó algo más calmada y con porte más elegante, atravesando un gran arco de entrada al salón del que colgaban unas enormes cortinas sedosas con tonos azulados que tocaban el suelo ofreciendo cierta intimidad hacia el exterior. Debía de contener sus impulsos, ya que correr despavorida por aquella sala no sería de buen gusto a los ojos de los presentes.

El salón estaba a rebosar, la mayoría de los invitados se encontraban aun sentados a lo largo de las longitudinales mesas que parecían no tener fin mientras saciaban su goloso apetito. Los alimentos se veían verdaderamente apetitosos y aunque el estómago de Celesia empezó a reclamar con fuerte énfasis aquellas afrodisiacas frutas y jugosas carnes, lo ignora por completo sin perder su verdadero objetivo de vista. Mientras recorría las enormes mesas en busca de aquel mago, consiguió divisar a la madre de las sacerdotisas, Eurala, la cual se hallaba conversando con el joven Eraél, economista del reino de Árdurum y perteneciente a la sala de los nueve.

Celesia se acercó hacia ella, interviniendo con una respetosa reverencia ante los ojos de ambos.

-Bienvenida Celesia, me alegra su presencia ¿deseáis algo?- Le pregunto Eurala sin perder su característica serenidad.

-Buenas tardes suma sacerdotisa Eurala, antes que nada disculpe mi intromisión, pero desearía hacerle una pregunta- hizo una pequeña pausa intentando ocultar su curiosidad impaciente- ¿Se encuentra presente el gran mago Nazgar Aszurt?- le pregunto finalmente mientras entrelazaba sus dedos.

-Lo siento querida, le invité como a los demás miembros, pero le fue imposible aceptar mi oferta, me comunico que debía de atender algunos asuntos. Lo siento.

-Muchas gracias Señora Eurala- le contesto mostrándose bastante desilusionada

-¿Querías comunicarle algo en especial?- pregunto Eraél interviniendo en la conversación.

-Ciertamente no, señor mío- contesto con tono algo titubeante- simplemente quería conocerle en persona, seria todo un honor para mí- terminó diciendo mientras se le ruborizaba el rostro levemente.

-No hay problema joven señorita, yo le conozco en persona, y la verdad es que nos llevamos bastante bien. A mi regreso a Árdurum puedo comunicarle por carta que la próxima vez que asista, no se valla sin conocerla. De hecho creo estaría encantado, Nazgar no rechazaría el conocer a una joven tan bella y encantadora como vos.

-¿Enserio haría eso por mí? ¡Muchas gracias señor mío!- contesto Celesia intentando contener sus impulsos de abrazarlo.

Poco después la chica les dedico una nueva reverencia y se alejó del lugar, permitiendo que ambos siguieran conversando sin más interrupciones. Atravesó el gran parque de regreso a casa, deleitándose con el armonioso cantar de las aves que habitaban las altas copas de los imponentes arboles más longevos. Estos cantares junto al chapoteo que producían las cascadas de las innumerables fuentes inducían a un estado de relajación que nada tenía que ver con el ajetreo existente en pleno centro de la ciudad. Celesia quiso recrearse echándose sobre las verdes y suaves hierbas bajo la sombra de aquellos árboles, por desgracia las quejas de su estómago no le concedían tregua, obligándola a aligerar la marcha.

Cuando la chica llego a su hogar, sus padres se encontraban terminando de almorzar. La habían esperado durante unos minutos, pero su retraso era exagerado. Su madre la miro con un ligero gesto que mostraba cierto enfado.

-Tu plato lleva más de media hora en la mesa Celesia, ¿Qué has estado haciendo?

-Lo siento madre- contesto la joven entrelazando sus dedos mientras bajaba su vista- me he entretenido un poco.

-No la tomes con ella mi querida Haine, seguro que fue a hacer una visita al salón real, tengo entendido que habría un gran almuerzo y los alumnos estaban invitados- dijo su padre manteniendo una pacífica expresión.

Haine, su mujer, asintió ligeramente con la cabeza, entiendo que aquella situación no merecía ningún tipo de riña, y más teniendo en cuenta aquel detalle. Celesia mantuvo silencio en todo momento, no quería interrumpirles, temiendo meter la pata. Su padre volvió a centrar la

atención sobre su querida hija.

-¿Y bien?, ¿Conseguiste verle?- pregunto

-¿A quién?- respondió ella

-Pues al mago Nazgar, ¿Quién si no?. Siempre hablas de él, seguro tenías ganas de conocerle.

Celesia se ruborizo de nuevo, aún más que en el salón real ¿acaso era tan obvia su admiración hacia el?, quería preguntarles el por qué, pero aquello solo le causaría mas vergüenza, por lo que decidió simplemente responderles.

-No... al final no pude conocerle, me informaron de que rechazo la invitación por asuntos personales.

-No te preocupes hija mía, la próxima vez tendrás mas suerte, seguro. Ahora come antes de que se enfríe más, y después, puedes echarte un rato en tu cama, seguro estarás cansada- le contesto Haine con una bonita sonrisa en su rostro.

Celesia asintió ante las peticiones de su madre encantada. Con un hambre atroz, pero sin perder la postura, devoro su almuerzo por completo, rebañando el plato con el pan dejándolo increíblemente limpio. Su madre le ofreció repetir, pero ella aunque no se sentía del todo llena, rechazo su oferta evitando pecar de golosa. Pocos minutos después dedico una reverencia a sus padres agradeciéndoles aquella deliciosa comida y se dirigió hacia sus aposentos a descansar.

A la mañana siguiente, la joven asistió a clases con enorme emoción, sabía que ese día iba a ser especial, invocaría su primer hechizo de sanación. Siempre había mostrado gran admiración por ese tipo de hechizos y no solo por su elevada dificultad, sino también por lo que eran capaz de hacer. Cualquiera podía matar, no había siquiera que poseer magia para hacer tal cosa, ¿pero cuantos tenía el poder de salvar vidas?. Debía de ser un sensación tan gratificante. Poder acabar con el dolor de quien fuera en solo unos instantes. La joven se perdió entre estos pensamientos durante toda la clase, prestando atención únicamente cuando su maestra o algunos de sus compañeros la reclamaban, pero no podía evitarlo, se encontraba demasiado emocionada. Finalmente las clases terminaron tras las fuertes campanadas del campanario, situado justo en la torre más alta del enorme palacio real.

SEGUIR

AQUÍ.....

Janade le invito a seguirla justo después de que todos sus alumnos abandonaran la sala. Avanzaron por unos largos pasillos, los cuales comunicaban con las demás clases, que a esas horas ya se encontraban vacías. Su maestra le pidió que esperara un momento mientras entraba a la sala de profesorado a entregar ciertos informes que portaba en sus manos. Una vez hecho esto se despidió de sus compañeros y volvió hasta donde se encontraba Celesia, esperándola tal como le indico. Janade abrió una gran puerta que se encontraba al final de uno de los pasillos con ayuda de una llave que parecían poseer solo el profesorado. Dicha puerta daba a un enorme patio delimitado por los muros del propio edificio. Unos bonitos arcos rodeaban todo el perímetro de dicho patio creando una especie de camino techado a todo al rededor. Justo en el centro del patio se encontraba una pequeña ave de plumaje blanco agarrada en una pequeña rama colocada allí para ese fin. El animal se mantenía erguido, con la mirada hacia el cielo mientras los potentes rayos de sol hacían resaltar aún más su magnífico porte. Cuando el ave noto la presencia de las intrusas, les dedico una fugaz mirada, volviendo rápidamente a su posición inicial, no parecía estar alarmado en absoluto, por lo que Celesia pudo deducir que aquel animal llevaba ya tiempo en cautiverio, estando ya acostumbrado a su presencia.

Janade se dirigió hacia una de las esquinas del patio agarrando una maceta con unos rosales bastante marchitos y la transporto hasta el centro, soltándola a escasos metros del ave.

-Bien Celesia. Primero quiero que intentes el hechizo de curación número veintitrés sobre esta pequeño rosal.

-¿Eso es posible mi señora?- le pregunto Celesia, algo extrañada a su maestra.

-Claro que sí, las plantas también son seres vivos, lo que ocurre es que a diferencia de los animales, no tiene consciencia de sus propia existencia. Pero sin embargo lleva a cabo las mismas funciones básicas propias de un ser vivo, alimentarse y reproducirse- le contesto Janade completamente convencida.

Celesia siguió las órdenes de su maestra, colocándose a escasos metros frente al rosal. Suspiro profundamente en un intento de apaciguar sus nervios y seguidamente empezó a conjurar el hechizo, susurrando la palabras indicadas. Cuando creyó que el hechizo estaba terminado, con un enérgico movimiento de brazos hacia delante, libero toda aquella energía preparada, directamente hacia el marchito rosal. Una energía casi transparente de un color verde claro con un comportamiento parecido al del humo pero más fluido, se dejó ver abandonando las manos de Celesia,

y penetrando directamente en la pequeña planta.

La chica se mantuvo impaciente durante unos instantes, esperando algún tipo de recuperación o mejoría del pequeño rosal. Al igual que ella, su maestra también se mantenía expectante, esperando ver resultados. Aquel hechizo era el más fácil de ese estilo y por tanto el más débil, se trataba de una curación liviana dirigida a heridas superficiales, no mucho peores a lo que sería un hueso roto, además era de tipo sanación en tiempo y no directa como las más difíciles. Si una sacerdotisa experimentada llevara a cabo dicho hechizo, tardaría entre cinco y diez segundos en hacer efecto, pero teniendo en cuenta que la invocadora era una alumna inexperta y además su primera vez, aún no había perdido la esperanza.

Unos instantes después, justo antes de que Celesia preguntara si había efectuado algún paso mal, la pequeña planta empezó a dar indicios de mejoría, sus hojas arrugadas y secas empezaron a tomar un todo verdoso mientras se realizaban lentamente, el tallo se enderezó poco después, y por último, los pétalos marchitos de la rosas se regeneraron mostrando el colorido y la suavidad que debían tener. Por desgracia, la felicidad de Celesia no duró mucho, ya que por alguna razón, el bello rosal se pudrió nuevamente a una velocidad mayor a la que se regenera, y esta vez, murió por completo.

Su maestra se mostró algo decepcionada hacia su querida alumna, dirigiéndole una mirada un tanto apagada y sin vida.

-¿Has dudado?- le pregunto Janade mientras le apartaba un pequeño mechón suelto que revoloteaba libremente por la cara de la chica

Ella se giró a la izquierda, mirándola a los ojos, algo triste por no haberlo conseguido.

-Sinceramente, no sé si dude. Solo sé que tenía miedo de hacerlo mal. Conjure el hechizo bien, no me equivoque en ninguna de las palabras. Es más, funciona, pero sin embargo se deshizo ¿Por qué?

El rostro de Celesia se mostraba impaciente por una respuesta, necesitaba saber porque había ocurrido aquello, ¿tal vez necesitaba más poder?, ¿acaso no estaba aún preparada?, fuera lo que fuera quería saberlo.

-El hechizo lo conjuraste bien, yo misma te lo susurré, además, si lo hubieras pronunciado mal, la sanación no se habría realizado, aunque solo haya sido temporalmente. Creo que tu mayor error fue el miedo, no puedes tener miedo cuando conjuras un hechizo de esta clase, debes liberar tu corazón de males y dudas. Tal vez ese miedo que sentiste tuvo que ver en el fallo al canalizar y convertir tu magia. Estos son las clases de efectos que te comenté sobre hechizos de sanación mal conjurados, si

no se hacen bien pueden tener una "recaída" por llamarlo de algún modo, incluso provocar el efecto contrario y acabar matando a quien se seas salvar.

El corazón de Celesia se estremeció al escuchar estas palabras, ¿cómo era posible que algo creado para salvar vidas también fuera capaz quitarlas?. Un fuerte escalofrió recorrió su espalda mientras su maestra continuo.

- ¿Pero cómo es eso posible?, no tiene sentido, es un hechizo de curación, no tendría que hacer mal alguno- pregunto incrédula a la vez que preocupada.

-La magia no es más que una fuente de energía que materializamos y damos forma. Es como cualquier otro material, lo trabajamos y moldeamos a nuestro antojo. Aunque sus principios son algo más complejos. Es mucho menos peligroso usar hechizos de curación en uno de nuestra especie, tenemos más margen de error al canalizar, pues al poseer ya en nuestro interior esta energía mágica la asimilamos mucho mejor y podemos corregir esos errores. Pero en cualquier otro ser vivo es más complejo. Piensa que estamos introduciendo un elemento extraño en su interior, si no se hace con la mayor precisión posible el propio cuerpo del herido puede rechazar esta magia en forma de sanación, y eso es precisamente lo que te ha ocurrido. La ejecución fue correcta, pero en los últimos momentos de la canalización dudaste a causa del miedo. Ese cambio en tu actitud produjo un cambio en tu magia, y la planta rechazo esta energía marchitándose del todo- explico ante la atenta mirada de su alumna.

-Yo no...- titubeo Celisia.

-Escúchame, has conjurado bien, el hechizo funciona, solamente necesitas más determinación-realizo una pausa mientras dirigía la mirada hacia el alado animal que las había observado con cierto interés hasta ahora- ¿Ves aquel ave de ahí?, se trata de un joven Halcón albino de los bosques de Yuta. Tu amiga Milenay me lo trajo hace unas semanas. Fue durante una de sus expediciones para recolectar hierbas y productos útiles para la creación de tinta. Lo encontró arrastrándose por el suelo. Su ala estaba completamente partida y hemos esperado hasta que cicatrizara para ver si podía recobrar el vuelo, pero me temo que es imposible, su ala esta inservible. Personalmente iba a realizarle un hechizo de curación viendo que por sí solo no ha podido recuperarse del todo, pero ya que me pediste la prueba, decidí reservarlo para ti- después de estas palabras guardo silencio observando como una expresión de completa preocupación e inseguridad emergía sobre el rostro de Celesia.

-Lo siento Janade, no puedo hacer tal cosa, no después de lo que he visto.

La joven empezó a pensar cosas terribles, no quería ni imaginar lo que le ocurriría al pobre Halcón si volvían a torcerse las cosas. Si antes estaba nerviosa, ahora el corazón se le salía del pecho, era imposible que conjurara en esas condiciones. Su maestra lo noto por lo que se dispuso a tranquilizarla.

-Mi querida Celesia, yo sé que puedes conseguirlo. Si no estuviera segura, jamás pondría la vida de un animal en peligro para una simple práctica. La verdadera razón por la que hago esto es porque tengo fe en ti y una vez lo consigas te sentirás mucho más segura de ti misma. Pero así es imposible- le dijo mientras agarraba las manos temblorosas de su alumna- necesitas relajarte, tranquilizarte, liberar tu mente y corazón por completo, solo existes tú y el herido. Tu única opción es salvarlo. Debes olvidar las palabras "error" y "equivocación", no te puedes permitir dudar ni un solo momento. A las grandes sacerdotisas no les pueden temblar el pulso al invocar un hechizo de sanación y tú serás una de ellas por lo que no puedes permitirte. Yo confié en ti, siempre he confiado en ti mi querida Celesia.

Janade miro a la joven a los ojos y de alguna manera, consiguió transmitirle esa tranquilidad que necesitaba. Su corazón se fue relajando lentamente al igual que sus temblores que cesaron por completo. Finalmente comprendió que aquello era una prueba que debía superar y que no podía fracasar. Celesia cerro sus ojos mientras su maestra le soltaba las manos, permitiéndole realizar el hechizo correctamente.

A diferencia de la primera vez, la joven alumna se mostró firme y serena. Sus palabras no titubearon ni un solo instante mientras realizaba la conjuración y nada mas termina de susurrar la última palabra, abrió sus ojos lentamente a la vez que alzaba sus brazos para seguidamente moverlas enérgicamente hacia aquella majestuosa ave. En esta ocasión, la magia se mostró de un color verde menos traslucido y mucho más intenso, el cual poseía una fluidez y velocidad que no tenían nada que ver con el anterior.

Alumna y maestra se mantuvieron expectantes esperando ver un resultado positivo. Todo parecía indicar que el hechizo había sido ejecutado perfectamente, pero aun así, no quedarían tranquilas hasta ver el efecto de la curación sobre el halcón. Janade se mostraba bastante tensa, incluso más que la propia joven y esto le hizo preocuparse pensando que su maestra podía haber apreciado algún fallo en aquel segundo hechizo. Por suerte sus miedos empezaron a desaparecer cuando aquel halcón desplego su alas nuevamente después de mucho tiempo, meciéndolas de adelante hacia atrás de forma consecutiva. El bello animal le dedico una última mirada a Celesia, una mirada que se mostraba diferente a las anteriores, una mirada de gratitud. Seguidamente alzo el

vuelo y se elevó hasta los cielos, abandonando aquel precioso patio.

-¡Lo conseguiste Celesia!, estoy orgullosa de ti- le dijo Janade mientras la abrazaba fuertemente.

No terminaba de creérselo, le parecía demasiado bonito para ser verdad. Aun después de que su maestra siguiera abrazándola, mantenía su vista elevada esperando con todas sus fuerzas, que aquel Halcón no cayera muerto de nuevo bajo su pies, después de haber visto lo que paso con el rosal, no le extrañaría. Dejando pasar unos segundos más viendo que no sucedía aquello que tanto temía, sus nervios desaparecieron y de verdad empezó a sentirse feliz por haberlo conseguido, rodeando con sus brazos a Janade y abrazándola aún más fuerte de lo que ella lo hacía.

-¿De verdad lo conseguí?, ¿no va a morir?- pregunto aun no convencida del todo mientras mantenía su barbilla apoyada en el hombro de su maestra

-De verdad, sabía que podías hacerlo

-Tenía miedo de que ocurriera lo mismo...

-Pero lo tuviste después de lanzar el hechizo, no mientras lo invocabas. Estaba casi segura de que lo habías logrado, el color del este era mucho más vivo que el primero.

-¿Casi?, ¿y si de verdad me llega a salir mal?- pregunto Celesia con un ligero tono de preocupación.

Las dos se separaron lentamente, dando fin a aquel profundo y largo abrazo.

-Si hubiera notado que algo malo iba a ocurrir, habría contrarrestado rápidamente con un hechizo de sanación más potente, para contrarrestar los defectos del tuyo- le aclaro su maestra dedicándole un ligera sonrisa.

-¿Por qué no me lo dijo desde el principio?, habría estado mucho más tranquila- Le reprocho su alumna algo enojada.

-Al contrario, si hubieras sabido que yo podía corregir tus errores, no te habría esforzado tanto como lo hiciste, es verdad que habrías estado más tranquila y relajada, pero no lo habrías por que tus esperanzas hubieran estado apoyadas en mi. Cuando ejerces de sanadora y más aún si es durante una batalla, jamás debes confiar tu trabajo a nadie salvo a ti misma, ya que puedes verte en ciertas circunstancias en las que solo tú puedas solucionar el problema. Con esto no te quiero decir que no confíes en tus camaradas, pero sí que has de ser capaz de valerte por ti misma.

En situaciones extremas puede ser la diferencia entre la vida y la muerte.

Celesia seguía algo disgustada por aquel encubrimiento por parte de su maestra, pero a la vez comprendía que tenía toda la razón. Era una prueba que debía superar y ahora que por fin lo había conseguido se empezó a sentir mucho mejor. Borro aquellas perturbadoras imágenes de su cabeza que sus miedos y temores le habían mostrado escasos minutos atrás y las remplazo por la increíble y penetrante mirada que aquel Halcón le había dedicado instantes antes de partir.

-Muchas gracias por todo mi querida señora Janade, hoy me ha enseñado mucho, se lo agradezco- le dijo Celesia dedicandole una reverencia.

-No, gracias a ti, por regalarme estos maravilloso momentos junto a mi mejor alumna y aun mejor amiga- le contestó mientras posaba su mano derecha en la mejilla de la joven.

La noche hacia acto de presencia sobre la gran ciudad. Desde la más alta torre, en el campanario, se podía apreciar el hermoso cielo estrellado, completamente despejado, mucho más brillante que de costumbre. Janade lo contemplaba expectante mientras sus compañeras terminaban de hacer los preparativos para la conjuración. Como era de costumbre, cada último día de luna llena, realizaban un hechizo de protección sobre el palacio real como medida de seguridad ante posibles ataques. Se trataba de un potente hechizo que invocaba una enorme barrera, la cual recubría el palacio por completo. Este escudo era impenetrable ya que precisaba del poder de las cuatro maestras sacerdotisas. Aun así, si un ser fuera tan poderoso como para conseguir atravesarla, como contramedida la barrera produciría una fuerte señal de alarma alertando de esta forma a los guardas y centinelas de palacio.

-Janade, todos los preparativos están listos, te esperamos- dijo una de las sacerdotisas.

Janade no contesto y se limitó a asentir con la cabeza, seguidamente se dirigió al centro del campanario para completar el círculo con sus compañeras. El hechizo tenía una duración limitada que coincidía con cada luna llena. En este punto, la barrera era débil y debían reconstruirla antes de que desapareciera por completo. En el caso de no conseguirlo, solo Eurala podía restablecer la barrera desde cero.

Todo parecía ir según lo previsto, el proceso era lento, a veces podía durar horas. Se trataba de una transferencia continua de energía, lo suficientemente lenta como para no desfallecer en el intento. No cabía duda que todo aquello era un trabajo agotador, pero por desgracia solo ellas podían llevarlo a cabo.

Sin previo aviso algo terrible sucedió, Janade y las demás sacerdotisas salieron del trance. El hechizo se había interrumpido, y esto solo podía deberse a que una de las integrantes hubiera abandonado su puesto en el círculo. Pero no fue eso, se trataba de algo mucho peor, Maire, una de las sacerdotisa se encontraba en el suelo, sobre un enorme charco de sangre el cual no paraba de crecer y justo detrás de ella, un horrible ser se dejaba ver entre las sombras. Las demás integrantes se colocaron en guardia junto a Janade dispuestas a destruir aquella abominación. Estaba claro que todas sentían en aquellos momentos una gran ira y sed de venganza, pero a la vez temor, ya que fuera lo que fuera aquella cosa, había conseguido atravesar el escudo y mas sorprendentemente, anular su alarma. Lo único claro en aquellos momentos era su increíble poder. El misterioso asesino no concedió más tiempo a las experimentadas sacerdotisas y se lanzó hacia ellas sin ningún miramiento, dispuesto a acabar con sus vidas.

A la mañana siguiente, Celesia se despertó con los primeros rayos de sol que atravesaban el enorme ventanal de su cuarto. La muchacha se despertó con cierto desinterés, deseando dormir un poco más. Aun así, sabía que no podía ser, debía levantarse, las clases comenzarían pronto y no estaba dispuesta a llegar tarde pues lo último que deseaba era decepcionar a su maestra. Se despejó completamente y de un salto abandono su comfortable cama dedicándole una última mirada antes de abandonar su cuarto.

Bajo por las escaleras encontrando a sus padres ya despiertos. Su madre se encontraba preparando el desayuno, unas deliciosas tortitas de huevo, harina y hierbas variadas, acompañadas con un nutritivo zumo de kuoka recién exprimida. Su padre se estaba terminando de vestir y parecía tener bastante prisa.

-Cariño, ¿hoy no desayunas?- pregunto Haine a su esposo

-No, lo siento querida. Unos minutos antes de despertarnos, una paloma mensajera entro por la ventana de nuestro cuarto. Reclaman mi presencia urgentemente en el palacio, parece que ha habido un asesinato, precisan de mis conocimientos para arrojar un poco de luz al asunto en cuestión.

-¿Un asesinato?!, qué horror ¿Quién ha podido hacer algo así?, hacía décadas que no se producía uno en plena ciudad.

Celesia también tenía curiosidad sobre el tema, pero no se atrevió a preguntar. Seguidamente se despidió de ambas y se dirigió a palacio. Reun, el padre de Celesia, se dedicaba a reparar y crear calzado a medida para los habitantes de la ciudad. Pero hace tiempo, cuando las masacres y asesinatos por parte de Orcos y Zerg eran más continuos debido a la seguridad más limitada de la que disponían y a la enorme población de Zerg que se asentaron en los bosques de Yuta décadas atrás, Reun,

gracias a sus conocimientos de anatomía y de la naturaleza de las bestias autóctonas era considerado un respetado investigador y forense, descubriendo rápidamente las causas de muerte y el responsable de cualquier asesinato.

Como de costumbre, Celesia le dedico una reverencia a su madre, agradeciéndole aquel rico desayuno y recogiendo sus libros se dirigió hacia la catedral para asistir a clases. Cuando llego hasta la catedral se llevó una gran sorpresa, todos los alumnos de las cuatro clases de magia ofensiva y curativa se encontraban fuera de sus aulas, congregándose todos en el patio exterior contiguo al gran parque. La joven estaba a punto de preguntar a alguno de sus compañeros que es lo que ocurría, cuando una mano la agarro y la alejo unos metros de la multitud.

-¡Te he estado buscando! ¿Dónde estabas?- pregunto la joven Asuna

Se trataba de Milenay, la cual la miraba con gran alteración.

-Acabo de llegar, hoy me retrase un poco, ¿se puede saber qué demonios ocurre?, todo esto me está asustando- Le contesto Celesia dejando aflorar sus nervios

-¿Aun no sabes nada?

La joven quedo mirándola expectante, esperando respuestas por parte de su amiga y dando claros indicios de que aún no estaba al corriente. Milenay respiro profundamente he intento continuar.

-Veras Celesia... no sé cómo decirte esto- bajo su mirada unos instantes mientras agarraba las manos de su amiga- ha ocurrido algo horrible... alguien o algo ha matado a unas sacerdotisas en lo alto de la torre del campanario.

A Celesia se le dilataron las pupilas, no podía creer lo que le estaba contando, no podía ser cierto. Todo aquello solo debía ser una pesadilla, tenía que serlo.

-¡¿Y quienes han sido asesinadas?!- pregunto horrorizada

-No lo sé, aun no me informaron de nada, eso es todo cuanto se por ahora, todos los asesinados son maestras, no se el número exacto- Le contesto agachando la cabeza sintiéndose fatal por estar dándole aquella noticia tan horrorosa.

Celesia quedo paralizada, casi petrificada, su mirada se perdió en el infinito con una expresión muda. Milenay empezó a asustarse, la zarandeo

un poco haciendo que volviera en sí.

-¿Te encuentras bien?, me estas asustando

-¿Has visto a Janade?- le pregunto Celesia ignorando completamente la pregunta de su amiga, la cual mantuvo unos instantes de silencio antes de contestar.

-No...

Aquel "No", hizo que todos sus temores se hicieran realidad, no podía imaginar que aquello fuera real, necesitaba verlo con sus propios ojos. Completamente horrorizada salió corriendo hacia palacio, Milenay intento meterla, pero fue imposible, jamás la vio correr tan deprisa, estaba fuera de sí.

Los guardias intentaron detenerla cuando la vieron entrar a toda prisa por las puertas de palacio, pero todo fue inútil, en esos momentos no era capaz de razonar, solo quería saber que había pasado, mientras imploraba que su maestra Janade no formara parte de aquella masacre. Atravesó un largo pasillo que comunicaba directamente con la torre del campanario. Por desgracia dos centinelas le cortaban el paso posicionando sus lanzas en cruz impidiendo el acceso por el arco que llevaba a las escalinatas. Esto poco le importo a Celesia, no estaba dispuesta a detenerse ante nada ni nadie, por lo que conjuro rápidamente un hechizo de tipo barrera cuando se encontraba a escasos metros del arco, haciendo que los dos jóvenes centinelas salieran disparados contra las paredes del pasillo. El corazón se le aceleraba cada vez más, en cierto modo era consciente de lo que estaba haciendo a pesar de toda aquella adrenalina que nublaba su razonamiento, y por supuesto sabía que estaba mal. Estaba infringiendo la autoridad, pero no podía evitarlo, solo quería acabar con aquella angustia que la carcomía por dentro. Sus pasos se precipitaron aún más mientras avanzaba por la infinita escalinata de escarola hasta lo más alto del torreón con el alma en vilo.

Finalmente ascendió hasta lo más alto, encontrándose con un gran cumulo de gente que sin duda formaban parte de la corte real. Todos los presentes se hallaban murmurando mientras intentaban sacar sus propias teorías. Celesia se olvidó por completo de guardar sus modales, abriéndose paso entre la multitud a base de empujones, consiguiendo por fin la respuesta que tanto temía. Allí, justo en frente de ella, cuatro poderosas sacerdotisas yacían sobre el suelo ensangrentado. Entre ellas pudo distinguir un rostro más que conocido. Sus ojos se mantenían aun abiertos, completamente dilatados mientras que su cara mostraba una fuerte expresión de horror. Sin duda su muerte había sido una completa salvajada. Al igual que las otras tres fallecidas mostraba grandes heridas y quemaduras por todo su cuerpo y sus ropajes habían sido casi

completamente calcinados.

Celesia no pudo contener sus lágrimas y entre fuertes llantos avanzo hasta el cuerpo sin vida de su querida maestra, abrazándola fuertemente. Ella no se percató, pero su padre se encontraba justo en frente, analizando el cuerpo de la sacerdotisa. Aun así, no la detuvo y se apartó dejando que su joven hija se desahogara. Era consciente de cuanto la quería y no estaba dispuesto a interponerse. Los demás presentes tampoco hicieron nada, simplemente se limitaron a observar aquella dramática escena intentando compartir aquel sentimiento que Celesia estaba transmitiendo con aquella acción. La chica seguía abrazándola mientras sus lágrimas no paraban de resbalar por sus mejillas. Su hermosa túnica de seda azulada empezó a impregnarse de la roja sangre que aun permanecía húmeda sobre el suelo. Finalmente, Eurala, que se encontraba entre los presentes, decidió acercarse hasta la joven, y posando la mano sobre su hombro intento tranquilizarla.

-Lo siento mucho mi querida Celesia, se lo que tienes que estar sufriendo en estos momentos, Janade también era una buena amiga mía y te juro aquí y ahora ante toda esta gente, que su muerte no quedara impune- dijo mientras se arrodillaba junto a la joven que intentaba cesar su amargo llanto.

En aquel preciso instante, los dos centinelas que anteriormente derribo con un hechizo a la entrada de la escalinata habían recobrado la consciencia y acababan de llegar hasta lo alto de la torre. Rápidamente se abrieron paso entre aquellas personas dispuestos a apresar a la joven, pero Eurala no estaba dispuesta a permitirlo.

-¡Alto!, no sé qué habrá echo esta muchacha para burlar vuestra seguridad y llegar hasta aquí, pero tampoco me importa. La exculpo de sus cargos. Se trata de una buena amiga de una de las fallecidas, tiene el mismo derecho de estar aquí como cualquiera de los presentes- concluyo.

Los guardias no expusieron ni una queja antes la decisión de su superiora y dedicando una respetuosa reverencia, bajaron la escalinata volviendo a sus puestos .

Celesia la miro dedicándole un claro gesto de agradecimiento por aquel detalle tan noble por parte de la suma sacerdotisa. Eurala se acercó de nuevo hasta la joven levantándola lentamente mientras sujetaba sus manos temblorosas las cuales acababan de colocar de nuevo el cuerpo sin vida de su maestra en aquel ensangrentado suelo.

-Te prometo que encontraremos al culpable- volvió a insistir Eurala- Pero ahora tenemos que investigar quien pudo cometer semejante atrocidad, tu padre se encuentra entre nosotros para conseguir tal fin, es el mejor en su trabajo, seguro que encontraremos alguna pista. Pero necesitamos

espacio para trabajar ¿lo entiendes verdad?

Eurala mantuvo silencio mientras observaba como la joven Asuna asentía levemente con su cabeza y se secaba las últimas lágrimas que sus ojos dejaron escapar.

-Me alegro que lo entiendas- le contesto dedicándole una ligera mueca de simpatía- No hace falta que te vallas, puedes quedarse si quieres- le aclaro.

Celesia le dedico una respetuosa reverencia y se dirigió hasta el corrillo de gente que observaban aquel crimen intrigados y que al igual que ella, esperaban una respuesta.

-Bueno ¿qué opinas Reun?, ¿crees que los Zergkens tuvieron algo que ver en esta masacre?. Con las migraciones que han tenido hasta ahora sería una enorme posibilidad a considerar, ¿no cree?- pregunto Eurala bastante convencida de su hipótesis.

-Lo dudo mucho mi señora. Está claro que el ataque ha sido salvaje y cruel, pero a la vez presenta cierta sutileza. Un Zergken carece de sutileza. Además, no olvidemos que esas criaturas no pueden evitar dejar un asqueroso olor por donde pasan. No hay siquiera restos de la característica sustancia verde que segregan sus mandíbulas. Y la última prueba que corrobora que no son los culpables es la de que si hubieran sido ellos, esto sería una carnicería con cientos de tajos de carne esparcidos por la sala. Sin embargo, como puede observar los cuerpos se encuentran de una sola pieza. Además, para matar a cuatros experimentadas sacerdotisas, tendría que haber atacado un enjambre completo de Zergkens a la vez y aun así lo vería imposible, ya que no hay forma de que vulneren la barrera sin saltar la alarma.

-¿Podrían ser Orcos entonces?, no son muy listos, pero saben cazar y atacar en grupo, tal vez encontraron alguna manera de atravesar la barrera en su momento más débil antes de la re conjuración. Aunque me sigue pareciendo algo imposible- volvió a preguntar Eurala agotando sus opciones.

- Le doy la razón mi señora, como bien dice sería imposible. Un Orco no tiene la habilidad de escalar por una pared vertical y mucho menos poseer los recursos necesarios. Todos los indicios muestran que el atacante tuvo que entrar desde el exterior, por unos de los ventanales del torreón. Ya que de no ser así, los guardias de palacio los hubieran detectado. Por ultimo me gustaría añadir, que en el hipotético caso de que los causantes de esta atrocidad hubiera sido por parte de los Orcos sería demasiado raro, pues por norma general estos seres solo matan para comer, por lo que los cuerpos no estarían aquí ahora mismo. Definitivamente ni Orcos ni Zergkens tuvieron que ver en este asunto. ¿Ve esas marcas?- Le pregunto

Reun a la suma sacerdotisa mientras señalaba las quemaduras sobre la piel y vestimentas de uno de los cadáveres- esas marcas son claramente producidas por quemaduras, pero por su color y la reacción que han producido sobre la carne dudo mucho que sean obra de fuego tradicional. Apostaría mi vida a que su origen es mágico.

-¿Quieres decir que el responsable es un humano?, es la única raza a parte de nosotros capaz de desarrollar magia, y apenas una veintena de ellos son capaces de conseguirlo. Y no solo eso, si no a un nivel irrisorio comparado al nuestro. Solo el mago Nazgar posee una magia con un nivel tan alto como para rivalizar con los Asunas. Pero se trata de un leal amigo y además forma parte de la sala de los nueve, le conozco y jamás haría algo así. Aun si desconociéramos de la existencia de magos humanos tan poderosos ¿por qué harían tal cosa?. Nuestras relaciones no son del todo positivas debido a la avaricia, codicia y desconfianza de sus líderes y reyes, pero poseemos un tratado de paz formando una Alianza con ellos desde hace más de un siglo. ¿Podría tratarse de una traición por parte de un grupo minoritario?, ¿tal vez una rebelión?.

- Sinceramente mi señora, tampoco creo que esto sea obra de humanos. Como bien habéis dicho apenas existen magos en su civilización. Estas cuatro sacerdotisas podían haber acabado con un buen número de magos humanos. Pienso que nos enfrentamos a otra cosa. Algo nuevo. Tal vez no hayamos tenido aun consciencia de su existencia, pero sea lo que sea, no cabe duda de que es muy poderoso- contesto Reun mientras levantaba su vista observando el bello amanecer a través de los arcos.

-¿Por qué habla ahora en singular?- pregunto Eurala algo confusa.

-Por que empiezo a pensar que esto ha sido obra de un solo enemigo.

Estas últimas palabras consiguieron que todos los presentes se mostraran un tanto nerviosos y los susurros elevaron su volumen. Era demasiado difícil de creer ¿de verdad un solo individuo había sido capaz de segar la vida de cuatro poderosas sacerdotisas?. Celesia solo escuchaba las palabras de su padre, no le interesaba para nada lo que todo aquella gente que la rodeaba dijera. Ellos solo opinaban y sacaban teorías a cada cual más descabellada y sin sentido, dejándose llevar por el pánico y el terror de que existiera un ser tan poderoso. Pero a diferencia de ellos, en los pensamientos de Celesia no había cavidad para ese temor. Solo había sitio para la venganza. No le importaba en absoluto que aquella cosa fuera más fuerte y más terrorífica de lo que pudiera imaginar. Estaba dispuesta a lanzarse sobre ella y luchar hasta su último aliento. No iba a olvidar y mucho menos perdonar aquel crimen. Mientras tanto su padre continuó explicando el porqué de su conclusión.

-Como puede observar, esta mujer fue la primera en morir- dijo señalando a la que se encontraba más cerca de los arcos- Es la única que

no presenta quemaduras, solo un corte limpio en el cuello, seguramente con un arma de filo. Murió desangrada. Eso quiere decir que la pelea no fue contra cuatro, ya que esta cayó antes de empezar la masacre. Seguramente la pilló desprevenida y como era la más cercana al arco, fue a la primera que mato. Al percatarse de ello, las otras tres se pusieron en guardia, ya que como puedo observar, sobre el polvo del suelo se marcan seis visibles huellas que se encuentran orientadas en una clara posición defensiva- El hombre hizo una pausa mientras seguía analizando el suelo- A partir de este punto las señales son confusas, hubo muchos movimientos que se superponen sobre otras huellas, solo puedo asegurar que la pelea fue intensa. Ahora si volvemos hasta la primera víctima, podemos apreciar que sobre el charco de sangre aun fresco se distingue una tonalidad más oscura. Esto es debido a la suciedad del calzado perteneciente al asesino, si seguimos estos patrones de suciedad en la sangre podemos observar como atravesó el charco, y sin ninguna duda, solo se muestran dos pisadas, lo cual nos hace llegar a la conclusión de que se trata de un solo enemigo- realizo una pausa y recogió una pequeña muestra de la sangre pisada.

- Parece... ¿quemada?- susurro para el mismo.

- ¿Qué ocurre?- pregunto Eurala agachándose junto a el

- No sé, es muy extraño. Parece que las huellas no son de calzado, y el color oscuro no es por la suciedad, es por la sangre que ha sido quemada por sus pies. Pero esto no tiene mucho sentido. No hay ningún ser conocido con unas características similares. ¿Se tratará de algún truco para despistarnos?.

-No importa, obviemos este detalle, por ahora de su veredicto con lo que tenemos- le dijo Eurala percatando de que los presentes comenzaban a impacientarse.

Reun, se incorpora dándole la razón. Tras limpiar su dedo con un trapo que llevaba en el bolsillo de su chaqueta continuó.

- El que o quien es, es todo un misterio aun, pero como información clara podemos decir que, guiándonos por el tamaño de sus pisadas, medirá algo más de dos metros, domina la magia con soltura y un se trata de un ser extremadamente poderoso.

Todos los presentes quedaron atónitos ante la gran capacidad de investigación de aquel hombre. Hacía años que ningún ciudadano de la realeza lo veía en acción, estando ya acostumbrados a verlo como un simpático dependiente de calzado. Celesia no necesitaba escuchar ni una palabra más, y abandonó rápidamente aquel lugar sin despedirse si quiera de Eurala o su padre. Su ausencia paso desapercibida por completo, ya

que todos los presentes seguían inmerso en el misterioso asesinato.

-Muchas gracias por su colaboración Reun, so sé que hubiéramos echo sin usted- dijo Eurala dedicándole una reverencia.

-No tiene por qué dárme las mi señora Eurala, por lo menos todavía. Aun no fui capaz de descubrir al asesino. Puedo que en estas tierras haya seres más increíbles de los que creemos. Si no les importa antes del debido ritual que se merecen estas buenas sacerdotisas, me gustaría poder analizarlas a fondo en busca de nuevas pistas que pudieran dar respuestas a este trágico asunto.

-Como guste. Los cuerpos serán llevados a la sala común de la catedral. Los mantendremos allí bajo un hechizo de barrera, para impedir que sean manipulados sin permiso. Solo usted y unos cuantos investigadores más tendrán permitido el paso. Tiene hasta las ocho de la tarde para examinar cuanto sea oportuno. A partir de esa hora, por orden de los Reyes, los cuerpos serán llevados a palacio dando comienzo a sus respectivos rituales.

Ambos se dedicaron una reverencia y se dispusieron a abandonar el campanario que ya se encontraba medio vacío, pues los guardias empezaban a transportar los cuerpos con sumo cuidado hasta palacio. Reun se apresuró en divisar a su hija entre los ciudadanos restantes, pero un pequeño escalofrió le recorrió la espalda al ver que no se encontraba allí.

-Disculpe mi señora, he de marchar ya. Nos veremos en palacio- le dijo a la sacerdotisa con cierta inquietud.

-Por supuesto.

Seguidamente descendió por las escalinatas a paso ligero, avanzando rápidamente con un mal presentimiento que no le gustaba en absoluto.

Celesia se encontraba en su cuarto, llenando rápidamente una de sus bolsas de cuero. La lleno con varias prendas de ropa, algunos libros de clase con importantes anotaciones y con los ahorros que disponía. Seguidamente abandono su cuarto, bajando por las escaleras precipitadamente.

-Celesia ¿A dónde vas?, ¿sabes algo ya sobre el asesinato?- su madre la miro bastante preocupada, el rostro de su hija se encontraba mucho más serio que de costumbre.

-Lo siento madre, he de partir, no puedo quedarme aquí. Muchas gracias por todo, siempre me has cuidado y me has protegido. Nunca lo olvidare- Celesia le dedico una pequeña sonrisa a su madre mientras una amarga

lagrima resbalaba por sus mejillas.

Salió por la puerta y empezó a correr rápidamente. Su madre la siguió con cierta incredulidad y completamente desconcertada, no sabía a qué venía todo aquello. Grito y grito, pero la joven no detuvo el paso hasta dejarla atrás.

-Haine ¿has visto a Celesia?- pregunto Reun sin poder contener el aliento. Exhausto al haber venido desde palacio corriendo.

Su esposa lo miro con lagrima en lo ojos.

-Acaba de desaparecer por allí, no ha querido decirme nada ¿se puede saber que está pasando?- pregunto la mujer sin poder detener su llanto.

-¡Maldita sea! He de alcanzarla. Quiere salir en busca del asesino.

-¿Asesino? ¿El mismo de esta mañana?

-No sufras, luego te lo explicare todo, por ahora avisa a la guardia, diles que nuestra hija, una joven estudiante intenta hacer una locura. Que corten todas las salidas- le ordeno Reun a su mujer.

Esta aunque confusa, le hizo un gesto de aceptación. Ya habría tiempo luego para las explicaciones.

Celesia por fin divisaba el enorme portón de la gran muralla, pero todas sus esperanzas desaparecieron al ver como se cerraba lentamente desde la lejanía. Acelero aún más la marcha, tanto que termino tropezando y golpeándose bruscamente contra el suelo. Intento levantarse y seguir avanzando, pero ya era demasiado tarde, las puertas se cerraron produciendo un fuerte estruendo. Celesia miro hacia las altas torres esparcidas por la ciudad, descubriendo los innumerables centinelas que vigilaban la zona y comprendió rápidamente que alguien debió dar la alarma.

-¡Celesia!, ¿de verdad pensabas irte así?

La joven se giró reconociendo la voz de su padre. Sus ojos nuevamente se llenaron de lágrimas, seguramente debido a la frustración de su errado intento de fugarse. Corrió hacia él, posando la cabeza sobre su pecho mientras lo golpeaba enrabiada, pero sin hacerle daño.

-¡Por qué no me has dejado!, ¡Estaba decidida! ¡Yo...!

Su padre la abrazo fuertemente evitando que su querida hija siguiera relatando. Poco después su madre los diviso corriendo rápidamente hacia

ellos con lágrimas en los ojos, pero contenta de que Celesia siguiera aquí.

-¿Crees que no sé qué lo deseas?- continuo su padre mirándola a los ojos- sé que era alguien muy importante para ti, pero no puedes irte así, llena de rabia, de ira. ¿A dónde pensabas ir?, el bosque es muy peligroso para adentrarse solo en él, y lo sabes. Pero lo más importantes es, que aun queriéndola tanto como la querías, ¿ibas a partir sin despedirte de ella?. Le dedicaran un ritual, un último adiós en el palacio, hoy a las seis de la tarde. Deberías asistir hija mía.

Celesia lo miro recelosa, no le cabía duda de que él había dado la voz de alarma. Si de verdad había alguien que entendía su forma de pensar, ese era su padre. Pero a la vez se sintió un tanto aliviada ya que ni ella misma tenía idea de lo que pensaba hacer fuera de las murallas, ni por dónde empezar. Y algo aún más importante, jamás se perdonaría no asistir a la despedida de su querida maestra Janade.

Por fin la alcanzo su madre, abrazándola fuertemente. Su hija le devolvió aquel fuerte abrazo y le pidió perdón por el comportamiento tan egoísta que tuvo con ella. Sin embargo dejo claro que estaba dispuesta a salir en busca de aquel asesino y que lo mataría ella misma. Sus padres sabían perfectamente que nadie le quitaría esa idea de la cabeza, se trataba de una cuestión personal.

-Está bien hija mía, no te lo impediremos, si quieres ir adelante, pero por favor, no lo hagas sola. Eurala me informo de que enviaría un escuadrón de centinelas de unos veinte individuos a explorar la zona en busca de pistas que nos conduzca hasta ese ser. Los mandara a partir durante la próxima semana si los Reyes le conceden el permiso. Cosa que harán, ya que Janade era un miembro más que respetable para ellos. Intentare hablar con Eurala para que te deje partir con ellos, ¿te parece bien?- le dijo su padre intentando llamar a gritos al poco razonamiento del que disponía su hija en aquellas condiciones.

Su madre aunque no dijo nada, le dedico un gesto a su marido, dando a entender que estaba de acuerdo con él. No era la alternativa que buscaba, pero era mucho mejor a la que Celesia se había acogido en aquellos momentos. Finalmente la chica asintió con la cabeza dando la razón a su padre.

-De acuerdo entonces. Volvamos a casa- le dijo Reun mientras le extendía la mano, la cual fue atendida rápidamente por la de su hija.

Todo había pasado demasiado rápido, ninguno de los tres eran capaces de asimilarlo por completo. Pero aun así, todo había terminado bien dentro de lo posible, regresando juntos a su hogar y preparándose para aquella ultima y triste despedida que se llevaría a cabo poco más tarde.

Capítulo 5

CAPITULO 5:

COMIENZA LA AVENTURA

Con el primer rayo de sol las calles principales de la enorme ciudad de Árdorum empezaban a llenarse de extravagantes adorno con motivo de la festividad que acontecería aquella tarde en la plaza mercantil. Por fin "La fiesta del bufón" había dado comienzo. Era primera hora de la mañana, pero ya los mercaderes empezaban a montar sus puestos que por supuesto habían sido preparados con el toque temático de aquellas fiestas. Al igual que los mercaderes, los hombres del Rey se hallaban montando los escenarios y llevando a cabo los preparativos para los juegos que tendrían lugar entrada la tarde, poco después del almuerzo.

Akirazor aún no se encontraba en la ciudad, pues aunque sabía que aquel día tendría un asunto pendiente con un noble a las órdenes del Rey llamado "William Eichwiz", debía de completar sus tareas matutinas como campesino que era. Por supuesto no solo como obligación, sino también con la buena intención de ayudar a su padre en todo lo que pudiera.

-¿Estas nervioso hijo mío?- pregunto Arazor mientras removía la tierra con la azada.

-Para nada padre, estoy preparado- le contesto Akirazor decidido.

-Por supuesto que lo estás.

Seguidamente se produjo un largo silencio mientras el muchacho cargaba el último saco de patatas en el contenedor, apilándolo con los demás.

-Es increíble, aún están con los preparativos y aun así, el bullicio de la ciudad se oye desde aquí- dijo Akirazor mientras observaba las enormes murallas de la ciudadela a lo lejos.

-Lo sé, pero es normal, se trata de uno de los festejos más importantes del año. Todos están eufóricos- su padre hizo una pausa mientras levantaba su vista hacia el brillante sol- Bueno, diría que son ya las dos. Podemos dejarlo por hoy. Mañana transportaremos los sacos al granero, no te preocupes. Tenemos que preparar un almuerzo de reyes para esta ocasión.

-Muchas gracias padre, pero de verdad, no hace falta, últimamente los almuerzos son mucho más generosos y succulentos que de costumbre. Sé que te estas gastando los pocos ahorros que tenías guardados y no es algo que me agrade demasiado- le contesto Akirazor con una expresión de

culpabilidad.

-Tonterías. Tengo mis razones para hacerlo. Nadie puede ganar una pelea con el estómago vacío. Debes de estar bien alimentado para pegarle una paliza a ese noble y así dejen de tenérselo tan creído. Además, no se me ocurre nada mejor en que gastarme unas míseras monedas de bronce- dijo su padre dedicándole una ligera sonrisa.

-Gracias, de verdad. Eres el mejor padre que podía tener- le contesto su hijo mientras posaba el brazo sobre sus hombros- Venga, volvamos a casa.

Después de almorzar, Akirazor se dirigió hacia el portón de la ciudadela donde había quedado con Artél. El joven sabía que estaba preparado, no dudaba ni por un momento de sus habilidades, pero aun así no podía evitar estar nervioso. Según le conto Artél, aquel juego era el más famoso. Los ciudadanos y aldeanos se congregaban alrededor del campo de batalla con intención de disfrutar el espectáculo o de la humillación del vencido, según se mire. Incluso el Rey Erar estaría presente en aquellos juegos desde un alto montículo rodeado de guardias preparado exclusivamente para él, garantizando de este modo su seguridad. Al fin alcanzo el enorme portón y tal como acordaron, allí se encontraba su amigo esperándolo.

-¿Qué tal? ¿Preparado para el gran día?- le pregunto Artél mientras le daba unas palmaditas en la espalda.

-Por supuesto, ¿acaso lo duda?- le contesto Akirazor en tono bromista frunciendo el ceño

-Para nada amigo- dijo entre carcajadas-Pro cierto, ¿tu padre no va a venir a verte?

-Vendrá, pero luego más tarde. Aún tiene que terminar de recoger algunas cosas en la casa.

-Entiendo. Bueno, aún quedan más de dos horas para tu gran momento, ¿Qué te parece si damos una vuelta y disfrutamos del ambiente?

-Claro, adelante- contesto Akirazor decidido.

Caminaron por la calle principal hasta llegar a la plaza mercantil, la cual no parecía la misma. Todo se mostraba completamente cambiado. Los tristes puestos mercantiles se hallaban ahora decorados con largas tiras de colores variopintos. Por las calles que formaban las filas de mercados, se podían encontrar una gran cantidad de bufones exhibiendo sus payasadas y consiguiendo de esta forma robarles enérgicas carcajadas a su público. También se podían observar barrios juglares, los cuales

deambulaban por las calles ganando la atención de los presente mientras difundían sus heroicas historias de caballeros andantes a voz tendida. Algunos de los puestos habían cambiado completamente su repertorio de ventas, mostrando productos más acordes con aquella festividad. Incluso se podían distinguir algunos que habían cambiado su puesto comercial por uno de juegos, mostrando una gran variedad de estos.

-¡Acérquense! ¡Acérquense!, ¡Pueden ganar un gran premio!, solo tienen que hacer diana con estás pequeñas bolas de plomo ¡Es muy fácil!- Gritaba un señor con barba desde uno de los puestos.

-¡Vamos! ¡Demuestren su habilidad!, ¿Puede clavar la puntilla de un solo golpe en este tablón?, ¡Anímense a probar y ganen esta magnífica cesta de embutidos variados!, ¡Usted señor! ¿Quiere probar suerte?- decía otro a escasos metros del primero.

Akirazor jamás había asistido a aquellas fiestas, ya que no le gustaba ver como la gente celebraba la festividad de aquella manera, despilfarrando su oro mientras a fuera de las murallas había personas muriéndose de hambre. Pero en aquella ocasión no tenía opción, por lo que intento dejar sus prejuicios atrás y centrarse en su objetivo. Aun así, no podía negar que aquella estampa le había impresionado. Todo aquel colorido, la felicidad que expresaban las gentes que allí se congregaban, era algo nuevo para él. Pero sin duda, lo que más consiguió llamar su atención, fue un grupo de personas montadas sobre un pequeño escenario, que realizaban acciones increíbles. Pudo apreciar como una de aquellas personas se metía en una enorme caja y cuando su compañero volvía abrirla ya no estaba. Otro de ellos tomo un extraño líquido y cuando abrió su boca una enorme llamarada inundo el escenario.

-¡Increíble!, ¿cómo lo hacen?, ¿son magos?- pregunto Akirazor asombrado ante tal espectáculo.

Artél dejó escapar una fuerte carcajada

-No amigo mío. Son solo trucos, aunque debo decir que muy bien preparados. El hombre de la llamarada ha tomado un buen trago de Ron, del más barato debo añadir. Pero a la vez con una buena cantidad de alcohol que es altamente inflamable y solo precisa de una insignificante chispa para prender. El otro que desapareció en la caja, posiblemente tuviera alguna trampilla debajo de la misma, ya que el escenario tiene una considerable altura.

-Veo que entiendes del tema- le contesto su amigo algo asombrado por sus deducciones.

-Bueno, digamos que siempre me intereso ese mundillo. Solo hay que analizar los trucos bien y fijarte donde menos te fijarías. Estos magos

siempre captan tu atención hacia el lugar donde no se va a producir el truco, de esta forma consiguen despistarte y prepararlo frente a tus narices. Es simple cuestión de habilidad. Te sorprendería saber lo fácil que es engañar a tu propia mente.- concluyo dedicando un gesto alegre.

-¿Entonces no crees en la verdadera magia?- le pregunto Akirazor con cierta curiosidad

-Claro que creo, ¿ya no te acuerdas de la experiencia que tuvimos con aquella Asuna y el enorme felino?. Está claro que creo en ella, pero todos esos de ahí arriba son unos farsantes. Eso sí, he oído hablar de un poderoso y verdadero mago humano. Su nombre ha sido mencionado por los nobles varias veces en los días de mercado mientras hacía compañía a mi padre. Y solo hablan proezas de él. Creo recordar que lo llamaban Nozgal o Nazgar, si creo que Nazgar el mago. Si vas a partir en busca de venganza y aventuras podría hacerle una visita y conocerlo- le dijo con tono bromista- Dicen que vive en una torre, dentro de un gran bosque. Por lo que se ve no le gusta el ajetreo de las ciudades.

-¡Atención! ¡Atención!, ¡Los juegos con arcos darán comienzo dentro de diez minutos!, ¡Vayan haciendo cola los participantes!- Anunciaba un hombre bajito y regordete subido sobre un pequeño montículo de tablonas a lo lejos.

-Los siento amigo, tengo que dejarte ya. Me apunte al tiro con arco. Por intentarlo no pierdo nada, y si gano me llevare una buena cesta de alimentos. No sufras, estaré presente cuando comience tu duelo- Le dijo Artél dedicándole un gesto amable.

-No te preocupes, sé que estarás allí. Y seguro que ganaras, no he visto a nadie mejor que tú con el arco. Te deseo suerte.

Después de estas palabras Artél asintió ligeramente en forma de agradecimiento y desapareció entre la multitud a paso ligero. Por el contrario, Akirazor se dirigió hacia el pequeño campo de batalla que habían preparado para el espectáculo. Apenas quedaba media hora para que diera comienzo, por lo que decidió inscribirse para competir. Le informaron de que sería el quinto contrincante y que no permaneciera lejos del lugar, ya que cuando lo llamaran debería presentarse en el campo de batalla rápidamente o sería descalificado. En esta ocasión si decidió dar su verdadero nombre, pues tendría más peligro dar el falso teniendo en cuenta que solo los plebeyos y campesinos podían optar a dicho juego. Akirazor le extrañó demasiado ser solo el quinto, estaba convencido que se presentaría más gente en aquel evento, ya que según le dijo Marcus, un premio de cinco monedas de oro era un buen incentivo para cualquier persona. Sin embargo todo parecía indicar, que después de los años, la mayoría de los valientes que lo intentaban se habían dado por vencido y preferían no arriesgarse evitando así la humillación de la

derrota.

-¡Aquí estas muchacho!, creí que nunca te encontraría- dijo una voz conocida.

-¡Marcus! ¿Qué haces aquí?, ¿no tenías que estar dirigiendo la guardia?- pregunto Akirazor algo confuso.

-¿Y perderme tu gran momento? Quiero estar presente cuando caiga ese desgraciado. Además, releve mi cargo a un nuevo aprendiz que me asignaron, y así va aprendiendo los gajes del oficio. Sera mi sucesor cuando no pueda continuar con mis labores de dirección y enseñanza. Es una buena persona, créeme- contesto Marcus convencido.

-No lo dudo amigo mío. Debería de haber más personas como tu dentro de estas murallas. Nunca podre agradecerte lo suficiente todo lo que hiciste por mí.

-No tienes que agradecerme nada, pero si de verdad quieres hacer algo para compensarme, es muy sencillo. Gana esta batalla- le contesto Marcus con una chispa de ambición en sus ojos.

-¡Ciudadanos y plebeyos de la prolífera ciudad de Árderum, nuestro valeroso Rey Erar Garenjar hace acto de presencia en estas maravillosas fiestas! Como todos los años presenciara junto a vosotros los apasionantes duelos contra nuestro querido caballero William Eichwiz. ¡Reciban a nuestro Rey como se merece!- Proclamo un joven guardia real desde lo alto del imponente escenario.

Seguidamente, un redoble y unas trompetas con unas melódicas notas presidieron a las palabras del guardia. Aun mientras los sonoros instrumentos seguían tronando, una gruesa figura se dejó ver, atravesando unas largas cortinas rojas de seda, para seguidamente sentarse sobre el elegante trono de madera. Todos los presentes dedicaron una pronunciada y lenta reverencia ante aquel hombre que apareció, incluso Akirazor. Pues no saludar debidamente al Rey le supondría la descalificación además de un castigo severo.

El Rey Erar con una mueca de superioridad un tanto despreciable, realizo un pequeño asentimiento con la cabeza hacia sus guardias y al público indicando que todo estaba en orden.

-Ciudadanos y plebeyos de Árderum, yo, vuestro Rey, os doy la bienvenida a estas animadas y alocadas fiestas del "Festejo del Bufón". Ahora, que comiencen los duelos- Informo con imponente notoriedad sin perder aquella desagradable expresión de su rostro.

Poco después, todas las miradas del público se dirigieron hacia el campo de batalla. Un hombre con reluciente armadura plateada y con grabados de la bandera de Árdurum sobre sus enormes hombreras acababa de hacer acto de presencia. Además portaba una larga y afilada espada con sutiles bordados dorados en la empuñadura. Por último decir también que exhibía un enorme y majestuoso escudo de estructura hexagonal, que al igual que las hombreras, ofrecía unos bellos grabados de la bandera.

-¡Se presenta en el campo de batalla el joven y caballeroso guerrero William Eichwiz, con un total de doscientas treinta y dos victorias y cero derrotas desde su participación en los juegos!

El reluciente caballero saludo al público siendo vitoreado con gran énfasis por la mayoría de los presentes. El joven que anuncio su presencia se dispuso a continuar.

-¡Que entre su primer contrincante! ¡Tomas Hander!

Una persona de avanzada edad entro en el campo de batalla. Akirazor reconoció su rostro rápidamente. Se trataba de uno de los campesinos de las afueras, vivía cerca de las plantaciones de trigo. Por lo visto apenas tenían para comer. Estos últimos años estaban siendo devastadores para él y su familia y a pesar de su edad se vio tentado a participar. Al pobre hombre le equiparon con una camisa enmallada de acero, que nada tenía que ver con la coraza infranqueable de su adversario, unas musleras abolladas, un yelmo desgastado y como armas una espada mellada y un escudo circular de madera, el cual se encontraba en deplorables condiciones. Ya de por si era una pelea injusta, pero con ese equipo era imposible ganar.

Mientras el campesino terminaba de prepararse, el joven anunciador prosiguió explicando las condiciones del juego.

-¡Muy bien! ¡Atención!, las reglas son sencillas. Gana el que golpee cuatro veces a su contrincante en las extremidades o quien golpea una vez en alguna zona vital que en batalla real signifique la muerte. Están prohibidos los juegos sucios. Solo pueden utilizarse las armas asignadas. Queda terminantemente prohibido golpear en el cuello ya que se trata de la única zona que no se encuentra bien protegida- realizo una pronunciada pausa esperando que los dos competidores asintieran con la cabeza- ¡Que comience el duelo!- ordeno finalmente.

-No necesitare esto. Además, prefiero que mis adversarios vean mi rostro cuando son derrotados- dijo el "noble" caballero mientras se deshacía de su yelmo lanzándolo a un lado del campo.

La batalla no duro apenas un minuto, el pobre hombre no tuvo nada que hacer contra aquel diestro guerrero, acabando varias veces en el suelo

mientras lo golpeaba con su espada únicamente en los brazos, alargando la pelea a conciencia para saciar su sed de ego.

-¿Te has dado cuenta?, es hábil, pero casi todos sus golpes se dirigen al lado derecho. Aprovéchate de ello. Debes sacarle ventaja cuanto antes ya que nada más descubra tu habilidad se pondrá en serio, y me temo que ese mísero escudo de madera no podrá protegerte eternamente de los potentes golpes de su espada- le explico Marcus al muchacho.

Akirazor asintió con la cabeza sin apartar su vista del campo de batalla, observando como a duras penas aquel pobre hombre abandonaba el lugar entre abucheos y carcajadas de la mayoría de los presentes. Este comportamiento tan cruel le lleno de ira ¿Por qué un hombre que lucha para alimentar a su familia es humillado de esta manera?. El joven alzo la vista hacia el Rey mientras que este mostraba una despreciable mueca de felicidad, como si disfrutara de aquellos comportamientos tan injustos. Muchos de los plebeyos le seguían el juego por temor a represalias, pero Akirazor no estaba dispuesto a burlarse de aquel pobre campesino ni de ningún otro.

Los adversarios fueron presentándose en el campo de batalla. Y de la misma forma que entraban, volvían a salir. Nadie podía aguantar más de dos minutos en pie. Al igual que paso con el primero, aquel noble, se burló cruelmente mofándose de las manos inexpertas de aquellos contrincantes que blandían las espadas torpemente fallando la gran mayoría de los golpes. Al ver aquella estampa, Akirazor no pudo evitar recordar sus primeros días de entrenamiento junto a Marcus. Viendo reflejadas sus torpezas iniciales en aquellos hombres. El tema del premio se degrado a un segundo plano, deseando solamente vencer a ese bastardo, para que todos los allí presentes se tragaran sus asquerosas risas.

-¡Menos mal que aún no te llamaron!, creí que no llegaría a tiempo-dijo Artél entre jadeos que acababa de aparecer entre la muchedumbre.

-Sabía que conseguirías llegar a tiempo. ¿Qué tal te fue el tiro con arco? ¿Ganaste?

-No amigo, no tuve suerte. Para los segundos no había premio. No dejaban usar tu propio arco, y los que te proporcionaban eran de una calidad pésima. Hasta que me acostumbre al peso y conseguí calibrar el pequeño desvió falle varios centros. Luego remonte haciendo tres seguidos, pero fue demasiado tarde- hizo una pausa mientras miraba hacia atrás-Por cierto, te traigo compañía.

Arazor se dejó ver entre el gran bullicio mientras se acercaba con paso firme.

-Aquí estoy hijo mío, ¿preparado?- le pregunto su padre mientras le dedicaba una ligera sonrisa.

-Más que nunca- contesto convencido con una vivaz llama brillando en su ojos.

-Usted debe ser su padre mucho gusto en conocerle. Mi nombre es Marcus- dijo extendiéndole la mano.

-Encantado señor Marcus, mi hijo ya me hablo mucho sobre usted. Muchas gracias por todo lo que ha hecho por él. De verdad lo necesitaba- contesto mientras de la estrechaba.

-¡Siguierte contrincante!, ¡Akirazor Zaerel!- grito el anunciador de forma tajante.

Akirazor avanzo rápidamente hasta el campo de batalla entrando por unas pequeñas puerta protegida por dos guardas. Después de atravesar un pequeño pasillo apareció dentro de aquella plaza circular, encontrándose cara a cara con aquel odioso caballero el cual le miraba con desprecio mientras que alzando las manos pedía aclamaciones de su público. Estos no se la denegaron vitoreándolo con gran energía y entusiasmo. Akirazor lanzo una fugaz mirada hacia donde se encontraban aquellas tres personas que tanto le habían apoyado durante los últimos años.

-Tienes dos minutos para colocarte tu equipo, no te demores demasiado ¿sabes cómo se coloca?- le pregunto un guardia con gran desinterés mientras le arrojaba su equipamiento en el suelo gusto en frente de él.

-Se ponérmelo, no hay problema.

El guardia asintió con la cabeza y se retiró. Seguidamente Akirazor empezó a equiparse, colocándose en primer lugar la camiseta enmallada, seguido de los quijotes y las grebas. Miro el yelmo con cierto recelo apartándolo con una pequeña patada de su camino. Por ultimo agarro la mellada espada y el estropeado escudo de madera.

-Muchacho, deberías colocarte el yelmo, no seas insensato. Podrías hacerte daño- le dijo William al joven con un tono chulesco

-No lo necesito. Además, "prefiero que mis adversarios vean mi rostro cuando son derrotados"- contesto Akirazor recitándole su arrogante frase mientras hacia un esfuerzo por contener las formas ante aquel hombre que tanto había conseguido que odiase.

William hecho a reír, siendo acompañado a los pocos segundos por su entregado público que tanto le adoraba. Akirazor mantuvo silencio, observando a todas aquellas personas, pensando que pronto cesarían sus

carcajadas. Mientras tanto, el Rey Erar mantenía cierto interés por aquel extraño comportamiento del joven contrincante. Y aunque sentía la necesidad de reír junto a sus ciudadanos ante tal osadía, intento mantener aquella pequeña expresión de felicidad en su rostro mientras se preguntaba qué era lo que tanto envalentonaba a ese muchacho.

-¡Que comience el duelo!- grito por fin el anunciador.

Akirazor se mantuvo en una actitud relajada, sin levantar demasiado la espada. Dando a entender que esperaba que su contrincante diera el primer paso. William se acercó hacia el de forma despreocupada, convencido de su superioridad, haciendo un par de amagos para que el joven lanzara un buen golpe con su espada, pero esto parecía no ocurrir. Se encontraba demasiado tranquilo, demasiado relajado. "¿Ni siquiera intentara luchar?, ¿se habrá rendido antes de comenzar?", se preguntaba el engreído caballero. Su paciencia empezó a agotarse y finalmente cansado de esperar lanzó un primer golpe con la espada al lado derecho con la intención de golpear su hombro desde arriba. De forma inmediata Akirazor reacciono esquivando con increíble gracilidad aquel ataque y golpeándolo con su espada en la pierna derecha, justo en el lado contrario al escudo.

William quedo atónito. Sus pupilas se dilataron observando con gran fascinación al joven. El público enmudeció, preguntándose qué era lo que había pasado, como había conseguido golpearlo. Marcus dejo entre ver un gesto de felicidad mientras disfrutaba de aquella situación de incredulidad por la que estaba pasando aquel "noble" guerrero.

-¡Uno a cero a favor de Akirazor!- Anuncio a pleno pulmón el encargado sin terminar de creerlo.

Nuestro héroe no le concedió más tiempo a su incrédulo adversario, acercándose rápidamente hacia él. Varios choques de espadas atronaron en el campo de batalla, William retrocedía ante los enérgicos y hábiles ataques de aquel sorprendente muchacho. "¡Dos a cero!" volvió a anunciar el hombre. Akirazor había conseguido volver a golpearle, esta vez en su hombro derecho durante el descontrol que produjeron sus incesantes ataques. Llegados a este punto decidió retroceder y optar por una posición más defensiva, pues se percató de que la expresión de William se había tornado completamente hacia el enfado y la ira más profunda. Estaba seguro de que la batalla a partir de aquel instante sería mucho más dura, ya que después de dos puntos a su favor, su contrincante comprendió que aquel muchacho no era como los demás y si quería vencer debería de aplicarse a fondo.

El Rey junto a sus ciudadanos seguían contemplando estupefacto el asombroso giro de los acontecimientos que había producido aquel joven adversario. Pues no se trataba de suerte. Sus habilidades en el manejo de

la espada estaban perfectamente pulidas a tal punto, que por primera vez pudo notar cierto nerviosismo en los ojos de su adiestrado guerrero.

Mientras el Rey Erar parecía mostrarse ausente a causas de sus pensamientos, William entro de nuevo a la carga en una posición mucho más defensiva y dejando atrás por completo sus arrogantes vacilaciones anteriores. Las espadas chocaron fuertemente, dejando ver un auténtico espectáculo de incandescentes chispas. La hoja de Akirazor se tambaleaba exageradamente tras cada golpe, ya que aunque él parecía poseer más fuerza, aquella vieja y estropeada espada no podía competir ante la enorme y afilada hoja que portaba su contrincante. William seguía perdiendo los nervios a gran velocidad, pues por mucho que lo golpeaba, la espada de su adversario siempre paraba los potentes impactos evitando dejar ningún hueco para atacar. Cansado de aquella situación opto por golpear con su escudo mientras bloqueaba la hoja del muchacho con la suya. Y así sucedió, anqué Akirazor intento contrarrestar el firme impacto con su escudo no sirvió de mucho, tras un estruendoso crujido de madera, el joven fue lanzado hacia atrás cayendo al suelo. William quiso aprovechar aquella oportunidad que se le brindo para rematarlo de un solo golpe. Pero antes de que su afilada espada consiguiera golpear su pecho, el joven consiguió colocar su escudo en mitad de la trayectoria. La espada de William se incrusto en el desgastado escudo de madera atravesándolo casi por completo. Akirazor aprovecho aquella situación, tirando fuertemente de su escudo y lanzando el mismo lejos de él con la espada de su contrincante aun incrustada. Seguidamente, mientras aún se encontraba en el suelo, mediante una patada a ras de suelo a William. Aun así, el enfurecido noble no aparto la vista de su arrebatada espada ni un solo momento, incorporándose rápidamente y corriendo hacia ella para recuperarla. Akirazor era consciente de que aquella seria su reacción pues como todo instruido en el arte de la batalla debía saber "un guerrero sin arma era igual a un guerrero muerto". Nuestro héroe se levantó y corrió rápidamente hacia William mientras que este aún seguía intentando extraer su espada del viejo escudo. "¡Vamos, suéltate maldita!", gritaba enfurecido. Por fin al cuarto forcejeo consiguió recuperarla. William aun sin girarse podía escuchar los veloces pasos de su adversario y mientras esbozaba una enfermiza sonrisa victoriosa se giró enérgicamente blandiendo su espada a la altura del pecho. Sin embargo, su asombro no tuvo parangón cuando observo como aquel muchacho ya había leído su movimiento de antemano, encontrándose justo por encima de su espada, esquivando hábilmente la afilada hoja mediante una increíble voltereta lateral. Apenas un segundo después, sin ni siquiera haber tenido tiempo de girarse y contraatacar noto un punzante golpe sobre la acorazada armadura de su espalda, justo a la altura del esternón.

Todos los presentes enmudecieron, incluso el joven encargado del puntaje, el cual miro al Rey algo indeciso, temiendo abrir su boca. El Rey consiguiendo salir en cierta medida de su asombro, realizo un ligero gesto

indicándole que prosiguiera.

-¡Y el ganador de esta batalla con dos toques y un golpe mortal por la espalda es para Akirazor Zaerel!- proclamo el joven muchacho aun con cierto nerviosismo.

Todos los presentes permanecieron completamente callados hasta que unos lentos pero marcados aplausos inundaron aquel incomodo silencio. Se trataba de Arazor, el cual fue acompañado instantes después por Artél. Lentamente se fueron uniendo más personas, hasta que finalmente, todos los presentes arrancaron en euforia entre aplausos y vitoreos dirigidos al nuevo campeón. Akirazor por fin bajo su arma centrando la atención a su alrededor, observando como toda aquella gente le miraban y aplaudían. Algunos incluso mostrando cierta adoración. William se giró hacia el dedicándole una expresión de profundo desprecio, y seguidamente dejando caer sus armas abandono el campo de batalla. Finalmente incluso el Rey Erar acabo aplaudiendo el increíble espectáculo que ofreció el muchacho, pues aunque en el fondo de su corazón sentía haber sido humillado, habría sido una acción demasiado despreciable y rastrera el negarle la victoria. Pero no solo eso, también se arriesgaba a perder el respeto de una gran cantidad de su gente, los cuales ahora mostraban gran apego a su nuevo campeón.

Después de unos minutos, cuando Akirazor se encontraba junto a su padre y los demás conversando sobre la increíble victoria que logro, el joven muchacho del marcador se presentó ante ellos llamando su atención con una enérgica reverencia.

-Señor Akirazor. Aquí tiene su recompensa, tal como se le prometió. Diez monedas de oro-le dijo con tono firme mientras extendía hacia él un pequeño saco de cuero.

El muchacho lo recogió y reviso rápidamente extrañado, comprobando que efectivamente había diez monedas de oro dentro del mismo.

-Perdone pero ¿la recompensa no eran cinco monedas?

-Por supuesto, las otras cinco son un souvenir del generoso Rey Erar, con la simple condición de que no vuelva a participar en estos juegos.

Akirazor alzo su vista hacia el Rey, el cual aun permanecía en su trono observándole con una leve y falsa sonrisa en su rostro.

-Ya veo... ¿y si me negara?- le pregunto Akirazor con tono desafiante

Marcus le miro negando disimuladamente con la cabeza, mientras su

padre y Artél mostraban un gesto de preocupación.

-No lo sé mi señor, nadie ha rechazado una oferta del Rey. Podría preguntarle usted mismo-le contesto mandándole un indirecto aviso al osado campeón.

-Dígale que no se preocupe, no me volverá a ver en una temporada, y aún menos en estos juegos. Acepto su generosa oferta.

Seguidamente volvió a centrar su atención hacia al Rey, dedicándole una reverencia aprovechando que aun seguía observándole. Erar le respondió con un leve movimiento de cabeza pronunciando aún más su falsa sonrisa.

-Padre, esto es para ti- le digo Akirazor dejando caer tres de las monedas en su mano izquierda

-Hijo....no puedo aceptarlas, tú las necesitas más que yo- le contesto Arazor intentando devolvérsela.

-Te las mereces más que nadie en el mundo, siempre me has apoyado. Esta es mi forma de agradártelo. Además, el premio eran cinco monedas de oro, así que hazte a la idea de que ha sido así. Con las cinco restante puedo hacer lo que quiera, y lo que quiero es darte tres de ellas. Acéptalas.

-Gracias hijo mío- dijo su padre mientras lo abrazaba fuertemente.

-No me equivoque contigo, eres una buena persona muchacho- dijo Marcus interrumpiendo la emotiva escena- Tengo que volver a mi puesto y vigilar como le va a mi aprendiz. Un placer señor Arazor.

-Igualmente y gracias de nuevo- le contesto estrechándole la mano.

-¿Vendrás mañana a despedirte de mi viejo amigo?- le pregunto Akirazor a su instructor.

-Por supuesto. Cuenta con ello- le contesto convencido mientras se alejaba del lugar.

A la mañana siguiente, Akirazor se despertó bien temprano, trabajando por última vez codo con codo junto a su padre. En un par de horas termino de transportar todos los sacos al granero. Arazor aún seguía terminando de abonar una pequeña sección de tierra, por lo que su hijo decidió armarse con un segundo rastrillo y se dirigió hacia él.

-¿Estás seguro de que no me necesitaras?- pregunto Akirazor sin dirigirle

la mirada esparciendo el abono sobre la seca tierra.

-No te preocupes, tardare más, pero puedo hacerlo, aún tengo fuerzas de sobra. Además, Artél se ofreció a ayudarme cuando pudiera con el trabajo más duro, ya que su padre suele apañárselas solo con su trabajo. Es un buen chico.

-Lo se padre- le contesto dedicándole una ligera sonrisa.

El joven clavo la mirada hacia el frondoso bosque de Árderum que se extendía por todo el Noroeste de la gran llanura circundante a la ciudad. Toda aquella inmensidad le abrumo, abstrayéndole de la realidad durante unos instantes. Aquello que divisaba solo era una sección de las tierras de Árderum. Iderum en conjunto era un mundo enorme, tan enorme que le hizo dudar si de verdad alguna vez podría encontrar al monstruoso asesino de su madre. Su padre noto esa inseguridad en la mirada perdida del muchacho, y colocando la mano sobre su hombro le dijo.

-Se lo que te preocupa, y debes dejar de pensar en ello. Te has esforzado mucho para esto, y tal vez no lo encuentres, o ni siquiera siga con vida. Pero si lo haces, estoy seguro de que saldrás victorioso y regresaras a mi lado. Este siempre será tu hogar.

-Gracias padre- contesto Akirazor apartando aquellos pensamientos de su cabeza.

Nuestro héroe debía de dirigirse al herrero. Pero por desgracia los herreros de la ciudad no estarían dispuestos a venderle un equipo y mucho menos un arma, pues al igual que el entrenar plebeyos, aquella acción estaba severamente penada. Por tanto decidió visitar a un humilde campesino que de segundo oficio ejercía como herrero de material agrícola y equipos básicos para los guerreros primerizos que empezaban su entrenamiento. De esta forma, el Rey se ahorrraba una buena cantidad ya que al ser un plebeyo campesino podía pagarle con la suma más baja sin posibilidad de quejas.

Sin embargo, antes de todo aquello tenía un asunto pendiente que atender, al cual no estaba dispuesto a faltar. Se dirigió rápidamente hacia las plantaciones de trigo, llegando a una pequeña casa de madera apartada notablemente de las demás. Fuera de esta casa una niña pequeña de unos cinco años de cabellos dorados y camión blanco bastante sucio se encontraba jugando con un pequeño palo, realizando pequeños y graciosos dibujos en la gravilla del suelo.

-Buenas jovencita, ¿me podrías decir donde está tu padre?- le pregunto Akirazor agachado junto a ella dedicándole una dulce sonrisa.

La niña lo miro durante un tiempo a los ojos sin decir ni una palabra. Seguidamente señalo hacia la puerta de entrada. En ese momento un joven algo mayor, de unos diez años, apareció por la parte trasera de la casa.

-¿Busca a nuestro padre señor?

-Así es- le contesto con gran simpatía

-Se encuentra dentro de la casa junto a mi madre, hoy parece que no puede trabajar, aun esta en cama. Mi hermano mayor se está encargado de cuidar las tierras por él.

-Ya veo, muchas gracias pequeño- le contesto al inocente niño mientras se disponía a entrar

-¿Hola?, Buenos días, ¿puedo pasar?- pregunto antes de seguir avanzando a través del salón.

Finalmente una mujer de unos cuarenta y tantos se asomó por uno de los cuartos. La mujer lo miro algo extrañada, ya que no lo conocía y por supuesto no esperaban visita, mucho menos de extraños.

-¿Qué desea joven?- pregunto algo asustada.

-Me gustaría hablar con su marido si es posible.

-Espere un momento- la mujer volvió a entrar en el cuarto y con voz suave le comunico a su marido que un muchacho reclamaba su atención.

El hombre se dejó ver al fin, avanzando hacia salón con cierta cojera. Akirazor lo reconoció de momento, era el mismo hombre de ayer, el cual se presentó a los duelos, saliendo a combatir en primer lugar.

-Yo... yo te conozco. Tú eres el muchacho del otro día, el que gano a William en los duelos. Lo que hiciste fue impresionante muchacho, ¡Jamás vi nada igual!- hizo una pausa y continuo- Perdona por mi incesante habladuría, ¿Qué necesitas de mí?

-Vera señor...

-Tomas- dijo finalmente percatándose de que no se había presentado aun

-Encantando, yo soy

-¡Akirazor!, como olvidarlo, tu nombre resonó en toda la plaza mercantil-

le interrumpió el hombre sin apenas darse cuenta.

-Sí, así es- dijo el joven dedicándole una ligera sonrisa- Vera, la razón por la que estoy aquí, es porque sé que tienen graves problemas económicos. Puede que incluso carezcan de alimentación básica, pues no se me ocurre otra situación por la que un hombre de su edad se presente a esos juegos.

-¿Es por eso que te encuentras en estas condiciones?, ¿Por qué no me dijiste la verdad desde el principio?- le reprocho su mujer con ojos llorosos.

-Lo siento Rosalía... solo quería ayudaros, a ti y a los niños. No puedo soportar ver como mis hijos pasan hambre- le contesto Tomas agachando la cabeza y apretando los puños con fuerza.

-No se preocupe, es por eso que precisamente he venido hasta aquí. Esto es para usted, acéptelo por favor- le dijo Akirazor soltando dos relucientes monedas de oro sobre la mesa del salón.

-¡¿Habla en serio?!- pregunto el hombre asombrado por tal noble gesto.

-Claro que sí. Sé que no es mucho pero les dará para vivir unos pocos meses sin preocupaciones. Por cierto, he conocido a dos de sus hijos antes de entrar, permítanme decirles que son encantadores. Ninguno de nosotros merece pasar hambre y menos esas criaturas.

Rosalía se llevó las manos a la cara y seguidamente arranco a llorar mientras agradecía una y otra vez al muchacho aquel generoso y compasivo gesto. Tomas se arrimó hacia el estrechándole la mano fuertemente y con los ojos brillosos se lo agradeció con el mismo énfasis que su esposa.

Dieron las cinco de la tarde y el sol ya iba cayendo desde su punto más alto. Finalmente el equipamiento le costó tres monedas de oro y cincuenta de plata. Aquel rural herrero no disponía de nada mejor en aquellos momentos y como se trataba de algo provisional nuestro héroe decidió no darle demasiada importancia. Por aquel precio pudo conseguir unas finas hombreras metálicas algo abolladas, un peto con sistema de cierre por hebilla, mayoritariamente compuesta de cuero con algunos refuerzos metálicos en la zona pectoral, abdominal y espalda. Para las piernas y brazos no pudo ofrecerle nada mejor que unos gruesos refuerzos de piel de jabalí gigante de los bosques de Dareonor. Por último, aquel set se completaba con una espada algo oxidada pero con buen filo y un pequeño escudo circular de madera, aunque en bastantes mejores condiciones que aquel con el que se retó contra William en los juegos. Además, por unas escasas monedas de plata más consiguió alquilarle un caballo al mismo Equino que les presto la yeguas a él y su amigo para su viaje hacia los

bosques de Yuta. El trayecto solo sería hasta el pueblo de Jouran, pues el caballo regresaría a su dueño en el próximo alquiler hacia la ciudad.

El agua del arroyo se mostraba tan cristalina como de costumbre mientras que Akirazor observaba por última vez en mucho tiempo aquella verde llanura que hasta ahora había sido su hogar. Junto a él se encontraba su padre y sus dos buenos amigos, Artél y Marcus, para ofrecerle una calidad y merecida despedida.

-Hijo mío, ten mucho cuidado, te deseo la mejor suerte del mundo. Espero tener noticias tuyas pronto- le dijo Arazor mientras mantenía la mano sobre su hombro.

-No sufras padre. Te mantendré informado por carta siempre que pueda.

-¿De verdad que no quieres que te acompañe?, solo tienes que pedírmelo una vez y me voy contigo ahora mismo, solamente necesito mi arco- le dijo Artél con tono bromista, pero decidido a partir junto él si este se lo ofrecía.

-Gracias amigo mío, pero esto es algo que he de hacer yo solo, es una cuestión personal- le contesto dedicando un gesto de simpatía.

Marcus se acercó al joven mientras sacaba un objeto metálico de su bolsa.

-Lo he mantenido guardado durante mucho tiempo, esperando a la persona indicada para entregárselo. Cuídalo bien, para mí es un tesoro- le dijo mientras le entregaba el objeto.

Cuando Akirazor se fijó bien, pudo apreciar que se trataba de una empuñadura sin hoja. Pero aquel detalle no conseguía quitarle magnificencia. Poseía unos bellos grabados realizados sobre un acero negro como el carbón. El mango mostraba una estructura hexagonal con los bordes redondeados y el guardamanos estaba compuesto por dos cabezas de dragón perfectamente talladas, obra posible de realizar solo por el mejor de los herreros.

-La encontré hace poco más de una década mientras masacrábamos un gran asentamiento orco cerca de la "La grieta del Abismo". Un pedazo de hoja seguía incrustada en la empuñadura, por lo que la lleve al mejor de los herreros de la ciudad para que la extrajera. Necesitó calentar y enfriar el resto de la hoja más de una decena de veces hasta que el metal se agrietó y pudo extraerlo. Dijo que jamás había visto nada igual y aquel acero era mucho más resistente que cualquiera con los que había trabajado anteriormente. Esta información me hizo planteármelo mejor y decidí guardarla para algún día poder forjar una hoja que estuviera a la altura de esta empuñadura. Pero por desgracia mi tiempo ha pasado y

aunque lo consiguiera ya me sería imposible usarla como antaño. Por eso quiero entregártela a ti y desearte mejor suerte. Ojala algún día consiguiera ver blandir esta espada en toda su gloria.

-Muchas gracias Marcus. Cumpliré tu deseo, te lo prometo- le contesto Akirazor con el corazón lleno de orgullo hacia él.

Acto seguido, sin perder ni un instante más, monto en su caballo y propinándole un pequeño pero intenso golpe en el costado galopo atravesando el viejo puente, perdiéndose entre los estrechos senderos del frondoso bosque.

En aquella ocasión debía dirigirse hacia el Este por lo que en vez de adentrarse por completo en el bosque decidió avanzar por los senderos existentes en las zonas exteriores del mismo hasta llegar al camino de "Morshel" creado para mantener una vía comercial y abastecimiento de suministros entre los pueblos y la ciudad. Una vez logro alcanzarlo, el trayecto transcurrió más rápido, ya que el caballo consiguió aligerar el trote al no haber obstáculos. Poco más adelante debía de aminorar la marcha de nuevo, pues una pequeña sección de camino antes de llegar volvería a estar rodeado de vegetación. Esta vez perteneciente al bosque de Jaurant, que bordeaba casi por completo el pequeño pueblo. Los aproximadamente veinticinco kilómetros de trayecto fueron recorridos en poco más de dos horas, llegando al lugar sin ningún percance, exceptuando únicamente el agotamiento del pobre corcel que nada más llegar fue atendido en el establo de alquiler facilitándole comida y agua hasta que este se saciara por completo.

El sol empezaba a caer por el horizonte dejando paso al anochecer con la leve presencia de la luna. Nada más podía hacer a esas alturas, por lo que nuestro héroe decidió ir a visitar al tabernero del lugar para alquilar alguna de las habitaciones y pasar la noche. No le resulto demasiado difícil encontrarlo teniendo en cuenta que el pueblo de Jaurant eran poco más de cinco calles cruzadas entre sí. Aun así gozaba de una gran cantidad de población ya que por alguna razón, el lugar poseía un encanto natural que Akirazor no tardó en captar. Las calles aun a esas horas se encontraban bastante concurridas y de la taberna provenía un intenso parloteo que parecía indicar que aquel lugar era un excelente punto de encuentro donde podría intentar conseguir alguna información útil.

Akirazor entro por la puerta echando una mirada rápida. La sala era bastante grande, con una chimenea justo en mitad la cual aportaba un toque hogareño. Grandes vigas de madera en bruto se extendían a lo largo del rectangular techo. Una docena de mesas rellenaban la gran sala, la mayoría de ellas ocupas por clientes que disfrutaban de un buen plato caliente o simplemente tomaban algo mientras conversaban tranquilamente. A pesar de llevar un improvisado equipamiento de guerrero, las gentes de aquel lugar no le prestaron apenas atención, salvo

algunas miradas furtivas que dejaban escapar los más curiosos.

-¡Bienvenido a Destreto Presto! ¿En qué puedo ayudarle caballero? -pregunto el tabernero cuando lo vio acercarse.

El hombre se mostraba simpático y con un gesto le invito a sentarse en una de las sillas pegadas a la barra. Aquel tipo lucía una gran y desaliñada barba que cubría casi por completo su rostro. Por otra parte, mantenía su grisáceo pelo cuidadosamente recogido mediante una coleta a baja altura. Poseía una complexión más bien gruesa a la vez que robusta, con brazos fuertes y bastante velludos más propios de un duro trabajador de campo y no de un tabernero. Después de analizarlo a conciencia y viendo que aquel hombre mantenía aun la mirada sobre él a la espera de respuesta, Akirazor se dispuso a continuar.

-Le agradezco este cálido recibimiento buen hombre. Me preguntaba si dispondría de alguna posada libre para la noche.

-Por supuesto que sí, y además a muy buen precio. Se lo dejo a cinco monedas de plata la noche, solo por ser usted ¿he? - Le contesto con gran simpatía.

-Me parece bien. Por lo pronto solo necesito pasar esta noche- le dijo Akirazor dedicándole una ligera sonrisa.

-Sin problema caballero. Serán cinco monedas de plata entonces.

Mientras Akirazor buscaba en su bolsa para pagarle la acordada suma, aquel tabernero lo observo con más detenimiento fijándose en su porte e indumentaria. Una vez le entrego el dinero, este no pudo contener su curiosidad.

-Vos no sois de por aquí ¿verdad? - le pregunto mientras limpiaba con un trapo algunas jarras

-No, no lo soy- le contesto Akirazor sin querer entrar en más detalles.

-Tampoco es de la guardia, pues su vestimenta no lleva el símbolo de la bandera. Sin embargo va bien armado ¿es un aventurero?

-Podría decirse que si- le volvió a contestar, esta vez con un tono más relajado.

-Mmm..., entonces puede que le interese. Hay un trabajo que parece tener su nombre.

Aquellas palabras despertaron la curiosidad de nuestro joven Héroe, ya que necesitaba algo más de dinero para poder equiparse decentemente.

Por otro lado también estaba dispuesto a ayudar en todo lo que pudiera siempre y cuando se tratara de una causa justa. El tabernero le hizo un gesto para que se acercara algo más.

-Veras, hace ya varios años, algunas piezas de ganado han estado desapareciendo de nuestros establos. Es algo completamente natural, ya que el bosque rodea casi por completo nuestras tierras y los depredadores que acechan en la oscuridad, como lobos o pequeños ringues necesitan alimentarse y nada es más fácil que cazar a unos animales de ganado lentos atrapados entre vallas- realizó una marcada pausa mientras miraba a su alrededor y continuo- Pero hace poco más de un mes... empezaron a desaparecer niños.

-¿Niños?!- dijo Akirazor sin percatarse de su subida de tono.

-Shhhh, es un tema muy peliagudo. Todo el pueblo está al corriente, pero preferimos no hablar de ello a voz tendida por respeto a las familias que ya perdieron a sus hijos. Bueno, como ya le he dicho, han empezado a desaparecer niños, ocho creo que van ya desde que comenzó. No hay marcas de sangre, absolutamente nada. Pero las huellas encontradas demuestran que se tratan de un animal, y bastante grande. El pequeño batallón de guerreros asignados en el cuartel de Jaurant por orden del Rey han intentado en más de una ocasión seguir el rastro, pero la huellas nada más adentrarse en el bosque desaparecen por completo. Es todo un misterio...

-¿Por qué no los han seguido justo después de la desaparición de un niño?

-Nunca se ha dado la ocasión, siempre ocurre por la noche, a partir de la caída del sol tras el horizonte, no se oyen gritos, absolutamente nada. Sean lo que sean esas cosas parecen ser inteligentes, buscan la mejor ocasión para atacar. Los niños desaparecidos hasta ahora son de entre cinco y quince años, por lo que hace unas semanas se instauro un toque de queda para todos los jóvenes de dieciséis años a partir de la puesta de sol. Gracias a esta medida, por ahora no se ha vuelto a producir la tragedia, pero los padres afectados piden la búsqueda de sus hijos, algunos con la esperanza de que sigan con vida y otros simplemente para poder dar descanso a sus almas enterrando los restos. Nuestro querido capataz y gobernante Mauris Jerbur, harto de la incompetencia de la guardia real, está dispuesto a entregar una recompensa de veinticinco monedas de oro al hombre que sea capaz de matar a la bestia con prueba de ello, y traer los restos de los desaparecidos si hubieran.

-¡Yo lo he visto!, dijo un hombre que se hallaba sentado en una de las mesas mientras soltaba su jarra de cerveza bruscamente haciendo que gran parte se derramara- Es un ser horrible, con pedazos de piel muerta cayendo de su cuerpo. Monstruosas garras, con cuernos enormes y alto

como un oso de las tierras de los Arteros- siguió balbuceando de forma casi inentendible mientras luchaba a duras penas por mantenerse en pie ante sus incesantes tambaleos- ¡Se lo que vi!, ¡Viene y se los lleva! estaría borracho... como ahora ... pero mis ojos no mienten- termino diciendo aquel extraño hombre mientras intentaba tomar su asiento para nuevamente continuar bebiendo.

-No le haga demasiado caso. Él es Ivor, un borrachuzo que frecuenta mi taberna más que su propia casa y rara vez se le puede hallar sobrio. Desde que perdió a su mujer por una extraña enfermedad no ha vuelto a levantar cabeza, encontrando únicamente consuelo en el fondo de una jarra.

Akirazor asintió ligeramente con la cabeza dándole la razón pero sin despreciar aquellas palabras que dijo anteriormente. Mientras miraba de reojo a aquel hombre que ahora mantenía su cabeza hincada en la dura mesa, luchando por mantenerse consciente, pregunto al tabernero.

-¿Me podría decir dónde encontrar al herrero del pueblo?

-Por supuesto, faltaría más- le contesto enérgicamente- Se encuentre una calle más abajo, justo en frente de la panadería, no tiene perdida. Abre a primera hora de la mañana, cuando los tibios rayos de sol acarician el horizonte.

-Muchas gracias. Ahora si me disculpa subiré a mi posada, me encuentro algo cansado y mañana será un día duro.

-Claro, valla a descansar. Si necesita echar un trago aquí estaré- le contesto el hombre dedicándole una despreocupada sonrisa.

Aun con las estrellas en el cielo desapareciendo lentamente ante el minúsculo pero incesante aumento de luz del amanecer, la tropa de centinelas ya se encontraba prepara frente al gran portón de la muralla. Junto a ellos, algo más atrás, Celesia aguardaba el momento de su partida bajo la atenta mirada de sus padres.

-No se preocupen, la mantendremos a salvo. Exploraremos los alrededores del bosque y volveremos en un par de días- les informo el líder del escuadrón intentando aplacar los nervios de la familia.

Mientras tanto Celesia mantenía su mirada al frente, decidida a continuar hasta el final. Deseosa de dar caza al ser que llevo a cabo tal masacre, arrebatando de su corazón mucho más que unas vidas. Su cabeza no

podía dejar de recordar el ritual de despedida en los verdes parques de palacio. Los cuerpos de las sacerdotisas fueron colocados sobre pequeños lechos cuidadosamente adornados para seguidamente después de unos hermosos canticos ser prendidos calcinando el lecho junto a los cuerpos bajo las llamas más rojizas y avivadas que jamás se vieron en un ritual. Por ultimo las cenizas fueron recogidas en unas sofisticadas urnas y arrojadas desde lo alto de la "Torre de las Almas" situada en el extremo Oeste de la ciudad, volviendo de nuevo al bosque donde nacieron. Pues las creencias antiguas de los Asuna narran que cualquier ser que nace del bosque debe volver a él, renovando de esta forma el ciclo y consiguiendo descanso eterno.

Un estruendoso ruido arrebató a Celesia de sus pensamientos más profundos. El enorme portón se habría lentamente ante sus ojos bajo la vigilancia de los centinelas arqueros desde lo alto de los torreones en la muralla.

-¡En marcha!- dijo finalmente el líder levantando su afilada arma de asta.

-¡Mira que tenemos aquí!, un aspirante a guerrero- dijo el viejo herrero con voz ronca- ¿Qué puedo hacer por ti muchacho?- pregunto finalmente mientras aporreaba enérgicamente el filo de una hoja incandescente con un viejo martillo.

-Saludos buen hombre, me gustaría ver su mercancía- le contesto Akirazor mientras ojeaba rápidamente las brillantes espadas colgadas en la pared del fondo.

-¡Buen hombre!, me alaga joven. Pero puede ahorrarse los modales, no son necesarios con Jackson Willer. Respecto a mis mercancías, tengo de todo cuanto pueda imaginar y si no es así, se lo forjo en menos de una puesta de sol. Así que la verdadera cuestión es, ¿de cuánto oro disponéis vos?

La anciana mirada de aquel hombre de clavo fuertemente en el muchacho y mientras dejaba entre ver una pequeña sonrisa, agarro la ardiente hoja con unos guantes de cuero y plomo sumergiéndola en un barril de agua. El duro acero se enfrió y contrajo rápidamente dejando escapar un fuerte rugido de hervor.

-Aquí tenemos a otra pequeña, seguro rebanara cientos de cabezas- dijo mientras soltaba una fuerte carcajada.

-Me sorprende la claridad de sus palabras. Pensaba que me sería más

difícil conseguir un arma por estos lares.

-¿Lo dices por las estúpidas leyes de ese patético Rey? La mano de Erar no llega a estas tierras. Ciertamente dispone de un pequeño batallón en el cuartel de Jourant para nuestra "seguridad", pero ciertamente estaríamos mejor sin ellos. Son unos inútiles incompetentes. Ni siquiera son capaces de protegernos como es debido. Por mí se podían ir todos al infierno. Ellos, el Rey y todos sus malditos señoritos de la realeza. Yo solo ofrezco mis servicios a quien me paga. No estoy dispuesto a obedecer leyes absurdas- terminó diciendo con el ceño fuertemente fruncido.

-No podría estar más de acuerdo con vos. Pero me temo que no me serviréis a mí, pues por ahora no dispongo de mucho oro. Aun así, no tardare en tenerlo, por lo que me gustaría que me mostrara algunos equipos, espada y escudo incluidos por valor de veinte cinco oros.

-¡Que sorpresa!, ¿Vais a ir a por la recompensa joven guerrero?, perdona mis palabras pero, a pesar de que los guardias de Rey son unos inútiles. Dudo mucho que un solo hombre pueda dar caza a esa criatura. Me caéis bien y me gustaría que la próxima vez que nos veamos, siguierais respirando- le dijo Jackson con un tono algo burlón, pero con buena intención.

-No os preocupéis por mí, no seré yo el que muera. Mañana seréis unas cuantas monedas de oro más rico, os lo aseguro- le contesto Akirazor con total seguridad ante la incrédula mirada de aquel herrero-Ahora, si es tan amable, me gustaría ver algunas armaduras- concluyo.

-Sin ningún problema, acompáñeme. Mirar es gratis- le contesto mientras dejaba escapar una nueva carcajada.

Entraron por una puerta que había justo detrás del enorme y rustico banco de trabajo, esta daba a una gran sala repleta de armaduras de todo tipo, desde las más básicas de cuero y fino hierro o cobre en bruto, hasta las más sofisticadas con bellos grabados forjados sobre resistentes aleaciones de acero y titanio. Aquella estampa corroboraba que las manos de aquel hombre eran dignas de reconocerse como las de un artesano y experto herrero.

-Disfruta de mis obras muchacho, si te interesa alguna no tienes más que decírmelo y te diré su precio. Pero yo que tu dejaría de lado las de esa esquina, ya que son armaduras para la guardia real. Los grabados sobre la pechera y hombreras son de oro puro, por supuesto, me lo suministran ellos, pues no soy lo suficientemente rico, y si ese fuera el caso, no estaría aquí trabajando como un cerdo. Siempre tengo algunas preparadas por si acaso, no es la primera vez que me las encarga con prisas...

-¿Cuánto cuesta aquella del fondo?- pregunto Akirazor sin titubeos

-Tienes un muy buen ojo para estas cosas amigo mío. La llamo "La palma del tigre", como puedes apreciar esta forjada con una aleación de acero y cobre, esto hace que sea más liviana que el resto sin perder apenas resistencia a la perforación de un arma afilada. Tiene algunos puntos al descubierto, como el codal o las rodilleras que están únicamente reforzadas con cuero de jabalí, pero esto es precisamente lo que le da ventaja a esta armadura. Es tan poco pesada y otorga tanta movilidad que tus enemigos caerán muertos a tus pies antes de que te toquen. Si te gusta, te la podría dejar por quince oros.

-De acuerdo, guárdamela, volveré a por ella mañana.

- Confiare en ello, pues no tengo más remedio. Y ahora ¿Qué le parece si ojeamos los escudos y espadas?- Pregunto Jackson mientras le pasaba la mano por el hombro y lo acompañaba de nuevo a fuera de la sala.

-Personalmente le aconsejo este juego- dijo mientras bajaba de la pared las armas.

Las coloco encima de la mesa y le fue explicando mientras Akirazor escuchaba con atención las experimentadas palabras de aquel herrero.

-La forje hace como tres meses. Esta espada representa el honor en toda su gloria. La empuñadura está completamente forrada en fino cuero negro, consta de un bonito guardamanos de dos puntas con el grabado de una majestuosa águila dorado a ambos lados. La hoja es de acero puro, pero es tan fina que apenas pesa cuatro kilos. Su filo ha sido templado tres veces, por lo que no tendrá que preocuparse de que se melle en una larga temporada.

-No cabe duda de que sabe vender sus productos señor Jackson- contesto Akirazor mientras empuñaba el arma, comprobando la veracidad de sus palabras.

-Mi trabajo no solo consiste en forjar armas, como cualquier mercader he de saber cómo convencer a mis clientes. Llevo muchos años en este oficio y si no fuera capaz de vender mis "juguetes", ahora mismo estaría muriéndome de hambre en alguna parte- le contesto esbozando una sonrisa despreocupada y continuo- Por otro lado tenemos este escudo. También esta forjado en acero puro y al igual que la espada porta un bello grabado del águila en todo la parte frontal. En esta ocasión en cobre, aligerando peso. Esta construido con estructura hexagonal, la más indicada para un escudo. Parara cualquier golpe de espada, siempre que el que la empuñe sea un humano.

-¿Quién iba a empuñarla si no?- pregunto Akirazor intrigado.

-La verdad, no lo sé. Pero están ocurriendo tantos cambios en estas tierras que ya no sabe uno que pensar- dijo con tono bromista.

Con estas últimas palabras rondando por su cabeza, Akirazor se dirigió a la caza de aquel supuesto monstruo. Decidió ir a pie, ya que de esta forma podría rastrear mejor, además de moverse más ágilmente a través del bosque de Jourant. Su amigo Artél le enseñó a rastrear animales salvajes en aquellos últimos años, y aunque nunca fue ni la mitad de bueno que él, confiaba que sus conocimientos fueran suficientes.

Aquel bosque no distaba mucho con el de Árdorum, la variedad de la vegetación era básicamente idéntica. Como mayor diferencia se podía destacar la enorme cantidad de helechos que poblaban algunas zonas del mismo, las cuales aminoraban considerablemente el paso. Los altos pinares albergaban gran cantidad de vida en ellos, varias clases de roedores y aves se dejaban ver en sus gruesos troncos. Akirazor avanzo entre la espesura de los helechos llegando a un pequeño claro de escasos metros cubierto por una fina capa de agujas de pino secas. A lo lejos se podía escuchar la corriente de lo que parecía ser un pequeño arroyo brindando una relajante melodía, pero a la vez inapropiada, pues dificultaba el trabajo de rastreo.

Mirando hacia el suelo pudo apreciar unas enormes huellas redondeadas, parecidas a las que dejaría cualquier animal con pezuña. Más que el tamaño le preocupaba la pronunciación de las mismas. Se mostraban fuertemente hundidas, indicando que fuera lo que fuera, pesaría más de una tonelada. Akirazor se agacho tocando la huella con sus manos. La humedad de la tierra revelaba que eran recientes, de hace apenas unas horas y se dirigían claramente hacia el arroyo. Desenvaino su espada, agarro fuertemente su escudo y continuo la marcha tras la huellas.

Mientras tanto, en el bosque de Yuta, los centinelas seguían rastreando las inmensas zonas arboladas en busca de cualquier pista que les pudiera conducir hasta el asesino, o por lo menos aportar información sobre el mismo. Llevaban ya largas horas buscando sin descanso. Recorriendo sección por sección la infinita flora de Yuta, y aunque los pies de Celesia empezaban a suplicar clemencia, la joven no se quejó en ningún momento manteniendo el paso ligero de los centinelas.

-¡Realizaremos un pequeño descanso de quince minutos, aprovéchenlo!- grito el líder del grupo.

Celesia resoplo aliviada y se sentó sobre una pequeña piedra. Seguidamente se descalzo y masajeo suavemente sus pies cansados. Una

vez se sintió mejor volvió a calzarse y bebió un buen trago de agua de su cantimplora.

-¿Cómo os encontráis?- pregunto el centinela que anteriormente ordeno la parada

-Bastante bien, no tiene que preocuparse por mi señor... ¿Cómo se llama?

-Gueril, me llamo Gueril- contestó

-Es un placer conocerle, yo soy Celesia

-Igualmente Celesia. Si me lo permitís, me gustaría decirles que admiro vuestro coraje. No muchas personas son capaces de hacer lo que vos. Cualquiera puede llorar el asesinato de un ser querido, pero pocos intentan hacer algo al respecto. Nosotros estamos acostumbrados a movernos por este bosque. Fuimos entrenados para ello, y aun así, ha sido capaz de seguirnos el paso sin ninguna queja, un claro ejemplo de entereza. Tenéis mis respetos.

-Muchas gracias señor Gueril- contesto dedicándole una sonrisa

-Si lo deseáis puedo aminorar un poco la marcha- le dijo con tono amable

-Le agradezco el gesto, pero no es necesario.

-Como gustéis.

Gueril volvió a ponerse en pie, ordenando reanudar la marcha nuevamente. Apenas habían recorrido una décima parte de la zona Este del bosque, y si querían regresar a tiempo no podían entretenerse. Siguieron avanzando hasta hallar un enorme cadáver de ciervo desgarrado a medio comer, el cual parecía no haber muerto hace mucho tiempo, pues su hedor no era lo suficientemente fuerte. Gueril agarró con firmeza su arma y sin tener que decir ni una sola palabra, los demás centinelas hicieron lo mismo. Celesia notó claramente que algo no andaba bien cuando varios de los miembros la rodearon. El ciervo mostraba una enorme y profunda herida en su muslo izquierdo que aún se encontraba a medio comer. La silueta de la herida se correspondía claramente con la de un enorme zarpazo. Seguidamente, uno de los centinelas se acercó a Gueril.

-Mi señor, parece obra de un Kalashi- le susurro a su superior

-Eso es imposible, hemos inspeccionado el lugar cientos de veces en anteriores expediciones y nunca encontramos indicios de que esos animales cazaran por esta zona ¿Por qué empezarían ahora?- le contesto

aun habiendo llegado a la misma conclusión que él.

No hubo tiempo para decir nada más, un enorme Kalashi emergió entre la maleza asaltando a unos de los soldados. Antes de que los demás reaccionaran el feroz animal ya había desgarrado la garganta del pobre Asuna.

-¡Acabad con el!- grito Gueril lleno de ira.

Los ocho centinelas arqueros del grupo cargaron sus arcos apuntando rápidamente al animal, pero sin embargo esta acción no pareció importarle en absoluto al enorme felino y sin más preocupación siguió descuartizando a su víctima. Las flechas de los arqueros se clavaron profundamente en la dura carne del Kalashi dando fin a su vida. Celesia apenas pudo ver nada de lo que había pasado, pues aquellos centinelas aún seguían rodeándola. Pero el grito de aquel pobre Asuna hace unos segundos atrás le ayudo a hacerse una idea de la situación. Estaba completamente asustada, pero aun así quería ayudarles. Había estudiado y entrenado para consumarse como una respetada sacerdotisa. Conocía decenas de hechizos ofensivos y defensivos. No estaba dispuesta a quedarse de brazos cruzados.

Antes de que el escuadrón consiguiera acercarse para comprobar el cuerpo su compañero, un segundo Kalashi apareció frente a ellos. Este se mostraba más desaliñado y decrepito que el anterior, pero con la misma ferocidad.

-¡Rápido atacad!, ¡No le concedáis oportunidad!- grito nuevamente

Los centinelas arqueros volvieron a cargar sus arcos mientras los demás colocaban sus armas de asta en posición de ataque. Nuevamente un fuerte grito de dolor resonó. Justo detrás de ellos un tercer Kalashi arrastraba de la pierna a otro de los centinelas. Por el lateral apareció un cuarto, seguido por un quinto al fondo. En pocos segundos se encontraron rodeados por una increíble manada de Kalashis, pues hasta ahora se habían considerado cazadores solitarios y territoriales.

La cruenta batalla dio comienzo sin conceder un solo instante para que aquellos Asuna comprendieran que demonios estaba ocurriendo. El grupo de centinela se dividió en dos, guardándose las espaldas mutuamente y de esta forma dejando que finalmente Celesia pudiera observar el panorama. Los feroces y sanguinarios Kalashis empezaron a acortar distancia arrinconando unos contra otros. De la nada, apareció un nuevo felino que acechaba desde la vegetación más densa, saltando justo al centro del grupo consiguiendo así promover el completo descontrol. Los demás Kalashis le siguieron lanzándose rápidamente hacia los centinelas. Las enormes zarpas iban desgarrando las extremidades de los pobres Asunas y en poco menos de unos segundos la mitad del grupo yacía en el

suelo con una fuerte expresión de horror en sus rostros. Celesia salió despedida hacia unos helechos cercanos a causa de un enérgico golpe por un centinela que forcejeaba con uno de los gigantescos felinos. La joven observaba todo aquello sin poder creérselo, se trataba de una batalla perdida, una autentica masacre. Gueril había conseguido abatir a un par de Kalashis mas con la ayuda de dos arqueros, pero por muchos que mataran seguían apareciendo como una plaga. Tres centinelas más cayeron, incluido uno de los arqueros que acompañaban a Gueril. Seis Kalashis acorralaron a los cinco últimos miembros que aun respiraban y seguidamente se abalanzaron con sus fauces abiertas dispuestas a desgarrar sus blandos cuellos. Pero para sorpresa de los asustados supervivientes, aquellos animales se encontraban en el suelo, completamente desorientados intentando volver a levantarse. Dos más de ellos volvieron a lanzarse y un fuerte destello blanco se dejó ver, seguido de una enorme grieta curvada sobre lo que parecía ser una cúpula invisible.

Celesia había lanzado un hechizo de protección justo a tiempo y que para su desgracia había llamado la atención de varios miembros de la manada que no tardaron en centrarse en ella. Gueril se lanzó sobre uno de ellos, el cual se encontraba a punto de abalanzarse sobre Celesia, clavándole fuertemente su arma de hasta y atravesándole el tórax por completo.

-¡¿Qué haces aún hay?! ¡Huye!, le grito Gueril a la joven mientras el animal rugía de dolor moviendo enérgicamente sus patas en un intento inútil de matarlo durante sus últimos segundos de vida.

No le dio tiempo a decirle nada más, un segundo felino se lanzó encima de él, manteniendo sus fauces peligrosamente cerca de su cuello. Celesia no podía ayudarlos a todos, no era lo suficientemente hábil. Gueril estaba a punto de morir, y los otros cuatro centinelas se encontraban rodeados, Dos de ellos muriendo desangrados a causa de profundos zarpazos. Aquella situación hizo que sus lágrimas brotaran, avivando aún más su enorme frustración.

Mientras tanto Gueril luchaba por mantenerse con vida bajo las fauces de aquel monstruo. Su mano se extendía desesperada por alcanzar su afilada arma a escasos centímetros de él. En ese momento Celesia tomo una decisión, lanzando un fuerte hechizo de ataque sobre el Kalashi que intentaba devorarlo. El animal rugió encolerizado, cayendo hacia el lado derecho del Asuna, pero aun así, aquel hechizo no supuso nada más grave que una fuerte quemadura sobre el costado del feroz animal. Gueril agarro rápidamente su arma y la clavó profundamente en el vientre del herido Kalashi acabando con su vida. Por desgracia para los demás fue demasiado tarde, sus miembros ahora descuartizados se encontraban esparcidos por todo el ensangrentado suelo.

-Este es el final- susurro Gueril- ¡Huye! ¡Tienes que vivir! Es una orden- le dijo a la joven aprendiz de sacerdotisa.

Al experimentado centinela no le faltaba razón, mirara por donde lo mirara se trataba de una batalla perdida, habían matado a más de una decena de esos animales y sin embargo había aún más que cuando todo comenzó. Aun así, aquel guerrero seguía hay. En pie. Intentando protegerla a toda costa. Y por fin comprendió que el gesto más sensato por mucho que le doliera sería huir e intentar salvar su vida consiguiendo de esta forma que su muerte no fuera en vano. Antes de emprender su huida realizo un nuevo hechizo de protección como el anterior sobre Gueril y aunque sabía que no lo protegería para siempre, le concedería al menos una oportunidad.

Celesia corría más que nunca a través de los densos matorrales mientras sostenía su larga túnica evitando tropezarse con ella. Un grito de dolor resonó tan fuerte que se escuchó a kilómetros, indicando a nuestra joven Asuna que todo había acabado. Ella era la única con vida y eso le hizo sentir despreciable. Aquellos centinelas habían muerto luchando, defendiéndose unos a otros y por un instante prefirió haber yacido muerta junto a todos ellos. Sin embargo dicha idea no duro demasiado en su cabeza cuando recordó el verdadero significado de su partida. Su frágil espíritu se reavivo sustituyendo aquella amargura por la rabia más pura y de esta forma sacar fuerzas de donde no las había para avanzar aún más rápido.

El veloz trote de algunos Kalashis empezaba a dejarse oír. Rápidamente le estaban ganando terreno y sabía que por mucho que corriera le sería imposible escapar, pues para un Kalashi, el olor de la carne fresca era inconfundible. Celesia paro en seco, dispuesta a plantarles cara colocando en primer lugar un hechizo de protección sobre ella misma. Por desgracia, de nada sirvió, ya que antes de poder pensar en su siguiente paso, uno de los enormes felinos se había abalanzado sobre ella chocando con brutal fuerza contra la barrera y consiguiendo que la pobre sacerdotisa cayera por un empinado barranco. Celesia rodo y rodo sin poder recobrar el control de su cuerpo, golpeándose fuertemente en una de sus piernas. Finalmente la inclinada pendiente ceso, encontrándose a escasos metros de una cueva que se mostraba como una puerta hacia su salvación. La joven se incorporó lo más rápido que pudo y avanzo hacia el refugio cojeando torpemente mientras que la manada de Kalashi descendían hábilmente por el empinado barranco con una gracilidad que lo hacía parecer facilísimo.

Una vez consiguió entra en la cueva, tuvo algo más de tiempo para invocar un hechizo de tipo barrera más resistente. Aun así sabía que no sería suficiente, regalándole solo algunos segundos más de vida. Conforme los Kalashis iban llegando se abalanzaban brutalmente contra la barrera y después de media docena de impactos la cúpula de la entrada

empezó a mostrar fisuras. Si quería seguir con vida debería pensar en una nueva estrategia. Observando su alrededor se percató rápidamente de que el techo de la enorme cueva presentaba varias grietas a causa de pequeños desprendimientos. Esto le hizo pensar que a lo mejor mediante algún hechizo de tipo explosión lo suficientemente potente podría provocar un desprendimiento y taponar la entrada. Era una decisión peligrosa pues no sabía si aquella cueva estaría habitada. O peor aún, si tendría salida. Pero ninguna de aquellas dos posibilidades era peor que la que tenía en frente de sus ojos. La barrera apenas dudaría un par de golpes más y las enormes fieras seguían abalanzándose aun con más fuerza completamente encolerizadas. Invoco el hechizo de explosión más fuerte que conocía y lo lanzo contra el techo. Un fuerte y veloz destello rojo rubí escapo de sus manos golpeando la agrietada piedra y provocando un precipitado derrumbamiento. Lo consiguió justo a tiempo, pues la barrera ya había sido destruida y uno de los miembros más grandes se había lanzado hacia ella con sus enormes garras por delante. El agresivo felino no lo había llegado a conseguir, quedando aplastado a medio camino entre las enormes piedras mientras agonizaba de dolor a la espera de su inevitable muerte.

Al tapar la salida, la luz desapareció por completo dando paso a la oscuridad más absoluta. Celesia seguía escuchando algunos rugidos del atrapado animal que poco a poco se iban atenuando hasta conceder paso al silencio más profundo. La joven invoco un hechizo básico de concentración de energía, haciendo emerger de sus manos una pequeña e incandescente llama blanca con la simple función de iluminar. Gracias a esto, pudo observar al enorme Kalashi o por lo menos su parte delantera que fue la que consiguió pasar. A primera vista, parecía que el animal estaba muerto. Aun así, Celesia sentía la imperiosa necesidad de acercarse y comprobarlo por ella misma. Al arrimarse lo suficiente pudo distinguir algo extraño en la nuca del gran felino. Parecía ser una especie de garrapata oscura del tamaño aproximado de un puño. Era un ser asqueroso, redondeado, sin extremidades y provisto únicamente de unas pequeñas mandíbulas con las que se mantenía agarrado. Finalmente cuando Celesia se armó de valor para cogerla y examinarla más de cerca, aquel extraño ser, se cristalizó y acto seguido se pulverizó convirtiéndose en nada más que humo negro, que se disipó rápidamente.